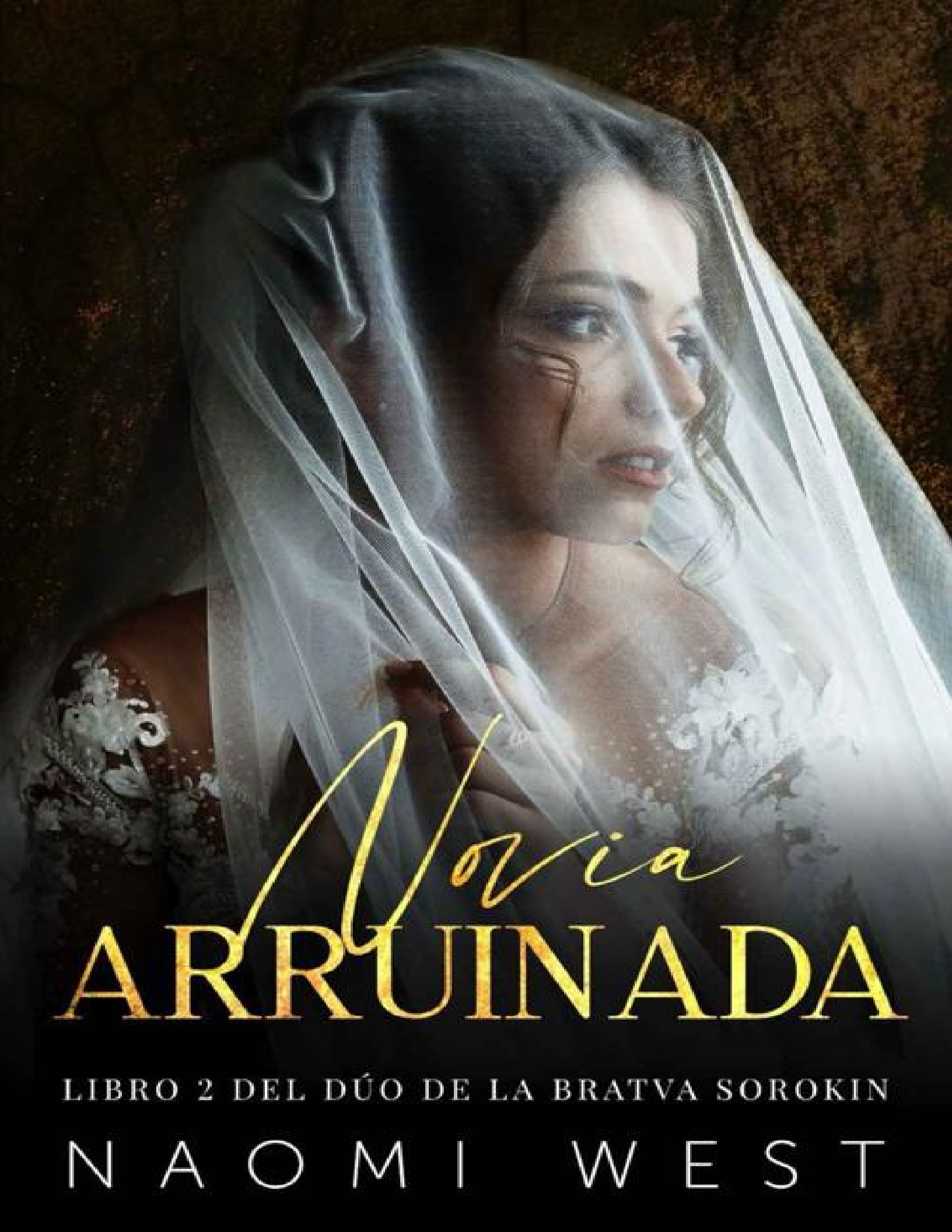




Novia
ARRUINADA

LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA SOROKIN

NAOMI WEST

NOVIA ARRUINADA

LA BRATVA SOROKIN
LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo

Novia arruinada

1. Roman
2. Lily
3. Roman
4. Lily
5. Roman
6. Roman
7. Lily
8. Roman
9. Lily
10. Roman
11. Lily
12. Roman
13. Lily
14. Roman
15. Lily
16. Lily
17. Roman
18. Lily
19. Roman
20. Lily
21. Roman
22. Lily
23. Roman
24. Roman
25. Roman
26. Lily
27. Roman
28. Lily
29. Roman
30. Roman
31. Lily
32. Lily
33. Roman
34. Roman
35. Lily
36. Roman
37. Roman
38. Lily
39. Roman
40. Lily
41. Lily

42. [Roman](#)
43. [Roman](#)
44. [Epílogo I: Lily](#)

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

[Haz clic en el enlace para unirte.](#)

NOVIA ARRUIÑADA

SEGUNDO LIBRO DEL DÚO DE LA BRATVA SOROKIN

¿Alguna vez odiaste tanto a alguien que harías cualquier cosa por hacerle daño?

¿Alguna vez amaste tanto a alguien que harías cualquier cosa por salvarlo?

¿Y si fuera la misma persona?

Roman me ganó en una partida de cartas.

Me convertí en todo lo que él quería que fuera.

La novia en su altar.

La madre de su hijo.

Pero, en algún punto del camino, también me convertí en algo más...

La mujer que ama.

No sé si realmente puedo amar a un monstruo.

Pero no creo que me dé otra opción.

Y, con nuestro hijo en el medio...

Nunca ha habido tanto en juego.

NOVIA MALTRECHA es el segundo y último libro del dúo de la Bratva Sorokin. ¡Asegúrate de haber leído el primer libro, PRÍNCIPE MALTRECHO, antes de empezar este!

ROMAN

Lo primero que percibo es el olor. El aire es pegajoso: antisepsia, muerte y el hedor del miedo humano.

Debo estar en un hospital. Solo los hospitales huelen así.

Lo segundo de lo que soy consciente es el pensamiento grabado a fuego en la parte posterior de mis párpados: *Tenemos que salvar al bebé.*

Me da vueltas en la cabeza. No le encuentro sentido. *¿Qué nosotros? ¿Salvar a qué bebé? ¿De qué?*

Entonces, abro los ojos y todo vuelve a mí.

El sonido del grito de Lily.

La visión de toda esa sangre en su pálida piel.

El destello del arma de Verratti, el almacén, el fuego... todo.

Me incorporo y rujo. El dolor me golpea como un mazo, pero me importa una mierda. Nada puede mantenerme inmovilizado en esta camilla dejada de la mano de Dios. No cuando mi mujer está ahí fuera.

No cuando Lily me necesita.

—¡Hermano, tranquilo! —Dos pares de manos y dos voces atraviesan la bruma de mi confusión. Misha y Kaz.

Intentan volver a tumbarme en la cama, pero aparto sus manos. Me duele todo, desde la cabeza hasta los pies. Pero todo el dolor se centra en el sol ardiente de agonía en mi costado.

Me dispararon. Esos hijos de puta me dispararon.

Morirán por sus pecados. Hasta la última de esas ratas italianas. Y luego, los resucitaré y los mataré a todos de nuevo. Sus familias, sus amigos y cada persona y lugar que hayan amado. Todo arderá.

Pero falta una cosa. Una cosa que tiene que ser lo primero. Miro por la habitación del hospital y no la encuentro.

Así que me giro y fulmino a Misha con la mirada. —¿Dónde coño está mi mujer?



UNA HORA MÁS TARDE, tengo las respuestas a la mayoría de mis preguntas.

La bala entró justo debajo de mis costillas y salió por mi espalda. Milagrosamente, no dio en nada vital. Los médicos me dieron puntos y me recetaron antibióticos y mucho reposo. Pero, si creen que me quedaré en cama durante meses, están delirando.

Lily está en cirugía. Se la llevaron justo antes de que me despierte. Tiene el fémur destrozado y la mandíbula fracturada. Laceraciones, abrasiones, hematomas... la lista de palabras médicas me revuelve el estómago.

Y el bebé...

Bebé. La palabra se repite una y otra vez en mi mente, mientras el reloj de la pared a mi espalda marca los segundos, los minutos, las horas.

Me obligo a no pensar en ello. Misha me dejó montones de archivos, así que intento ocuparme de los negocios. Si no lo hago, los pensamientos sobre Lily y nuestro hijo me volverán loco.

Mandé a Kaz a fregar el almacén. Si los polis se molestan en buscar a Verratti, lo único que encontrarán es un edificio vacío, relucientemente limpio y perfumado con Clorox.

Padre está ocupado, corriendo la voz de que todo el territorio de Verratti es mío. Lo haremos oficial en la reunión del consejo de Jefes de Chicago la próxima semana.

Mientras tanto, lo único que puedo hacer es esperar.

Aprieto y aflojo los puños alrededor de las barandillas de la cama del hospital.

Compruebo mi teléfono por milésima vez. Todavía nada.

—Se acabó —gruño a nadie—. No esperaré más.

Tiro una pierna por encima de la cama y hago una mueca de dolor. Aprieto los dientes y balanceo la otra pierna. Luego, me apoyo en el soporte de la vía y me pongo en pie.

Así está mejor. Siento la puta agonía por todas partes, pero estoy en posición vertical.

La puerta está a siete temblorosos pasos de distancia. Cada uno me cuesta un siglo, pero, para cuando mi mano se cierra alrededor del pomo, empiezo a sentirme mejor. Más fuerte. Más parecido a mí mismo.

Abro la puerta y salgo al pasillo. *¿Izquierda o derecha?* Izquierda, decido. Me doy la vuelta y empiezo a tambalearme en esa dirección.

Llego a la esquina. El zumbido de las luces superiores empieza a provocarme una horrible migraña. Hay una barandilla que podría usar para mantener el equilibrio, pero me niego a ser tan débil. No necesito nada ni a nadie para mantenerme en pie.

—¡Dios mío! ¿Deberías estar caminando? —Llega una voz preocupada.

Me giro y observo. Hay un par de sillas fuera de una habitación. Una de ellas está ocupada por una señora mayor, de aspecto amable y rizos grises.

—¿Eh? —gruño.

Señala la dirección por la que vine y miro hacia atrás. Un rastro de sangre salpica la baldosa blanca. Me miro el costado y veo que la bata del hospital está empapada. Me habré abierto los puntos.

En ese momento, oigo pisotones. Un pelotón de enfermeras con batas rosas dobla la esquina. —¡Sr. Sorokin! —gritan alarmadas—. Tiene que volver a su habitación.

Se abalanzan sobre mí e intentan empujarme, pero yo gruño y les aparto las manos. —No me voy a ninguna parte. Quiero ver a mi mujer.

—Tiene que ir...

—Mi esposa—digo con voz ronca—. Mi maldita esposa.

—Sr. Sorokin, usted...

—¡No pasa nada! —Una nueva voz atraviesa el barullo—. No pasa nada —todos levantamos la vista y vemos a una doctora que avanza por el pasillo hacia nosotros. Las enfermeras vacilan, pero, cuando las fulmino con la mirada, me sueltan y retroceden.

—Gracias, señoras —dice la doctora—. Yo me encargo a partir de aquí.

Todas se dispersan, aunque de mala gana. Cuando se fueron, me mira a los ojos y sonrío.

—Sr. Sorokin, soy la Dra. Kinkaid. Me encargué de la operación de su esposa. La cirugía salió bien.

—¿Está despierta?

—No, todavía no. Su cuerpo necesita descansar, así que vamos a dejarla dormir. Manejó bien la anestesia, y sus signos vitales y sonidos pulmonares son estables.

Cierro los ojos. —¿Y el bebé?

—El bebé está bien.

Así que es real. Hay un bebé. No era una ficción de mi cerebro dañado, o alguna alucinación.

Tengo un hijo.

La Dra. Kinkaid sigue hablando. —...Tuvimos a los obstetras en el quirófano para controlar a su mujer y al bebé, y todos permanecieron estables durante la operación —sonríe y me palmea el hombro—. Su mujer es una luchadora. Los dos lo son.

Me palpita el pecho. —Quiero verla.

—Ella todavía está dorm...

—Quiero ver a mi mujer.

La doctora duda y luego asiente. —Muy bien. Por aquí.

Mujer inteligente.

La sigo por el pasillo hasta la puerta de la que salió por primera vez. Doy un paso dentro y me quedo paralizado en el umbral.

Lily se ve tan pequeña en la cama. Tan frágil. Su sedoso pelo se extiende sobre la almohada. Sus brazos parecen imposiblemente delgados en la bata verde pálido del hospital.

En ese momento, me doy cuenta de algo: ahora ella es todo para mí. No tengo ni puta idea de cuándo ocurrió eso, porque este matrimonio empezó como puro odio ardiente.

Ya no es eso. Es algo más. Otra cosa.

Esto no era lo que quería tener, no era lo que quería que pasara. Se suponía que era una esposa, nada más. Comprada solo para darme hijos y manejar los asuntos de la casa. Pero no estaba preparado para la profundidad de esta emoción, lo mucho que me importa.

El... amor.

Me acerco a la cama y me siento a su lado. Pongo una mano sobre la suya y le quito el pelo de la cara —Lily... —digo con voz ronca.

—¿Sr. Sorokin? —Giro la cabeza y miro detrás de mí. Hay una enfermera en la puerta. Es alta, rubia y resplandeciente. Lleva una bata verde y una placa con su nombre colgada del cuello.

—¿Qué?

—El médico ordenó una ronda de antibióticos intravenosos, así que tenemos que llevarlo a su habitación lo antes posible. Tiene que descansar para curarse.

Sacudo la cabeza —No.

—Sr. Sorokin...

—He dicho que no, joder. No dejaré a mi mujer.

La mujer se adentra en la habitación y comprueba los monitores de Lily, le ajusta la almohada, le sube la manta por encima de las manos. —Ella está bien, pero puede que tarde en despertarse. No le hará ningún bien si se queda aquí a su lado y se pone más enfermo. Su herida fue limpia, pero el interior de un cañón de pistola es sucio y las propias balas son igual de repugnantes. Una infección puede matarlo en un santiamén.

—Ya te lo he dicho: no iré a ninguna parte.

Me mira a los ojos y lo entiende: con herida de bala o no, cerca de la muerte o no, en el infierno o en el mar o en cualquier otro lugar, me quedo aquí, mierda. Con mi mujer.

Suspira. —Supongo que puedo traer la medicina aquí.

Asiento. —Así está mejor.

LILY

—Lily...

A través de la bruma del dolor, lo escucho. Tan débil que me pregunto si me lo inventé.

Entonces, lo oigo otra vez—: Lily...

Desde algún lugar a un millón de kilómetros de distancia, a través de un túnel y en un susurro que duele igual que un grito y hace que me duela la cabeza.

Pero conozco esa voz. Amo esa voz. —¡Lily!

Quiero responder. Quiero abrir los ojos y verlo. Quiero que me abrace para no pensar en el dolor. No sentir nada más que a Roman.

Intento que mis labios se muevan. —R... R... Roman.

Dios, todo lo que quiero es verlo, pero mis ojos no responden y mi lengua no funciona. Estoy atrapada en mi propio cuerpo.

Pero puedo sentirlo.

—*Kiska* —murmura. Me da un beso en el dorso de la mano.

¿Esto es el cielo? ¿El infierno? Tener a Roman tan cerca y no poder verlo es la definición misma de la tortura infinita. Vuelvo a intentar con todas mis fuerzas separar los párpados, pero me pesan una barbaridad.

—Roman.

—Estoy aquí —canturrea. Puede que sean las dos palabras que más me gustaron en la vida.

Significan tanto.

Respiro hondo. Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad e intento abrir los ojos por tercera vez. Esta vez, consigo captar una pizca de luz blanca antes de volver a cerrarlos.

Tengo grabada en la retina la imagen de mi marido sangrando en el suelo del bosque, con la camisa tan empapada de su sangre roja y brillante que podría estrujarla. Quiero abrir los ojos del todo para demostrarme a mí misma que eso quedó en el pasado, que esto es real y que, de hecho, él está aquí.

Hago el mismo baile otra docena de veces. Cada vez, la rendija de luz se ensancha más y más, hasta que aparece.

Me ve mirar y sonrío. —Lily.

—Roman.

Se ríe, y el sonido es casi tan perfecto como su voz. —Te amo, Lily —en cuanto pronuncia las palabras, se queda pensativo, ladea la cabeza, sonrío y vuelve a decirlo—: Debería habértelo dicho antes. Te amo.

—Yo también te amo —hago una pausa y luego hago la pregunta que me ha estado matando—: ¿El bebé está...?

—El bebé está bien, *moya zhen*a. Nuestro bebé está bien.

—¿Qué... qué le pasó a Floriano? —Lo último que recuerdo es ver a Román herido de bala y tratando de alcanzarme. Luego, un dolor abrasador. Pero todo lo que pasó en el medio o después se me escapa.

Roman hace una mueca. —No importa.

—No te escondas de mí, Roman. Estoy en tu mundo. Necesito saberlo.

Suspira de nuevo, pero luego asiente y tensa la mandíbula. —Lo maté.

Una burbuja de alivio estalla en mi interior. —¿Se ha ido?

Roman asiente. —Y, antes de que me preguntes sobre romper mi promesa, que sepas esto: mataré a cualquiera que intente hacerte daño a ti o a este bebé —aparta su mano de la mía y la pone sobre mi vientre.

—Tenía miedo de contarte sobre... —señalo mi estómago—. Tenía miedo de que no... Era tan pronto. Tenía miedo.

Se ríe entre dientes. —¿Pronto? Quiero tener diez hijos contigo, Lily. Tantos hijos e hijas como podamos tener. Una casa llena.

Me río, aunque me duele el movimiento. —Puede que te estés dejando llevar.

—No hay nada que no te daría, *moya zhen*a. Nada que no haría por ti —me besa la mano.

Pero no alcanza. Quiero más. Alargo mis dedos temblorosos y tiro de él hacia mí.

Y, cuando sus labios rozan los míos; cuando desliza su lengua en mi boca, me doy cuenta de una cosa: no hay ningún otro lugar en el que preferiría estar.

Ojalá hubiera durado esa alegría.

ROMAN

DOS SEMANAS DESPUÉS

—¿Qué demonios es esto? —Miro el objeto peludo que me tiende mi madre.

—Es un oso de peluche, ¿tú qué crees?

—Permíteme reformularlo: ¿qué coño hace en mi mano? —exclamo.

—No es para ti —dice mamá—. Es para el bebé.

Mi mirada salta a la suya de inmediato. —¿Quién te habló del bebé?

Agita la mano, como si no importara. —Tengo un amigo en el hospital que me dio un pequeño vistazo a los registros de Lily. Maravillosas noticias, absolutamente maravillosas. Así que traje un regalo. No seas desagradecido.

Atraviesa el vestíbulo y entra en el salón, donde Lily está tumbada en un sofá. Como las últimas dos semanas, tiene la pierna escayolada apoyada en un montón de almohadas.

Mi madre la aparta rápidamente y se sienta justo en ese lugar.

—Oh, eh. Hola, Nataliya —balucea Lily. Está aturdida por la medicación y el dolor. Los medicamentos la afectan mucho, pero, por mucho que se resista, insisto en que siga tomándolos. No quiero arriesgar su salud ni la del bebé.

Mi madre prescinde de los saludos y se lanza de lleno a la perorata. —He estado esperando esto desde... bueno, ni siquiera puedo contar desde hace cuánto tiempo espero que mi hijo siente cabeza. Hablemos de nombres. En esta familia, llamamos a nuestros primogénitos como el padre del padre. Así que Grigor nacerá en invierno —entonces, me sonrío y un cosquilleo de miedo me recorre la espina dorsal—. Como su padre.

Lily mira a su alrededor con impotencia hasta que me encuentra. Tiene la boca abierta y los ojos desorbitados.

Pero mi madre todavía no terminó. Mete la mano en el bolso y saca un pequeño cuaderno de cuero.

—Te escribí un plan de parto —informa a Lily—. He leído todos los artículos y todos dicen que lo mejor para ti es tratar de tener un parto natural, sin medicamentos. Así podremos informar al médico en nuestra próxima cita de que no necesitarás epidural ni ninguna de esas tonterías.

El ceño fruncido de Lily dice lo que es demasiado amable para escupir: *¿Has perdido la puta cabeza?*

Pero, de nuevo, mi madre está lejos de haber terminado. —También me tomé el tiempo de anotar algunas instrucciones sencillas para la disciplina y la alimentación —le tiende el cuaderno a Lily.

Lily lo coge de mala gana y lo hojea. Es sutil, pero no se me escapa cómo se le desorbitan los ojos al ver la pulcra letra cursiva de mi madre, página tras página.

—Eh, um, debe haberte llevado un tiempo —mi esposa nunca ganará ningún premio por su actuación. Se ve francamente horrorizada.

—Sí, bueno, tuve dos semanas enteras que llenar mientras esperaba sentada junto al teléfono a que me llamaran para darme la buena noticia —sisea mamá. Un momento después, su rostro se ilumina de nuevo—. Es una suerte que me tengas, ¿sabes? Hay tantas cosas que considerar que están muy por encima de tu cabeza —acaricia la mejilla de Lily.

Mi mujer se queda sin palabras. A decir verdad, yo también. Hay algo peligrosamente desquiciado en mi madre ahora mismo. Está maníaca, Vibra con una extraña intensidad que nunca había visto en ella. Siento como si una loba salvaje hubiera entrado en mi casa.

Mamá me mira, se levanta de un salto y me quita el oso de las manos. —Deberíamos ponerlo en la estantería. Es un oso protector. Para vigilar a ese bebé nonato —mira el muslo de Lily—. Aunque debo decir que una mujer que se precipita al peligro como tú probablemente necesite más de uno.

Ella sienta el oso en el mueble de entretenimiento. —Ya está. Ahora puede ver toda la habitación.

Se gira para ver las cosas desde el punto de vista del oso, e inmediatamente arruga la nariz ante las recientes mejoras de Lily en el espacio.

—Aunque, ¿por qué querría...? —Se interrumpe y termina sacudiendo la cabeza.

Volví a casa del hospital dispuesto a entrar en guerra con cualquier hijo de puta que se atreviera a amenazar a mi mujer una vez más. Pero nunca esperé que el primer ataque viniera de mi propia madre. Lily parece al borde de las lágrimas, y eso solo hace que la ira en mi pecho hierva más caliente.

—Creo que es hora de que te vayas, madre —digo con frialdad.

Si nota la tensión en el ambiente, no dice nada. Se limita a rezongar, se echa el bolso al hombro y se dirige a la salida.

Justo antes de salir de la habitación, se detiene delante de mí y me acaricia la mejilla. —No te preocupes, cariño. Ahora pienso estar mucho más por aquí. Superaremos esto juntos.

Antes de que pueda preguntarle qué significa superar “esto”, sale por la puerta igual que como entró, en una nube de perfume y arrogancia.

Detrás de mí, oigo el sollozo ahogado de Lily.

LILY

Pasan los días y empiezo a olvidar el shock y el escozor de la brusca aparición de Nataliya en la casa. Hay muchas otras cosas en las que tengo que centrarme. Pasé un mes de vigilia tumbada en el sofá entre cita y cita de terapia y, desde ayer, por fin tengo una escayola hinchable que se quita y se pone, en lugar de la monstruosidad que llevaba antes.

Y, ahora que eso está hecho, lo único que quiero es ver el mundo exterior. —Quiero ir de compras. Estoy harta de estar aquí encerrada.

Roman se cruza de brazos y me devuelve la mirada. Anoche tuvimos otra versión de esta conversación cuando le dije que quería ir a buscar comida y envió a Igor a comprarla.

—Hoy tengo que trabajar.

—No tienes que venir conmigo. Solo consígueme un chófer y estaré lista —saludo con la mano, como si ya estuviera a medio camino de la puerta.

—Igor también está trabajando. No puede llevarte.

—¡Pues trae a alguien más! ¿No tienes un millón de personas a tu entera disposición?

—No hay nadie más —gruñe.

—Roman, por favor. Solo quiero salir de aquí. Ir a una tienda, ¡a cualquier tienda! Por el amor de Dios, iré a una gasolinera si eso me saca de casa cinco putos minutos.

No se inmuta. —Espera hasta mañana. Entonces, te llevaré yo mismo.

Quiero gritar de frustración, pero eso no me llevará a ninguna parte. Tomó su decisión. Ya no puedo cambiarla.

—Bien.

Se inclina y me besa los labios. Al principio no le devuelvo el beso. Pero ese tipo de huelga de hambre nunca dura mucho.

Pronto lo beso yo también. Nuestros labios se separan, nuestras lenguas se entrelazan. Gruñe en mi boca y me recorre de pies a cabeza como un terremoto. Me siento preparada para él, necesitada de él, y entonces...

—Tengo que volver al trabajo —se separa.

—Bromeas —hago un mohín—. Dime que bromeas.

Gracias a la escayola, hace semanas que no hacemos más que acariciarnos y lamernos. Pero ahora que esa pesadilla fue eliminada y sustituida por una bota de aire extraíble, no hay moros en la costa. Y mi cuerpo arde por él en lugares que no sabía que podían arder.

Sacude la cabeza. —No bromeo.

—Bien —vuelvo a soltar. Sueno como una mocosa, lo sé, pero no puedo evitarlo—. Subiré a satisfacerme yo misma.

Me zafo de sus brazos y empiezo a voltearme. Pero, antes de llegar lejos, Roman se abalanza sobre mí, me hace girar y me aprieta contra una pared cercana.

El choque y la conmoción son suficientes para dejarme sin aliento. Y también lo es la mano de Roman que, de repente, se introduce bajo el dobladillo de mi vestido y encuentra la húmeda hendidura entre mis piernas.

—No, *kiska* —gruñe deliciosamente—, no creo que lo hagas. Creo que mantendrás tus manos donde pertenecen. Esperarás a que llegue a casa esta noche. Vas a ser mi niña buena.

De nuevo, no puedo evitarlo—: ¿Y qué pasa si no lo hago?

Mueve sus dedos dentro de mí y yo ahogo un grito. —Creo que sabes lo que eso me obligaría a hacer.

Lo sé. Lo sé muy, muy bien.

Y quiero eso.

—¿Es una promesa?

—Es un puto juramento.

Entonces, se aleja de nuevo. Esta vez, se lleva consigo toda mi lucha. Tengo que agarrarme a la pared para estabilizarme ante la repentina ausencia de su calor y su presión.

—Bien —susurro, pero esta vez no es para nada malcriado. Es suave y complaciente, como él quiere—. Sabes, no juegas muy limpio.

—No juego para ser justo. Juego para ganar.

Le doy una palmada fuerte en el pecho. —Date prisa y haz tu trabajo, jefe —me doy vuelta para marcharme, pero me arriesgo a mirarlo por encima del hombro.

Está justo donde lo dejé, al pie de la escalera. Parece un puto sueño: el pelo oscuro despeinado, los ojos brillantes como cometas surcando el espacio y esa sonrisa, esa maldita sonrisa exasperante e hipnotizadora.

Me hace cosas. Cosas que aún no puedo explicar.

—¿Vas a ver cómo me marchó? —me burlo.

Su risita es como música. —Siempre lo hago.

Por supuesto, siento sus ojos clavados en mí mientras subo despacio el resto de la escalera. Cuando llego al final del rellano y miro por encima del hombro, Roman ya no está.

Siento una punzada de tristeza como siempre que me deja. Por suerte, tengo un nuevo proyecto para contentarme por ahora: el cuarto del bebé.

De niña, me encantaba el Sombrero Loco. Probablemente porque me gustaba explicar las horribles circunstancias de mi vida fingiendo que era Alicia en una versión sumamente retorcida del País de las Maravillas. Así que ese es el tema que tengo en mente: blanco y negro con salpicaduras de colores vivos y personajes recorriendo las paredes. El suelo será una espiral de baldosas blancas y negras. Encontré un móvil de sombreros de raso en tonos morados, verdes y amarillos para colgar sobre la cuna, junto con un conejo de peluche, una botellita de poción con la inscripción “bébeme”, un gato de Cheshire de peluche y un diorama de la Reina de Corazones.

Ya casi está listo. Los pintores vinieron ayer para forrar la moldura de corona con cinta adhesiva y colocar láminas de plástico antes de que empiece el verdadero trabajo a finales de esta semana. Estoy impaciente.

Me dirijo al armario y empiezo a rebuscar entre las cajas de decoración que ya he reunido... cuando, de repente, la puerta se abre de golpe.

Me doy la vuelta y grito. Pero no es un enemigo.

Es Nataliya.

Sinceramente, eso podría ser peor.

La sigue un hombre alto y afeminado con pantalones de cuadros verdes y un top de lentejuelas plateadas. Lleva una cámara colgada del cuello, un cinturón de herramientas con cinta métrica, una paleta de colores de pintura, y su teléfono atado a la cadera.

Frunce el ceño en cuanto me ve. —Oh, querida. ¿Deberías estar de pie?

No me interesan sus consejos médicos. Últimamente he recibido muchos de la señora Sorokin, y estoy harta.

—¿Quién es tu amigo? —pregunto inocentemente.

—Oh, este es Maurice. Nos ayudará a diseñar el cuarto del bebé.

¿Diseñar el cuarto del bebé? ¿Nos? Hay demasiado que desentrañar en su frase para que pueda responder con algo más que un —¿Eh?

Ella sonríe. —Es mi regalo para ti y Roman.

Por dentro, me pongo rígida. ¿Cuál es esa frase que Jenny siempre solía decir cuando alguien la molestaba? *¿El León, la Bruja y esta Perra Presuntuosa?* Sí, eso encaja bien.

Pero esbozo una sonrisa en lugar de decirlo en voz alta. —Muchas gracias. Me encantaría que me ayudaras y, de hecho, ya sé el tema que quiero.

Saco el móvil de la caja en la que estaba rebuscando justo antes de que llegara Nataliya y se lo

muestro.

—El tema será el Sombrero Loco —explico. Rápidamente expongo las ideas para el mural de la madriguera del conejo para la pared, y la mesa de la fiesta del té para el techo.

Y, con cada nueva palabra, la cara de Nataliya se agria más. Sinceramente, es casi cómico. Como el Grinch, si el Grinch usara Givenchy y relleno de labios.

Maurice, a su favor, mantiene su expresión perfectamente inexpresiva.

—Cariño —suspira cuando termino. Se acerca y me toma del codo. —Ven, vamos a tomar un té y podemos hablar. Maurice, sigue midiendo.

Frunzo el ceño. Pero ahora tengo que lidiar con una pata de palo, así que no tengo muchas opciones. Nos arrastra escaleras abajo hasta la cocina.

—Sabes —dice mientras nos acomodamos alrededor del mostrador de la isla—, yo tampoco sabía mucho cuando me uní a esta familia. Tuve que aprender mucho. Se necesitan años para construir el buen gusto. Por no hablar de la orientación de alguien que sabe más.

—Nataliya...

—Mira esto, por ejemplo —dice, mostrando un boceto—. Maurice tiene más detalles arriba, pero esto es lo que haremos para el cuarto infantil. Una encantadora escena de circo, ¿no te encanta? Haremos un estampado de carpa en el techo y, por supuesto, podemos cambiarlo por rosa o azul en cuanto sepamos el sexo del bebé.

—Roman y yo no queremos saber el sexo del bebé antes del parto —suelto.

Hace un gesto, como si yo fuera tonta. —Oh, tontería. Tienen que saberlo. ¿Cómo sabré de qué color pintar la habitación? La Dra. DiMarco dice que lo sabremos a los tres meses. Eso será dentro de unas semanas.

Mi rostro palidece y la incredulidad me revuelve el estómago. —¿Hablaste con la Dra. DiMarco? ¿Te dio mi información médica?

Nataliya pasa por encima de mi pregunta como si yo no hubiera hablado. —Lo admito, me duele un poco que no me invitaras a la primera cita. Y ahora esa idea tuya de la habitación... Bueno, creo que es bastante obvio que no podemos tener a nuestro bebé durmiendo en una habitación lúgubre y terrorífica, inspirada en un personaje demente de una ridícula novela infantil. No, no, no. Mi idea es mejor. Así que eso es lo que haremos.

Estoy literalmente sin palabras. Todo lo que puedo decir es—: Oh.

Nataliya cierra el libro. —Quizá esto funcione mejor si simplemente planeamos que yo elija lo mejor para nuestro bebé. ¿Por qué no te acuestas, cariño?

¿*Nuestro* bebé? ¿Qué carajo? Tengo muy buena memoria, y no recuerdo que ella estuviera allí cuando Roman y yo tuvimos sexo. Ni una sola vez, gracias a Dios.

Las cosas acaban de tomar un giro muy incómodo. Solo Dios sabe adónde irán ahora.

ROMAN

Quiero que esta jodida reunión termine.

Tengo una dulce y joven esposa en casa esperándome y no estoy interesado en escuchar a todos estos insignificantes jefes quejándose de infracciones territoriales y de quién hizo qué a quién y por qué.

Hoy es un día de mierda. Los italianos están inquietos, los irlandeses locos, los albaneses tan locos como siempre. Entre todos ellos hay demasiada inquietud. Demasiados gestos de asentimiento mal colocados, ojos inquietos, manos temblorosas.

Cualquier otro día, estaría observando con ojo de águila para ver el juego oculto debajo del juego.

Pero hoy me importa una mierda. Soy intocable y desinteresado. Tengo una ciudad, una mujer, un hijo. Estos cobardes y ratas no tienen nada que ofrecerme.

Kaz está de mal humor. Nos mira a todos desde un rincón, donde bebe un vaso de vodka. Hay una oscuridad en sus ojos que me llama la atención. Pero, como con los demás jefes reunidos aquí para este consejo de líderes, no me molesto en investigar.

Misha se sienta a mi lado mientras nuestro padre habla apiñado con un par de irlandeses que se hicieron con el control de la zona este después de que destripáramos a los hermanos O'Malley. En general, llevan la transición de poder razonablemente bien.

Hasta ahora, hemos evitado cualquier arrebato de mal genio. Pero aún no hemos empezado a hablar de Arturo ni de Floriano, a ambos les puse fin y, por tanto, sus territorios pertenecen ahora a la Bratva.

Papá quería hacerlo con diplomacia. Trabajar en la sala, estrechar manos y hacer promesas como un político corrupto de dos caras. Es por eso por lo que estuvo charlando con todo el mundo desde el momento en que entramos.

Pero no repartiré pedacitos de mis nuevas ganancias solo para evitar que estos ladrones de poca monta se enfaden un poco.

Lo gané.

Maté por ello.

Me lo quedo.

Me pongo de pie. Mi silla chirría. Todo el mundo se calla. —Ya saben por qué estamos hoy aquí —anuncio a la sala. Todos los ojos se clavan en mí—. Y, para ser sincero, estoy harto de ver sus putas caras feas. Así que hagámoslo rápido. Los territorios de Verratti y Benedetti son ahora míos. Todos ellos. Cualquiera que infrinja esos límites será asesinado en el acto. Cualquier hombre que trabaje para ellos tiene dos opciones: trabajar para mí o huir. Esta decisión es definitiva. Es todo lo que tengo que decir.

Empiezo a abrocharme la chaqueta y me dirijo a la puerta. Igor me espera fuera, en el Rolls Royce, con una botella de whisky de doce años que ahora me parece especialmente apetecible.

Pero entonces, alguien se separa de la multitud al fondo de la sala. —¡Espera!

Cuando sale a la luz, veo quién es: Orsino, uno de los hijos de Floriano.

Es joven, quizá diecinueve o veinte años. Desprende la arrogancia de la juventud mientras se acerca a mí con ojos de fuego.

Suspiro. Este idiota. Lo que sea que planea, no terminará bien para él.

—Mataste a mi padre —gruñe.

—Sí, lo hice.

—No tenías derecho. Este consejo no lo aprobó.

Me río en su cara cuando se detiene delante de mí. —El día que deje que este consejo me diga lo que puedo y no puedo hacer será el día que me trague una puta bala.

Su ceño se frunce. —Mataste a mi padre —vuelve a gruñir.

—Ya lo dijiste. ¿Te gustaría saber cómo fue?

—Yo...

—Es justo, te lo diré: gritó como una perra justo antes de que se apagaran las luces de sus ojos.

Con eso basta.

Orsino cree que está disimulando su puñetazo, pero yo lo veo a la legua. Espero, y espero, y espero... y entonces, justo antes de que su puño haga contacto con mi mandíbula, lo atrapo con la palma de la mano.

Sus ojos se desorbitan. Aprieto fuerte. Hace un gesto de dolor cuando lo empujo hacia atrás con el puño blando. Cuando choca con el borde de la mesa central, lo tiro encima y lo agarro por la garganta.

—Deberías haberte quedado atrás —le escupo a la cara.

—¿Q-Qué vas a hacer? ¿Matarme?

—No te equivoques, muchacho: haz otro truco como este y te mataré. Y, cuando lo haga, será lento, no con la misma piedad que le di a tu padre. Durarás mucho, mucho tiempo, bailando justo

al borde de la muerte. Tienes suerte de que esté de humor para perdonar. No vuelvas a hablarme así.

Suelto su garganta y doy un paso atrás.

Pero, en cuanto se ve libre, vuelve a ponerse bravucón. Hace una mueca, se levanta de un salto y endereza su camisa. —Saluda a Lily de mi parte. Quizá la vea pronto.

Piedad revocada. Estoy buscando la pistola en mi cinturón para destripar a este bastardo engreído como un cerdo, cuando la puerta se abre de golpe...

Y empiezan a llegar los soldados enmascarados.

Los primeros que irrumpen en la sala descargan un cargador de sus AR-15 contra el techo. El polvo de hormigón salpica por todas partes, y todos los jefes sentados detrás de mí empiezan a toser mientras se agachan para ponerse a cubierto.

Estoy a punto de ir a la guerra, uno contra muchos, sin importar las probabilidades, cuando un hombre más se pasea detrás de los atacantes.

Kane Ito, Jefe Yakuza.

Hay algo en su comportamiento que me inquieta. Tiene los ojos desorbitados, tan dilatados que ni siquiera puedo decir de qué color son fuera de la pupila. Solo dos charcos negros.

Mira a su alrededor. —Supongo que mi invitación a la gran reunión debe haberse perdido en el correo.

No del todo. Hay un acuerdo no escrito. La Yakuza no forma parte de la hermandad de jefes del crimen. Y, aunque cada uno tiene sus propias agendas, los rusos, los italianos, los irlandeses, incluso los griegos, la Yakuza se rige por reglas diferentes.

Todos tomamos lo que queremos, pero no matamos indiscriminadamente. La Yakuza, por otro lado...

Son animales. Salvajes y sin remordimientos.

Ito vuelve a suspirar. —Lástima. Bueno, ahora que tengo su atención, caballeros, tengo un anuncio.

Hago un gesto con la cabeza a Misha, que se coloca sutilmente en posición. Estará listo para desatar el fuego infernal en cuanto dé la señal. Kaz no aparece por ninguna parte.

—Somos todo oídos —exclamo. Odio la teatralidad, e Ito está convirtiendo todo este asunto en un espectáculo de perros y ponis.

—A partir de hoy, tomo el control de todas las ventas de metanfetamina en el área tri- estatal.

Sigue el silencio. La mitad de los hombres de esta sala dependen de la metanfetamina para financiar sus organizaciones. La Bratva la vende como si fuera un caramelo.

Que Ito diga que todo es suyo es nada menos que un acto de guerra.

Él también lo sabe. Me mira fijamente a los ojos. —¿Oyes lo que digo, ruso? Cualquiera que vea

vendiendo en esta ciudad, muere. Ruso, italiano, irlandés, albanés o quien coño sea, aléjense de mi producto.

Lanzo una carcajada. —Grandes palabras de un hombre pequeño.

—¿Te crees todopoderoso, Sorokin? —sisea—. ¿Crees que estás por encima del resto de nosotros?

—No lo creo. Lo sé —replico—. Es más, sé que tú y tu organización de pacotilla no tienen ninguna posibilidad de tomar las riendas de los canales de la droga. Estás diciendo tonterías.

Asiente sombríamente. —Pensé que dirías eso —luego, hace un gesto a dos de sus hombres en la puerta.

Abren el maletero de una furgoneta que dió marcha atrás hasta la entrada del club, se meten...

Entonces, empiezan a tirar los cuerpos.

De dos en dos, la pila crece rápidamente. Para cuando terminan, veo casi tres docenas de cadáveres. Hombres de todas las bandas de la ciudad. Pandilleros, motociclistas, irlandeses. Incluso algunos de mi propia Bratva.

Mi primer instinto es meterle una bala entre los ojos ahora mismo. Pero él lo sabe y me apunta con su pistola. —No tan rápido, Sorokin. Tendrás agujeros en el pecho antes de que me apuntes con tu arma.

Empieza a retroceder lentamente hacia la furgoneta, con las pistolas en alto en cada mano. —Recuerden lo que he dicho —grita en la habitación. Nadie ha movido un músculo—. Ahora es mío, caballeros. Es todo mío.

Luego, salta a la furgoneta. Sus hombres lo siguen, apuntándonos con sus armas hasta el último segundo. Cuando todo el mundo está cargado, las puertas se cierran de golpe y el camión se aleja chirriando.

Parece que las cosas cambiaron.

Kane Ito tendrá toda mi atención hasta que me canse de él. Y luego, seguirá el mismo camino que Floriano.

Asiento a Misha, que marca su teléfono. Nuestros caídos serán atendidos. Él se encargará de los preparativos.

Detrás de mí, los jefes están furiosos. Todos parlotean en media docena de idiomas, se gritan unos a otros y gesticulan salvajemente.

Me paro y los dejo que hablen.

De ninguna manera alguno de estos bastardos llegará a Ito antes que yo.

ROMAN

Misha espera a que estemos todos dentro del coche e Igor nos haya conducido a la carretera para mirarme. —¿Quieres ir tras él ahora?

—No. Él esperará eso. Dejaremos la persecución a los italianos por el momento.

Tengo algo mucho mejor en mente que una búsqueda inútil. Solo debo resolver algunos detalles, un par de inconvenientes.

—Estoy de acuerdo —dice Kaz.

—Me alegro mucho —digo sarcásticamente. No importa una mierda si está de acuerdo. Esta es mi lucha. Esta es mi Bratva. Kane Ito es mi responsabilidad.

Misha interviene. —Ito necesitará eliminar a una de las familias para respaldar sus afirmaciones. Tiene que demostrar que es una fuerza.

Asiento con la cabeza. —Sí, lo hará.

—Creo que primero irá tras los italianos. Ahora mismo están destrozados, con la marcha de Floriano y Arturo.

Padre asiente. —Misha tiene razón, Roman. La Yakuza tendrá que dar a conocer su fuerza. Creo que todos deberíamos estar en guardia.

Aprieto los dientes. —Coloca hombres extra en la mansión. Rurik, Yuri, Makar —digo un par de nombres más—. Veinticuatro/siete con los ojos sobre Lily. Quiero informes cada hora cuando no esté allí.

—¿Y los muelles? —pregunta Kaz—. ¿Los almacenes? ¿Los laboratorios?

—Lo de siempre.

—Pero...

—Pero nada —interrumpo—. Esta es mi puta Bratva. Yo soy el puto Jefe. Nuestros hombres pueden arreglárselas solos contra esos jodidos Yakuza. Kane Ito no vivirá mucho más, y seguro que no le tenemos miedo. Así que, como dije: Lo. De. Siempre.

Kaz asiente como debería. Pero no está satisfecho. Lástima que me importe una mierda.

Cuando llegamos a la entrada de mi casa, salgo del coche y me dirijo a la puerta sin despedirme de Igor, de mis hermanos ni de mi padre.

Mi buen humor de antes se arruina. Evito la cocina, porque lo último que necesito es alimentar mi ira con whisky. Eso sólo avivará las llamas.

Lo que necesito es romper algo. Hacer ejercicio hasta que me ardan las piernas y cada músculo pida a gritos ser liberado.

Subo las escaleras en dirección al gimnasio, pero solo doy unos pasos por el pasillo antes de detenerme en seco.

Lily está de pie frente al espejo, de espaldas a mí. Se quitó la escayola hinchable y se subió el vestido por encima del muslo. Tampoco se fija en mí. Está demasiado sumida en un trance mientras traza los contornos de su cicatriz quirúrgica con dedos tentativos.

Solo cuando me mira por el reflejo me doy cuenta de que tiene los ojos llenos de lágrimas.

Toda la rabia, todo el odio se escurre de mi cuerpo de golpe. —*Kiska* —murmuro. Resopla y baja la mirada.

—Estoy rota. Soy horrible.

—Estás equivocada —doy un paso hacia ella y apoyo las manos en sus caderas—. Eres preciosa.

Sacude la cabeza enfadada y va a acomodarse el vestido. Antes de que pueda, la agarro de la muñeca.

—No te tapes. Quiero verte toda —la giro para que me mire—. No estás rota, *moya zhená*. No estás dañada. Eres perfecta y eres mía.

La cojo suavemente en brazos, me dirijo a la cama y la tumbo en el colchón. Me hincó sobre una rodilla y separo sus piernas. El encaje rosa pálido de sus bragas está justo delante de mi cara.

Presiono una línea de besos desde el interior de su rodilla hasta el borde de la cicatriz. La rozo suavemente con las yemas de los dedos y sigo besando hacia arriba. Más allá de su muslo. Hasta el pliegue de su cadera.

Me mira ansiosa, cohibida, mientras le aparto las bragas y le doy otro beso en su centro caliente y húmedo.

Estoy intoxicado con su aroma, con su sabor. Deseoso de ella. Mi polla palpita en mis pantalones.

Pero no se trata de mí o de mi liberación.

Se trata de ella.

Es sobre mi Lily.

—A partir de ahora, en vez de ver la cicatriz y recordar el dolor, puedes ver esto. Puedes recordar el placer.

La lamo lentamente de abajo arriba con la punta de la lengua. Se estremece debajo de mí y suelta

un gemido agudo y tentativo.

—Jodidamente hermosa —gruño dentro de ella—. Estás hecha para mí, *kiska*.

Le añado dedos. Su espalda se arquea y se levanta de la cama cada vez que mi lengua roza su clítoris. El gemido se alarga, se hace más profundo, más áspero, hasta que respira cada vez más deprisa y más fuerte.

Hasta que está tan tensa que me pregunto si se hará añicos.

Hasta que eso es exactamente lo que hace.

Cuando el orgasmo se apodera de ella, se echa hacia atrás y grita, con las manos en la boca, y se corre en mi cara una y otra vez. Todo el tiempo, murmura mi nombre. —Roman. Roman. ¡Roman!

Empujo hacia abajo para llevarla más y más alto. —Acaba por mí, mi esposa.

Finalmente, llega a la cima, se eleva y vuelve a la tierra flotando. Abre los ojos. —Roman —vuelve a decir. Mi nombre es un suspiro—. Te deseo.

—Yo te deseo *a ti* —digo con voz ronca.

Cierra los ojos. —Dilo otra vez.

—Te deseo tanto que duele.

—Dilo otra vez.

—Quiero tomarte una y otra vez hasta que no quede nada de mí, y luego tomarte una vez más solo porque puedo. Quiero que te estremezcas y grites mientras estoy dentro tuyo. Eres mía, Lily, y quiero demostrártelo tan fuerte y suave y tan rápido y despacio como haga falta. Mía, mía, toda mía.

Se muerde el labio inferior y gime de una necesidad que no puede expresarse con palabras. Me desabrocho el cinturón, me bajo los pantalones y me arrastro sobre ella.

—*Kiska...*

Hasta ahora habíamos jugado despacio, pero ya estoy demasiado impaciente para eso. Me alinee con su humedad y me deslizo un centímetro a la vez.

Las manos de Lily me arañan la espalda. —Oh. Oh. Oh... —murmura.

Empiezo a apretarle las caderas. Cada embestida es como el paraíso. Muerdo y beso su cuello mientras me apoyo sobre ella y la follo sin descanso.

El resto se pierde en un jadeo ahogado. Otro orgasmo la golpea como un tren desbocado.

—¡Lily...! —Rujo entre dientes apretados.

—¡Roman...! —Gime ella de vuelta.

Su orgasmo me empuja: exploto y la lleno. Me vacío por completo en ella. Mi visión se nubla, pero, cuando la realidad vuelve a enfocarme, exhalo lenta y profundamente y la arrastro hacia mi

abrazo.

Estuve en todos los sitios del mundo. Hice todo lo que hay que hacer. Soy el dueño de esta puta ciudad y ninguna parte está fuera de mi alcance.

Pero esto...

Este es el único lugar donde quiero estar.

LILY

Me desplomo contra Roman y aspiro. No hay nada como el aroma de mi marido: colonia de cítricos y cedro; pasión y hombre.

A veces, pienso en las palabras *mi marido* y aún se me corta la respiración. Nada de esto fue planeado. Pero ¿eso importa? No echo de menos lo que me costó. La escuela, mis padres, mis amigos... Ya no pienso en esas cosas.

Tengo lo que importa aquí.

Me acurruco más. —Esto es... perfecto.

—Menos el olor a ceniza —se ríe entre dientes.

No se equivoca. Todavía hay dos habitaciones quemadas por el fuego que dejaron los Verratti. Pero, como las otras cosas, eso no importa.

—No pasa nada —le digo.

—Te mereces algo mejor.

Él no se ríe, pero yo no puedo evitar soltar una risita. —Ah, sí —digo con falsa voz regia—, oler esas cosas está por debajo de alguien de mi posición real.

Sin embargo, Roman sigue sin sonreír. —Exactamente.

—No estás bromeando, ¿verdad?

—¿Alguna vez lo hago?

—Supongo que no. No sobre cosas como ésta, al menos.

Él asiente. —Exacto. Debemos tener un lugar seguro para el pequeño.

La forma en que lo dice me hace cosas. Es tan serio, tan sobreprotector, que vuelvo a reírme. No tiene sentido, pero mi cuerpo y mi cerebro siempre enloquecen cuando me abraza y me habla así.

—¿Así que dices que deberíamos comprar una casa?

—Digo que deberíamos comprar un castillo adecuado para mi reina y nuestro príncipe o princesa.

—Que persuasivo, ¿no?

Sonríe. —Pensé que te gustaría. Es algo bueno, porque ya contraté a una agente inmobiliaria. Nos reuniremos con ella por la mañana.

—¿En serio?

—En serio.

Hago un pequeño movimiento de excitación. Luego me acurruco contra su hombro y nos quedamos en silencio unos instantes. El sueño empieza a invadirme.

—¿Roman? —murmuro.

—¿Sí, *moya zhen*?

—¿Cómo deberíamos llamar a nuestro bebé?

Se gira para mirarme. Con cara seria, dice —: Roman si es un niño. ¿Y si es niña...? También Roman.

Resoplo y le empujo el hombro. —Sé serio.

—Tú primera.

Si él va a bromear, a pesar de decir que nunca hace cosas tan frívolas, yo también.

Con la misma cara seria, digo en tono soñador—: Siempre me gustó el nombre de Grizelda para una niña. Y Alfred para un chico.

Roman estalla en carcajadas. —¿Por qué ya odias a nuestro hijo?

—¡Claro que no lo odio!

—Bueno, con nombres como esos, estás pidiendo que sean objeto de bromas por toda la eternidad —suspira y se ablanda—. Para ser honesto, al final del día, me importa una mierda, Lily. Si él o ella es feliz, si está sano... eso es lo que importa. Y si se parece a ti.

—Con tus ojos y tu sonrisa —corrijo—. Y tu estructura ósea. Y tu pelo. En realidad, quizá deberían parecerse a ti.

—Hm. Tal vez sea una buena idea. Si es una chica y se parece a ti, voy a tener que matar a algunos chicos en un futuro próximo.

—Tenemos un tiempo antes de que las citas sean un problema. Nuestro bebé es del tamaño de un cacahuete ahora mismo.

Gruñe de todos modos, como imaginando el día en que los chicos llamen a nuestra puerta para llevarse a nuestra hipotética hija. Yo me río. Hay algo tan increíble en todo esto: el futuro con él, nuestros hijos, nuestras vidas.

Le acaricio el pecho. —Te ves muy tierno. Ya eres Papá Oso.

Sus ojos empiezan a cerrarse. Los dos estamos agotados y a punto de caer en un profundo sueño. Me acerca a él, su olor llena mis fosas nasales, su calor me calienta de pies a cabeza...

Y, por primera vez en mucho tiempo, quizá por primera vez en toda mi vida, estoy contenta.



POR LA MAÑANA, Roman está ansioso por irse. —Date prisa. Tenemos una cita a las nueve.

—Bueno, si alguien me hubiera dejado dormir anoche, podría haberme levantado esta mañana a tiempo.

Hacia las tres de la madrugada, volvimos a hacer el amor lento, suave, tan sensual que casi me derrito. Pero me costó un poco de sueño reparador.

Se ríe entre dientes. —¿Se supone que debo disculparme por eso?

—No —le digo—. Jamás. Ahora súbeme la cremallera —le doy la espalda para que me suba la cremallera. Me estremezco y sonrío cuando me besa la piel entre los omóplatos.

—Me encanta tu piel, *kiska*.

Otro beso.

Otro escalofrío.

Entonces, me da una palmada en el culo. —Ahora ve a ponerte los zapatos para que podamos irnos.

Risueña, hago lo que me dicen. Unos minutos después, estamos en el Rolls Royce. Para variar, Roman conduce en lugar de Danilo o Igor. Mantiene una mano en el volante y otra en mi muslo.

Una agente inmobiliaria llamada Sharon, rubia, burbujeante, pero con un toque despiadado acechando bajo la superficie, nos recibe a las puertas de una extensa mansión en Lincoln Park.

Nos dejamos llevar, pero no me gusta mucho. Es bastante modesta por fuera, pero la extravagancia empieza en el umbral de la puerta y no cesa nunca. Cristal y mármol, granito y oro hasta donde alcanza la vista. Demasiado para mí. Si viviera allí, me daría miedo tocar algo por miedo a dejar huellas.

—No para es para mí —digo mientras terminamos el circuito.

Roman asiente. —A la siguiente, entonces.

—La próxima te va a dejar con la boca abierta —promete Sharon.

No se equivoca. La siguiente es un castillo de verdad. Torretas, ventanas arqueadas, una fachada de ladrillo y piedra. Sin embargo, a pesar de todos los adornos medievales del exterior, el interior es de lo más moderno. El sistema de seguridad habla, reconoce caras y retinas, y puede pedir ayuda automáticamente con una palabra clave o un botón de pánico. Probablemente podría preparar el desayuno si le diéramos brazos.

Cada una de las siete habitaciones tiene su propio cuarto de baño, con otros tres repartidos por las instalaciones. Con todo su acero inoxidable y sus espacios abiertos, la cocina no desentonaría en un restaurante con estrellas Michelin.

Y la cosa no acaba ahí. La biblioteca tiene dos plantas y la piscina cubierta es accesible desde un panel oculto en la pared. Detrás de la casa hay una piscina al aire libre, un trampolín y una casa del árbol con calefacción, agua corriente y electricidad. La propiedad es de diez acres privados, rodeados por tres lados de bosques.

Sharon ve mi mirada. —Les daré un poco de espacio para respirar —dice guiñándome un ojo. Desaparece por una de las puertas, dejándonos a Roman y a mí en la habitación infantil.

Me vuelvo hacia él. —Me encanta —le digo.

La decoración de la habitación infantil es asombrosa: un palacio digno de una princesa o un principito. Un bosque de fantasía con hadas y flores baila por una pared, mientras que en la otra hay pintada una escena de dragones.

Me agacho y paso la mano por la alfombra de felpa. —¡Siente esto!

Roman me acaricia la nalga. —Me gusta.

Le aparto la mano juguetonamente. —Pensé que querías ver casas, no mi culo.

—Si no quieres que te mire el culo, deberías habértelo dejado en casa.

—Esta es la habitación de nuestro bebé. Un poco de decoro, por favor.

—Ni en tus putos sueños más salvajes, *kiska*.

Sharon aparece de nuevo justo entonces, antes de que los dedos de Roman encuentren su camino dentro de mi ropa interior. —Entonces —dice, aplaudiendo—, ¿qué pensamos?

Roman ni siquiera levanta la cabeza, no aparta la mirada de mí. —La queremos —Sharon y yo decimos lo mismo en simultáneo—: ¿En serio?

—Envía el papeleo a mi abogado. Él se encargará del resto.

No añade nada más, ni siquiera una sonrisa o un agradecimiento... no es que a Sharon le importe un carajo. Me imagino cuál debe ser su comisión por una mansión ridícula como ésta. Visiones de pulseras de diamantes y vacaciones en Fiji deben estar bailando en sus ojos.

El viaje a casa requiere un breve desvío a un aparcamiento protegido, para que Roman me tome en el asiento trasero. En cuanto acabamos y ambos nos estamos recolocando la ropa, me dice—: Hora de irse a casa.

Sonrío. —Definitivamente. ¿Segundo asalto en la cama?

Pero, para mi decepción, niega con la cabeza. —Te dejaré allí. Tengo una reunión.

—Oh —digo, cabizbaja—. Cierto. Es estúpido por mi parte estar decepcionada, pero lo siento de todos modos.

—Son solo un par de horas. Estaré en casa para la cena.

Me encojo de hombros, ni siquiera me molesto en responder porque ¿qué sentido tiene? La Bratva es su vida. Lo sé y, sin embargo, a veces dejo que días como hoy me oculten ese hecho brutal. Es culpa mía.

—¿Qué pasa?

Pego una sonrisa falsa. —Nada. Pasaré la tarde haciendo algo que nunca hago.

—¿Qué es eso?

—Voy a preparar la cena.

Lanza una carcajada. —¿Segura?

—¿Estás asustado, grandulón?

—No. Quiero decir, sí, voy a decirle a Igor que revise el extintor, pero no. Yo diría que estoy más... intrigado.

—Mhmm. Eso es lo que pensé que dirías.

Llegamos a casa unos minutos después. Se inclina para besarme, lo bastante ardiente como para volver a excitarme. Pero se separa antes de que nos dejemos llevar.

—Volveré antes de que te des cuenta —promete.

—Más te vale.

Luego se va, el motor ruge mientras el coche desaparece por las puertas. Y me pongo a trabajar.

Tardo una hora en encontrar una receta medianamente manejable y otros veinticinco minutos en decidir que tengo que ir a comprar los ingredientes que no tenemos en la despensa.

—¿Igor? —Siempre que lo llamo, aparece. No importa en qué parte de la casa esté. Es un poco espeluznante, sinceramente.

Y, efectivamente, al oír su nombre, entra en la cocina.

—Sra. Sorokin —nunca dice *hola* o *qué tal* o *hey*. Solo mi nombre. Eso también es un poco espeluznante, pero ya estoy acostumbrada.

—¿Puedes llevarme a la tienda de comestibles?

Su ceño se frunce. —¿La tienda de comestibles? ¿Se acabaron las zapaterías y las tiendas de ropa?

—Intento algo nuevo. Aunque no sabía que sabías hacer bromas.

Se encoge de hombros. —Intento algo nuevo.

Le tiro un trapo de cocina a la cabeza, riéndome. —Menudo imbécil. Llevas demasiado tiempo con Roman.

Sonríe por un instante, que es como ver a un perro caminar sobre sus patas traseras, antes de que su rostro vuelva a la máscara familiar de estoicismo pétreo. Me hace un gesto para que me adelante mientras saca el móvil y empieza a escribir.

—Informaré a Misha.

Misha ha estado mucho más por aquí desde el incendio, junto con otra media docena de guardias Bratva de aspecto aterrador que, por lo que sé, no hablan ni una palabra de inglés. Cada vez que salgo de casa con Igor, se amontonan en la parte trasera del camión de Misha y nos siguen. No podría haber estado más protegida si me hubieran envuelto en un gran rollo de plástico de burbujas y me hubieran metido en una caja fuerte ignífuga.

Sigo a Igor hasta el garaje. Me ayuda a subir al Range Rover y se pone al volante. Cuando la puerta del garaje se abre en silencio, ahí están, encerrados en el asiento trasero de Misha, con armas apuntando en todas direcciones: mi séquito.

El trayecto hasta el supermercado es rápido. Los guardias Bratva se despliegan detrás de mí mientras recorro los pasillos, asustando a todos los demás compradores.

Igor camina unos metros detrás de mí, fingiendo examinar una pila de fruta fresca mientras yo revuelvo las patatas en busca de las buenas. Aunque, para ser sincera, no estoy del todo segura de lo que constituye una “buena” patata. Mis conocimientos sobre el tema son un poco limitados.

Estoy inmersa en mi tarea cuando escucho algo. —Bueno, hola, Lily.

Me giro lentamente. Esa voz...

—Oh. Hola, Nataliya.

Mi suegra me mira de arriba abajo. Chasquea la lengua contra los dientes, aunque opta por no hacer comentarios sobre mi atuendo, por suerte.

—¿No me digas que estás intentando cocinar, querida?

—De hecho, sí.

—Oh, cariño. ¿Por qué? Por algo tenemos personal de cocina —me arranca la patata de la mano y la devuelve al saco con las demás.

Aprieto los dientes e ignoro eso. —No sabía que comprabas aquí —hay probablemente quince tiendas de comestibles entre este sitio y la casa de Nataliya. No se me ocurre ninguna excusa plausible para que nos crucemos en este lugar.

Ignora mi afirmación y esboza una fina sonrisa. No llega a sus ojos. —Roman le ha dicho a su padre que has elegido una nueva doctora.

—Sí, lo hicimos.

Nataliya arruga la nariz. —Prefería a la Dra. DiMarco.

Por supuesto, DiMarco le dio toda mi información médica personal.

Maldita rata

—La Dra. Welch es una buena doctora.

Frunce los labios. —Más le vale. Nuestro bebé necesita los mejores cuidados.

Ahí está otra vez: *nuestro bebé*. Esta vez, no puedo dejarlo escapar.

—Es mi bebé, en realidad. Mío y de Roman —hablo con más fuerza de la que pretendía. Al darse cuenta de la creciente tensión, Igor se acerca un paso. Sonrío y sacudo ligeramente la cabeza.

Puedo encargarme de esta serpiente yo sola.

Nataliya se acerca, clava sus garras en mis bíceps y me empuja más cerca. —No te equivoques, pequeña: es un bebé Sorokin. No *tuyo*.

Algo en el veneno de su voz y el acero helado de sus ojos me hace tragar saliva. Pero no muestro ese miedo.

Le arranco mi brazo de un tirón. —Tengo que irme —dejo el carrito en medio del pasillo y me apresuro hacia el final del pasillo.

—¿Va todo bien, Sra. Sorokin? —Retumba Igor.

—Llévame a casa —le digo—. Por favor.

Asiente y lanza una mirada a Nataliya, que se queda clavada en su sitio viéndonos marchar. Y, mientras salimos de la tienda, me pregunto: *¿cómo nos encontramos?*

Nadie sabía a dónde iba. Le dije a Roman que quería cocinar, y eso es todo.

Espera.

No es del todo cierto.

También se lo dije a Igor.

Y, en cuanto se lo dije, empezó a enviar mensajes de texto y a susurrar en ruso.

¿Estaba hablando con el equipo de Misha como dijo? ¿O le estaba contando las últimas noticias a mi suegra? Claro, ahora actúa como si estuviera de mi lado, pero no se sabe lo que un hombre como él es capaz de ocultar.

—¿Quieres ir a otra tienda? —Pregunta cuando subimos al coche.

—No. Quiero irme a casa —todo el altercado me arruinó el día. Me importan una mierda las patatas al ajillo asadas y las sabrosas chuletas de cerdo en salsa de champiñones.

Solo me importa mantener a mi hijo a salvo de una psicópata.

ROMAN

Miro a mi alrededor a cada uno de los hombres de la sala. Mis lugartenientes. Mi círculo íntimo.

Jakob se ocupa de todos los casinos y casas de apuestas. Yuri se ocupa de la importación, exportación y distribución de nuestros productos farmacéuticos. Faddei se encarga de los escoltas, tanto en los rascacielos como en la calle. Ilya lava nuestro dinero.

Cada uno de ellos es esencial. Cada uno de ellos es leal. Cada uno de ellos es jodidamente peligroso.

La Yakuza se metió con la gente equivocada.

—Kane Ito —digo sombríamente—. ¿Qué sabemos de él?

—Jefe Yakuza —responde Jakob, afirmando lo obvio—. Sensible, un poco espástico.

Faddei asiente. —Robó a un par de nuestras chicas de alto nivel.

—Y una mierda. ¿Por qué no se me informó de esto? —Gruño.

—Porque todo estaba controlado, señor. Castigamos a las chicas y le dimos una paliza a los cabrones de la Yakuza que las convencieron. Enviaré algunos dedos de vuelta al gran hombre. No volverá a ser un problema.

—Toma sus cabezas, no sus dedos. Asegúrate de que Ito los reciba personalmente. Miro a cada uno de mis hombres —cualquiera de los hombres de Ito que vean en nuestro territorio tendrá el mismo fin.

Todos asienten. Conocen el procedimiento.

—¿Y las chicas? —Faddei nunca se encariña con las mujeres bajo su supervisión. Es de los más despiadados.

—Véndelas.

—¿Qué pasa con los hombres que ya perdimos? —pregunta Jakob—. ¿Compensamos a las familias?

Uno de los hombres que perdimos en la emboscada Yakuza trabajaba bajo las órdenes de Jakob. Es el tipo de hombre que sabe tu nombre, el de tu mujer, el de tu hijo. Una trampa de acero de

memoria. Nunca olvida. Ciertamente, nunca perdona.

Pero la pregunta no tiene ni pies ni cabeza. —Por supuesto que nos ocupamos de las familias —digo—. Es parte de nuestro código. Son hombres que murieron al servicio de la Bratva. Una pensión vitalicia es lo menos que podemos hacer.

Asiente, satisfecho. —Yo mismo les informaré.

Saco las fotos de Ito y su círculo íntimo del bolsillo y las distribuyo por la mesa. La vigilancia de Kaz ha dado sus frutos: ha pillado a Ito y a sus hombres entrando en The Setting Sun, un club de striptease yakuza de la zona sur.

—Este es Kane Ito, para aquellos de ustedes que no han tenido la mala suerte de encontrarse cara a cara con el hijo de puta antes. El hombre a su lado es Jimmy Chen y a su izquierda está Tsuchiya Masahiko. Kane no caga sin ellos allí para limpiarle el culo. Necesito uno de ellos para el fin de semana. Y esta es Imai Kamiko, una de sus mujeres. La quiero para esta noche.

—Estoy en ello, Jefe Sorokin —retumba Faddei. Los demás asienten con la cabeza.

Sonrío. Ito no sabe lo que le espera.

La puerta se abre en ese momento, y entra Kaz con Misha detrás. Les doy la bienvenida.

—Si hay algún problema —ordeno a mis tenientes—, avisen a Kaz o a Misha. Pueden retirarse.

La mayoría de los hombres se levantan para marcharse, inclinándose respetuosamente en mi dirección. Ilya se acerca y se coloca a mi lado.

—Siéntate —le digo.

Estuvo explorando nuevas empresas para blanquear nuestro flujo de efectivo, y ahora es más importante que nunca asegurarse de que todo sigue funcionando como debe. La guerra es cara. Y planeo no reparar en gastos cuando se trate de erradicar la plaga Yakuza de esta ciudad.

Me entrega una lista de propiedades y negocios. —Estas son nuestras propuestas, señor.

Los escudriño y asiento con la cabeza. —El hotel no. Todo lo demás se ve bien.

Ilya hace una reverencia y se va sin decir nada más. Los negocios son lo primero, lo segundo y lo tercero con ese hombre. No hay lugar para nada en su vida salvo la Bratva.

Yuri ocupa el asiento vacío. —Hola, jefe —nos detalla un asunto de envíos: una de nuestras líneas de camiones fue vendida, así que tenemos a un tipo que conoce nuestro negocio, y que ya no tiene motivos para mantener la boca cerrada.

No son cosas de las que me ocupe normalmente en el día a día, pero quiero comprobarlo todo dos veces y tres veces ahora mismo. No podemos permitirnos ningún error.

—Convince al nuevo propietario de que se nos una.

—¿Y si no puedo?

Enarco una ceja hasta que queda claro lo que quiero decir. Se aclara la garganta. —De acuerdo. Haré lo que deba hacerse, señor.

La cabeza me empieza a palpar mientras me despido. Kaz y Misha están hablando con algunos de los hombres que quedan. Me miran con extrañeza cuando salgo por la puerta, pero no dicen nada.

Las cosas están en orden. La guerra se acerca, pero no durará mucho. Nunca dura. En este mundo, las luchas de poder suceden rápida y brutalmente.

Pero esta vez no habrá lucha. Será rápida. Será violenta. Y solo acabará de una manera: conmigo encima y con el cráneo de Kane Ito aplastado bajo mi bota.

LILY

Es casi suficiente para hacerme pensar que podríamos tener una vida normal. Uno de esos momentos en los que puedo fingir que mi marido no es un jefe, que no es un asesino, que no hizo cosas que me helarían la sangre.

En momentos como este, puedo mirarlo sobre platos de comida que cociné, en un hogar que compartimos, mientras el bebé que hicimos crece dentro mío, y puedo sentir... amor.

Esa es la única palabra para describirlo. Quizá antes me resultaba imposible imaginarlo, pero ahora es tan real y está tan *presente* que ¿cómo podría negarlo?

Es amor. Tiene que serlo.

Nadie en mi vida me trató con tanta reverencia como Roman. Mi madre le preparó la cena a mi padre miles de veces a lo largo de mi vida. Ni una sola vez dio las gracias. Nunca actuó como si comer fuera una experiencia religiosa.

Roman, por otro lado...

—Por favor, dime que no has hecho postre —se sienta y estira los brazos por encima de la cabeza. —Creo que voy a explotar.

—Me sorprende que no lo hayas hecho ya —me río. Se comió su plato, un segundo, y lo que quedó del mío—. Pero no hice postre. Apenas salí de esta con los dedos intactos.

—Bueno, puede que todavía tenga un poco de apetito para otro tipo de postre...

Me ruborizo. Hemos tenido sexo innumerables veces desde la noche en que nos conocimos; su bebé está literalmente en mi vientre ahora mismo y, sin embargo, el más mínimo comentario obsceno de Roman es suficiente para que mis mejillas enrojezcan.

—Tengo que fregar los platos —murmuro.

—¿No pago a gente para que haga eso?

—Envié al personal a casa —admito—. Pensé que les vendría bien una noche libre.

Frunce el ceño. —Uno de estos días, vas a aprender a aceptar el papel que te mereces, *moya zhena*. Eres una reina Bratva. No lavas los putos platos.

—No es para tanto. Crecí haciéndolo. No pasa nada.

Roman se levanta de repente y se acerca a la esquina de la mesa. Cogiéndome la barbilla con su enorme mano, me mira y me dice con fiereza—: *Sí* pasa, Lily Sorokin. Mientras seas mía, no tienes que mover un dedo.

Me recorre un escalofrío de emoción. Hay algo tan exquisito en su forma de decir las cosas a veces. Ningún otro hombre en la tierra podría decir esas cosas y sentirlas tan intensamente.

—Bien —susurro—. Lo entiendo.

—Te amo, *kiska* —se inclina y reclama mi boca con un beso—. Ahora deja esta mierda aquí. Es una noche preciosa. No vamos a desperdiciarla fregando cubiertos.

No me da la oportunidad de discutir. Me levanta, me besa una vez más y me lleva de la mano al patio trasero.

Tomamos asiento en el columpio de madera. Hay luna llena y el aire es cálido en mi piel. Mi marido me abraza, estoy llena, feliz... pero, bueno, no del todo feliz. Algo me molesta como una astilla que no puedo arrancarme.

—Hoy he visto a tu madre —le digo.

—¿Oh?

—Sí.

Me mira. —¿Y?

Me encojo de hombros. —No estoy segura, la verdad —odio sonar como una tonta, pero no se me ocurre cómo contarle lo que pasó sin parecer una de esas mujeres que se resienten con su suegra por instinto.

Hay más que eso, por supuesto. La gran cosa que yace como un monstruo en las sombras desde el segundo en que dije *acepto*.

Roman es Bratva. Su madre es Bratva. Su padre y su familia y sus hermanos y todos sus antepasados son Bratva hasta la médula. Y, aunque yo misma provengo de una familia mafiosa, no es lo mismo. Ni por asomo.

Mi padre fue un ladrón de poca monta en sus mejores días. Roman es... bueno, es peor.

Mucho, mucho peor.

—No sé si pasa algo exactamente —intento mantener un tono ligero, pero los nervios se me agolpan en el estómago y la voz me tiembla. Quizá debería haberme callado la puta boca y haberme ocupado de esto por mi cuenta—. Yo solo... Hoy, ella estaba...

Incluso en mi cabeza, la historia suena ridícula. Solo Dios sabe lo patética que sonará en voz alta.

—Está muy... implicada —termino tontamente.

—¿Implicada?

Se me revuelve el estómago. —Como con lo del historial médico, ¿sabes? ¿Saber que estaba embarazada antes de decírselo? ¿Eso no es...? No sé, *algo*.

Sueno mezquina. Sueno débil. Sueno estúpida.

—Llamó al bebé *nuestro* bebé, Roman. Como si fuera suyo.

Parpadea. —¿Y?

Esa pequeña palabra me parte el corazón.

Porque me hace darme cuenta de algo: quizá la jodida soy yo. Mi propio padre me vendió para cubrir una deuda de juego. Mi propio hermano es el que me arrastró allí en primer lugar. ¿Quién soy yo para sermonear a nadie sobre la dinámica familiar adecuada?

Roman es un asesino y su madre es un terror y solo Dios sabe del resto de los Sorokin. La Bratva es una pesadilla... pero al menos se mantienen unidos.

¿Y yo? Mi padre está muerto y mi madre está desinteresada, porque todo lo que este bebé hará por ella es envejecerla de un modo que la cirugía plástica que ya no puede permitirse no sería capaz de deshacer.

Quizá estoy tan rota como ellos.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero no quiero llorar. Mis padres dejaron de serlo en el momento en que me dejaron llegar al altar. No puedo llorarlos, no debería hacerlo y no lo haré.

Así que contengo esas lágrimas y no dejo que Roman las vea.

—Nada, supongo. Solo quiero que todo sea perfecto. Nuestra vida y la del bebé.

—Lo será —dice desdeñosamente. Como si fuera un hecho. Como si ningún padre hubiera hecho algo indecible a su hijo.

Eso nunca podría pasar...

¿Verdad?

Apoyo la cabeza en su hombro y dejo que el vaivén del columpio me relaje. Aquí estoy con mi marido en una hermosa noche despejada, y la estoy desperdiciando llorando por cosas que no importan.

Solo importa una cosa: él me ama. Me mantendrá a salvo.

Nos sentamos así un rato. No me siento nada a gusto, pero ignoro esa sensación. Lo empujo a ese lugar profundo y oscuro dentro de mí, donde van las emociones no deseadas. Se está llenando un poco el lugar, pero también lo ignoro.

—¿Roman? —pregunto.

—¿Sí?

—¿Me harías el amor?

Haría cualquier cosa para olvidar la ansiedad que me araña por dentro. Cualquier cosa.

Se vuelve. Sus ojos me consumen de inmediato, enormes y oscuros. —Si alguna vez digo que no a eso, méteme una puta bala en la cabeza.

Luego me sube a su regazo y empieza a besarme. Esta noche es lento y cuidadoso, casi comedido. Al cabo de un rato, me pone de pie.

—Levántate. Quiero verte.

Me encanta cuando me dice lo que tengo que hacer. Hace que sea tan fácil apagar mi mente y caer en él. Dejar que se apodere de mí.

Me coge de la mano y me ayuda a hacer una pirueta lenta. Llevo un vestido azul de algodón, ajustado sobre las caderas y bajo sobre el pecho. Las yemas de los dedos de Roman me recorren mientras giro.

—Eres jodidamente perfecta —gruñe. Temblor y *deseo*. Dios, tanto deseo.

Cuando intento rodearlo con los brazos, coge mis muñecas con los puños y me las sujeta a los lados. —No te muevas.

—Rom...

—Mi chica codiciosa siempre quiere más —me besa las manos y las empuja hacia mis costados. —Quédate quieta mientras te desnudo.

Se levanta y se eleva sobre mí. Coge los tirantes de mi vestido con cada mano y me los quita de los hombros. La tela cae y deja mis pechos al descubierto. Me gira para que me ponga de espaldas a él, y tira del vestido hacia abajo lentamente hasta que se me encharca en los tobillos.

—Mira la luna, *kiska* —me dice al oído. Su boca se cierra sobre el lóbulo de mi oreja mientras sus dedos empiezan a deslizarse entre mis piernas para acariciar mi humedad—. Mira esta noche hermosa y tranquila para nosotros, y solo para nosotros.

Cuando encuentra mi clítoris, el mundo deja de girar. Cada lametón, cada roce y cada movimiento de sus dedos dentro de mí me llevan cada vez más al límite.

No tardo mucho en romperme así, de espaldas a él y con la luna encima. Cuando lo hago, él me sujeta con sus brazos para capear el temporal.

—Eres jodidamente perfecta —vuelve a decir mientras gimoteo.

Vuelve a sentarse en el columpio, libera su dura polla y me pone a horcajadas sobre él. La primera embestida, como siempre, me deja sin aliento. Me atrapa la cara contra la curva de su cuello y empieza a penetrarme una y otra vez, utilizando el columpio como impulso.

Me corro una vez y, cuando termina, vuelvo a correrme. Los dos gritamos antes de que él suspire y me deje bajar de su regazo para acurrucarme a su lado.

Nos quedamos en silencio mientras recuperamos el aliento. Luego, le beso el hombro y cojo una manta de la cesta cercana para ponérsela por encima.

—Deberíamos entrar —digo después de un rato—. No podemos quedarnos aquí toda la noche.

Pero podríamos. No hay problemas aquí fuera, bajo las estrellas con la luna brillando sobre

nosotros. No hay padres traicioneros ni suegras psicópatas.

Cuando solo estamos nosotros, las cosas son perfectas. Es el resto del mundo el que causa los problemas.

Suspirando, Roman se levanta, se recoge y me ayuda a vestirme. —Ven. Te prepararé un baño.



SALGO del baño una hora después, en pijama, lista para acostarme. Roman no está por ninguna parte. Me meto bajo las mantas cuando oigo el zumbido de mi teléfono en la mesilla de noche. Vuelvo a salir, lo tomo y veo un mensaje suyo.

ROMAN: ***Vuelvo más tarde.***

Nada más. Ninguna explicación. Qué raro. Frunzo el ceño cuando veo otro mensaje sin leer que se me pasó mientras estaba en el baño.

NATALIYA: ***Concerté una cita con la consulta de la Dra. Demerest. La consulta es de lo más moderna y ganó premios por su atención obstétrica y ginecológica. Nada menos que lo mejor será suficiente para nuestro bebé. Espero que estés allí.***

Leo el mensaje dos veces más, antes de darle a responder.

Yo: ***De acuerdo.***

Tal vez es hora de que admita que puedo estar más dañada de lo que nunca noté. Quizá este camino sea el correcto. Someterme a los Sorokin, a todos ellos, puede ser mi mejor opción.

Nataliya responde un momento después.

Buena chica.

ROMAN

La Bratva es lo primero. Lily lo sabe. Por eso salgo corriendo sin decirle nada cuando recibo un mensaje de Misha.

Conduzco rápido hasta el lugar que me envió. Cuando llego al puerto, todo está tranquilo. La luz de la luna se refleja en el agua. Los barcos se agitan contra las olas del puerto.

Y, al final del muelle, el Rover de Kaz y el Camaro de Misha iluminan con sus faros una pila de cadáveres.

Salto del Escalade y permanezco un momento en silencio, furioso, antes de cerrar la puerta. No tengo que preguntar de quién eran estos hombres.

Eran míos.

Y fueron destripados como peces.

Doy una zancada hacia Misha, con las manos cerradas en puños, y lo agarro por la camisa, tirando de él hacia mí. —¿Qué coño ha pasado?

—La Yakuza pasó, Roman —me muestra su símbolo, escrito con sangre en el hormigón—. No están jugando.

Pagarán por tanta muerte. Yo mismo me encargaré de ello. Y Kane Ito nunca sabrá qué lo golpeó, el bastardo.

No tengo mucho tiempo para pensar en la mejor manera de tomar represalias. No fui débil ni un solo día de mi puta vida, pero la percepción de debilidad es tan peligrosa como la debilidad real.

Me giro para mirar a mis hermanos. —Lo atacaremos por varios frentes. Misha, tú y Kaz cogerán la fruta más fácil. Golpeen a todos los hijos de puta Yakuza a los que puedan echar el guante.

—¿Qué vas a hacer? —Pregunta Kaz.

Lo miro a los ojos. —Golpearé a Ito donde más le duela.

La retribución que tengo en mente requerirá una intrincada planificación y delicadeza. No es algo que pueda elaborar entre los muertos.

Pero primero tengo que rendir respeto. Es mi deber de Jefe mirar a los ojos muertos de cada hombre y prometer vengarlo. He de asegurarme de que su muerte signifique algo, de que sea tenido en cuenta en el gran esquema.

Así que hago exactamente eso.

Después de terminar mi ronda por los cadáveres, miro a Kaz. —Encárgate de esto.

Se resiste. —¿Qué coño, Roman? ¿Por qué yo? Deja que lo haga Misha.

—Porque soy tu puto jefe y esas son mis órdenes. ¿Tengo que recordarte cómo funciona este mundo, *sobrat*? ¿Quién hace las reglas?

Por un momento, parece que opondrá más resistencia. Luego, suspira y se desploma hacia delante. —Bien. Yo limpiaré la puta sangre.

—Son tus hermanos de armas —lo sermoneo fríamente—. Dales el respeto que se merecen.

—Sí, sí, sí.

No me gusta su tono, pero ahora mismo no tengo tiempo ni ganas de ocuparme de él.

A Misha le digo—: Cuando acabes aquí, ponte a trabajar rompiendo cráneos. Si la mierda se sale de manos, infórmame. Y si *él* se descontrola... —Muevo la cabeza hacia Kaz—, entonces avísame. Lo pondré en cintura.

Kaz siempre ha sido una bala perdida. A veces funciona, a veces no. No podemos permitirnos esto último ahora mismo. No en esta batalla.

Misha asiente. —Entendido. Le echaré un ojo.

No hablo mientras vuelvo a mi Escalade. El peso de ser un jefe se siente más en momentos como este. Soy el único que puede hacer lo que hay que hacer.

Tomo una decisión mientras conduzco de vuelta a mi mansión: quiero a Ito vivo. Quiero acabar con él yo mismo.

Cuando llego a casa, estoy agotado. Lily está acurrucada en mi lado de la cama. Parece imposiblemente frágil, imposiblemente inocente en este momento.

Y es todo eso. Joven, jodidamente joven. Nacida en una vida que la jodió. Casada en una vida que podría matarla.

La necesidad me quema por dentro: la necesidad de protegerla, la necesidad de proteger a nuestro hijo.

La necesidad de ponerme a trabajar para poder construir muros a su alrededor, que ningún hombre pueda traspasar jamás.

Así que me encojo de hombros, salgo del dormitorio y cierro la puerta. Me tomo un momento para respirar en el pasillo oscuro y vacío. Algo para despejarme primero.

Un trago ayudará con eso. Fuerte y doble.

Subo al despacho y abro el armario detrás del escritorio. Dentro hay un vaso que perteneció a mi abuelo, hecho de cristal y grabado con el escudo de la familia Sorokin, y una jarra con el mejor whisky escocés añejo.

Me sirvo medio vaso, lo bebo y exhalo. Mis nervios se van calmando. Un trago más y estaré en equilibrio.

Vuelvo a llenar el vaso y guardo la botella en el armario. Tomo mi segundo trago por el pasillo y entro en el cuarto del bebé por capricho.

Me siento en la mecedora blanca junto a la ventana. El concepto de un bebé sigue siendo una locura. Siempre fue parte del plan, por supuesto. Por eso aposté por Lily en primer lugar.

Pero la realidad es distinta del sueño.

Algún día, pronto, habrá un pequeño que dependa de mí para que lo proteja. La idea me sacude.

Suspiro desde un lugar profundo y pesado en mis entrañas. Kane Ito inició una guerra. Solo uno de nosotros saldrá del otro lado.

Por el bien de mi familia, por el bien de mi hijo... tengo que ser yo.

LILY

Cuando me despierto en una cama vacía, me obligo a no preocuparme. Voy a buscar a mi marido, por supuesto, pero no entraré en pánico mientras lo hago.

Todavía no.

Pero eso se hace más difícil a medida que la búsqueda resulta vacía, una y otra vez.

Reviso su despacho, la cocina, el salón e incluso el patio trasero. Reviso el garaje para asegurarme de que están todos sus coches, que lo están, y el cuarto de baño de la planta baja.

Pero no es hasta que el miedo se me agrieta en la garganta y el corazón me palpita con fuerza que se me ocurre revisar el cuarto del bebé.

Y ahí está, gracias a Dios. Levanta la vista y sonrío, esa sonrisa suave y sexy que me encanta.

Todavía no entro en la habitación. Quiero saborear la imagen de él justo donde está.

Echa la cabeza hacia atrás, pero sigue observando. —¿Qué hace una chica guapa como tú en un sitio como este?

Incluso los viejos dichos suenan frescos. —Mirándote fijamente.

Me señala con el dedo. Me escabullo y me acurruco en su regazo, con la frente pegada a su oreja para besarle la mejilla.

—¿No podías dormir? —Pregunta.

—La cama está fría sin ti —enredo mis dedos en su pelo—. ¿Y tú?

—Necesitaba un minuto para pensar.

—¿Mala noche?

—Ahora mejor —su palma roza mi muslo desnudo.

—Recorrimos un largo camino desde el principio, ¿verdad? —Pregunto de golpe.

Ríe entre dientes. —Sí, lo hicimos. Desde que me odiabas hasta tener a nuestro bebé.

Asiento con la cabeza. “Odiar” no es la palabra adecuada. Estaba aterrorizada y enfadada. Pero, en retrospectiva, en cierto modo sabía que Roman no era del todo malo. O, al menos, que *no*

sería del todo malo para mí. Que estaría a salvo del resto del mundo mientras estuviera con él.

—Tenía tanto miedo de ti cuando te vi por primera vez —era enorme. Hablaba con tanto veneno y rabia. Siempre con rabia. Y poder.

—¿Miedo? —Ríe entre dientes—. Eras como un gatito salvaje. Siempre lista para salir arañando de la esquina.

—Si soy salvaje, es solo porque eres demasiado...

—¿Demasiado qué?

—Demasiado... Todo, supongo. Demasiado poderoso. Lo llevas como la mayoría de la gente lleva ropa. Es abrumador. Intimidante, para ser honesta.

—¿Te sientes intimidada en este momento, Lily?

—No —murmuro—. No como antes, al menos.

Se ríe de nuevo, bajo y confiado. —Uno creería que sabrías qué esperar de un hombre como yo. Creciste en esta vida.

—Sí —admito—. Pero tú eres... diferente.

—¿Que tu padre? Sí, eso es jodidamente seguro.

Por alguna razón, siento el impulso de defenderlo. —Papá no siempre fue... así.

—Me cuesta creerlo.

—En serio, no lo era. No sé cuándo cambiaron las cosas, pero cuando yo era pequeña, él era simplemente... papá. Ojalá lo hubieras conocido como yo.

Me viene un recuerdo a la cabeza. El padre de mi amiga Jane Martinelli me gritó por cruzar su césped con mi bicicleta nueva. Me hizo llorar mientras quitaba las huellas de los neumáticos de su césped. Cuando papá se enteró, fue y le clavó la rodilla en la espalda al señor Martinelli, mientras sus hombres usaban un tractor para destrozar el jardín.

En el mundo enfermo y retorcido en el que crecí, eso era casi dulce. Era definitivamente protector, si no otra cosa. Yo realmente era su *cara mia* en aquellos días. La pequeña *preziosa* de papá.

Algo por lo que merecía la pena luchar. No algo para empeñar.

—Estaba tan enfadada con él la noche de aquella partida de póquer —digo en voz baja—. Y era tan ingenua. No tenía ni idea...

En retrospectiva, me avergüenzo de mi ceguera. Debería haberlo sabido. Llevábamos años sufriendo por falta de dinero. Quizá no había querido admitirlo.

—Creo que, si algo hizo bien Arturo, es que intentó protegerte todo el tiempo que pudo.

Mi corazón se aprieta de forma extraña. Puede que Roman nunca vea a mi padre como un buen hombre. Probablemente piense que merece la muerte que tuvo, o incluso que ese final fue

demasiado clemente.

Pero sabe que papá significa algo para mí. ¿Eso es retorcido? Sí. ¿Jodido? Sí. ¿Tóxico? Desde luego.

Pero era mi padre y, en un momento dado, lo quise. Hay cosas que nunca se pueden destruir del todo.



LA MAÑANA TRAE una cita en la nueva consulta de la obstetra. La Dra. Demerest tiene su consulta en un viejo edificio del centro. Nos lleva Igor.

Durante toda la noche, mil dudas se agolparon en mi cerebro. ¿Y si al bebé no le gusta el hogar que le proporciono? ¿O la comida que le doy? ¿Y si pasa algo?

Lo que me llevó a preguntarme si Roman me seguiría queriendo si no pudiera tener un hijo. Si no puedo darle una familia sana.

Intento canalizar mi energía nerviosa en algo proactivo. Tengo una lista de preguntas sobre dieta y ejercicio, viajes, todo ese millón de cosas que me rondan la cabeza desde hace semanas.

La mancha de agua en el techo de la sala de espera no me infunde confianza en las “modernas” instalaciones de las que presumió Nataliya cuando me recomendaba a esta doctora. Tampoco la vieja agenda de citas y la falta de equipo informático en el mostrador de la recepcionista. La revista más reciente salió el mes en que cumplí diez años.

Roman se sienta a mi lado en la sala de espera. Las sillas son duras, de plástico naranja, y yo me muevo constantemente mientras relleno las diecinueve páginas del papeleo de admisión, intentando, sin éxito, ponerme cómoda. Las preguntas son interminables. Al menos son minuciosas, supongo.

Cuando la enfermera viene a buscarme, Roman se levanta para seguirme. Pero la mujer levanta la mano—: Solo la paciente, señor. Su hija saldrá en unos minutos.

Oh, mierda. Me pregunto por un momento si Roman la matará.

Sus ojos son como un volcán justo antes de detonar. Pobre estúpida. Abre la boca para hablar, sin duda, se viene un aluvión de palabrotas. Pero, antes de que pueda arrancarle la cabeza, me adelanto y apoyo una mano en su hombro.

—Mi marido vendrá conmigo —le digo amablemente. Muevo sutilmente el dedo anular, en lugar de enseñárselo a esta zorra maleducada.

Frunce los labios en un momento de tensión. Luego, pasa y suspira. —Por aquí.

Avanzamos por el pasillo y me detiene en la báscula. —Sube. Veamos... Uno diecinueve. Son dos kilos más que antes del embarazo. Debes tener cuidado, querida. No siempre es fácil perder el peso del bebé. Por aquí.

Se da vuelta y se aleja por el pasillo, dejándome allí de pie apretando los dientes.

Ahora me toca a mí estar furiosa.

Roman se acerca a mí. —Vámonos. No voy a aguantar esta mierda.

—No —digo de golpe—. No dejaré que esta zorra me asuste. Nos quedamos.

Frunce el ceño, pero al final no dice nada. Alzo la barbilla y sigo a la enfermera hasta la sala de exploración.

Enseguida me pone una bata en los brazos. —Quítate todo lo demás y ponte esto. Mientras miro a mi alrededor en busca de un biombo o un vestidor, me dice—: Y date prisa. Tengo que tomarte una muestra de sangre, tomarte la tensión y medirte.

—¿Medirme?

Se gira con una cinta métrica de plástico en la mano. —Desde el pubis hasta la parte superior del útero —intenta pincharme con la punta del bolígrafo en las zonas que mencionó, pero retrocedo hasta chocar con Roman.

—Bien. De acuerdo.

Acerca una máquina a la camilla. —Ya puedes cambiarte.

¿Con ella en la habitación? Me despojé de muchas inhibiciones en los últimos meses, pero desnudarme delante de una desconocida es más personal de lo que quiero.

Pero, de nuevo, no quiero que esta mujer cruel y estúpida gane. Soy más fuerte que eso. Así que me desnudo rápidamente y me retuerzo en el papel, con la abertura hacia atrás.

La enfermera alza la vista e inmediatamente resopla irritada. —Esto estaría bien si él fuera a examinarte la espalda, pero no es el caso, ¿verdad?

—¿Él?

Pone los ojos en blanco. —El Dr. Demerest, obviamente —me hace un torniquete de goma alrededor del brazo y me golpea la parte interior del codo. Sin previo aviso, me clava una aguja en la vena y fija un tubo de cristal al accesorio de plástico. Tampoco con demasiada delicadeza.

Roman está de pie en la puerta, la estatua furiosa de un hombre. Si yo se lo ordenara, masacraría a esta mujer y a toda su familia por faltarme al respeto.

Llevamos casados por lo que parece una eternidad y esa idea aún me aterroriza.

Unos golpes en la puerta anuncian la llegada del buen doctor, un hombre de unos setenta años. El pelo canoso y los hombros ligeramente encorvados sugieren que se graduó antes de la epidural.

—Adelante, súbete a la mesa.

La enfermera diabólica se inclina hacia él. —Esta es difícil —ni siquiera finge bajar la voz.

Me subo a la mesa y me siento con la espalda recta, sujetando la parte delantera de la bata cerrada con ambas manos.

—Joven también —comenta el médico. Me empuja hacia atrás y me tumba sobre el papel

arrugado. Me abre la bata y me deja a la vista. —¿Te examinas regularmente los senos?

—Sí.

Cacarea como si pensara que soy una mentirosa, luego me levanta el brazo por encima de la cabeza y me palpa de la forma más clínica posible.

—Tus pezones no son lo que yo llamaría adecuados para amamantar —toca uno y me pellizca el otro. —¿Ves? No parecen responder a los estímulos.

Mis mejillas arden de rabia y vergüenza a partes iguales. *Puedo hacerlo. Lo haré.*

Roman encuentra mis ojos. Arquea una ceja para ofrecerme una salida.

Y le hago un sutil gesto con la cabeza.

No iremos a ninguna parte.

—Nataliya mencionó que eres una... novia joven —comenta Demerest—. Dice que quizá necesites que te examinen para ver si tienes enfermedades de transmisión sexual que puedan afectar al bebé, así que te haremos un frotis y pediremos las pruebas.

Abro mucho los ojos y el horror me recorre el cuerpo. Vuelvo a mirar a Roman. La furia oscurece su mirada. Si llevara un arma, todo esto sería un baño de sangre.

Pero, de nuevo, sacudo la cabeza para mantenerlo a raya.

—Bien —digo. Dios mío, solo quiero salir de esta.

La enfermera diabólica vuelve para colocar unos estribos en la mesa. Me levanta los pies y los deja caer en los estribos metálicos. —Mueve el culo hasta el borde de la mesa.

—¿Qué...? —Me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—. ¿Qué estás haciendo?

El médico sostiene una varita cubierta con un preservativo y habla despacio, como si yo fuera estúpida. —Esta es la sonda de ultrasonidos —se la pasa a la enfermera y luego blande el bastoncillo de algodón más largo que vi en mi vida—. Y esto es para las pruebas que mencioné. Tomaré una muestra de tu cavidad vaginal, que luego será entregada a Alena, que preparará las diapositivas de las pruebas mientras yo uso la sonda para ver a tu hijo. Tan pronto en el embarazo, no hay una mejor manera para ver al bebé y comprobar el latido del corazón, tomar medidas, y asegurar que el tamaño es adecuado para la fecha propuesta de la concepción.

Algo está pasando aquí. Primero las pruebas de ETS, ahora esta frase que suena bastante siniestra. *“Fecha propuesta de concepción”*. Como si yo fuera una fulana mentirosa que se acostó con medio Chicago y luego engañó a Roman para que le pusiera un anillo en el dedo.

Y todo lo que puedo preguntarme es... *¿Nataliya los metió en esto?*

—Podrás ver a tu hijo en la pantalla —señala la máquina con la cabeza—. Y yo podré recopilar información relativa al tamaño del bebé y la fecha próxima de parto.

Me introduce la sonda. Me estremezco cuando la mueve en todas direcciones y el negro de la pantalla se transforma en grises.

—Ahí está tu bebé —señala con la mano libre una pequeña mancha negra con forma de alubia en la pantalla.

—Dios mío.

De pronto, la ira desaparece por completo. Me tapo la boca como si eso fuera a detener las lágrimas, pero no. De todos modos, resbalan por mis mejillas. —Es nuestro bebé.

Roman viene a ponerse a mi lado. Me coge la mano. —Es nuestro bebé —repite.

El médico saca la sonda y la imagen desaparece de la pantalla. —El bebé tiene buen aspecto. Según la fecha de tu última regla, la fecha prevista de parto es... —saca una rueda de cartón del bolsillo y mira fijamente de mi historial a la rueda, le da una vuelta y vuelve a mirarme—. El 26 de enero.

—Un bebé de invierno —algo en ello hace que mi corazón se aligere—. Tendremos nuestras primeras navidades juntos, luego vendrá el bebé.

—¿Puedo preguntar cuánto tiempo llevan juntos?

Miro al viejo doctor con la cinta que sujeta su faro y los mechones de pelo gris asomando por la nariz y las orejas. La enfermera que lo ensombrece todavía frunce el ceño.

—No. No puedes preguntar —me siento y arrugo la bata a mi alrededor—. No es asunto tuyo.

Por fin sueno como lo que soy: La esposa de Roman Sorokin. La madre de su hijo.

La reina de su Bratva.

Roman también debe oír ese tono en mi voz, porque se inclina y me da un beso orgulloso detrás de la oreja. —Vístete. Yo me encargo de todo. Luego lo celebraremos.

Todo el mundo sale de la habitación. Me visto rápidamente y me reúno con Roman en el vestíbulo. —¿Lista? —me pregunta.

—Lista —me aferro a su brazo y acurruco mi cabeza contra su hombro mientras salimos al pasillo.

ROMAN

Tardé horas en relajarme después de la maldita cita con el médico. Si Lily no me hubiera dicho que podía manejarlo, habría quemado el lugar hasta los malditos cimientos.

Pero ella lo manejó. Como la reina que es.

Está adquiriendo su poder. Lento pero seguro. Aprendiendo lo que significa blandir el nombre Sorokin como un arma. Me hace sentir muy, muy orgulloso.

Y muy, muy excitado.

Se remueve a mi lado y posa su mano sobre mi pecho, cálida y suave. Releo el mensaje de Kaz en mi teléfono.

Todo despejado. No hay señales de los Yakuza.

A mi lado, con los ojos todavía cerrados, Lily me quita el teléfono de la mano y lo tira al extremo de la cama.

—Una noche, Roman. Solo una noche.

—No estaba trabajando.

Se ríe. —Mentiroso. Mentiroso como Pinocho.

—No te miento. Estaba... viendo porno —me río cuando me da una palmada en el pecho y se abalanza sobre mí. —Aunque esto es mejor.

—Mhmm. Más vale que lo sea.

Me besa, lenta y dulcemente. Luego se retira y apoya la cabeza en mi hombro. Le agarro las manos por la espalda y la abrazo.

Una mano afortunada de póquer hizo que esta mujer fuera mía. Qué puto milagro.

Nos quedamos así un rato, respirando suavemente. Pero los abrazos nunca duran mucho entre nosotros. La pasión es demasiado ardiente. La necesidad es demasiado fuerte. Al poco rato, Lily desliza su pie por mi pierna hasta mi rodilla y luego vuelve a bajar. Mis manos se desvían hacia la curva de su culo.

Son caricias suaves e inocentes, pero cuando se combinan con los gemidos que salen de su

garganta y el calor que chisporrotea entre nosotros, estoy preparado.

La volteo debajo de mí. Ella sonríe, sus ojos son brillantes y chispean. Es una mirada que nunca me cansaré de ver.

Cuando bajo y me meto un pezón en la boca, ella sisea y arquea la espalda. Pero, cuando voy a desatarle la bata, me detiene.

—¿Roman?

—¿Sí?

—¿Puedes cerrar las cortinas y apagar las luces?

Me echo hacia atrás. —¿Pasa algo?

—No, no, nada.

—Lily.

Suspira y se muerde el labio inferior. —Yo solo...

—¿Solo qué?

Sonríe, pero es una sonrisa forzada. Veo el brillo de una lágrima en sus ojos. —No quiero que mi cuerpo deje de gustarte.

¿Que no me guste su cuerpo? Nunca amé nada tanto como amo su cuerpo.

—Lily...

Ella sacude la cabeza, rápido y con fuerza. —Es una estupidez. Quiero este bebé, de verdad. Solo... quiero que sigas queriéndome como yo te quiero a ti —se seca las lágrimas—. Y ya que estoy, también quiero no llorar por cada puta cosa.

Me quito de encima de ella, cojo su mano y la pongo sobre mi polla palpitante. —¿Sientes esto? Siempre voy a desearte, *moya zhen*. No puedo controlarlo.

Sonríe de nuevo, esta vez más es más sincera. —¿Incluso cuando no pueda ver mis pies?

Sonrío. —Todavía podré verlos yo.

—¿Y cuando mis dedos parezcan diez pequeñas salchichas ahumadas?

—Déjame ahorrarte la molestia: No me importa lo que le pase a tu cuerpo. Seguiré queriéndote. Hoy, mañana, hasta el día de mi muerte y más allá. Cuando muera, probablemente tendrán que hacer un agujero en la tapa del ataúd para que quepa esto —le meto la polla en la palma de la mano para ilustrar mi idea—. Y no te equivoques: todo será culpa tuya.

Ella aprieta seductoramente mi polla. —A veces dices cosas que me hacen sentir como si no pudiera respirar.

Le beso el cuello y dejo que mi mano descienda por su vientre hasta el montículo que hay entre sus piernas. Aspiro su jadeo al besarla.

La pongo de lado para que estemos frente a frente y engancho su pierna sobre mi cadera. Entonces, alineando mi dolorida polla con su centro, empujo lentamente.

—Eso es. Dios, me encanta.

Aprieto mi frente contra la suya, para que sea todo lo que pueda ver, y nos movemos juntos. Lento y caliente y perfecto.

Al final, sin embargo, “lento” ya no alcanza. Me tumbo boca arriba y Lily se sube encima. Acaricio sus pesados pechos y ella se agarra al cabecero para hacer palanca mientras cabalga mi polla. La cama cruje con el movimiento de nuestra frenética follada.

Siento que se acerca el final, pero aún no estoy listo para terminar. La vuelvo a poner debajo de mí y me levanto de la cama.

—No te muevas —ordeno.

—¿Qué estás...?

—Tampoco hables —me acerco y le arranco el cordón de seda de la bata. Luego le cojo las manos, las envuelvo con el cordón y hago un nudo en el intrincado armazón de hierro del cabecero.

Hay una corbata sobre el respaldo del sillón, así que también la cojo y la uso para vendarle los ojos.

Gime, pero sabe que no debe hablar después de que le haya dicho que no lo haga. En lugar de eso, se pasa un pie por la pantorrilla opuesta y se lame el labio inferior.

Me paro un momento para contemplarla. Toda esa piel retorciéndose y calentándose debajo de mí, sus gemidos cada vez más fuertes. Todo ese pelo esparcido por las almohadas y suplicando que le dé un tirón.

Toda esa belleza para mí y sólo para mí.

Le rozo el costado con la mano, acariciando con delicadeza el costado de su pecho, pero lejos de sus sensibles pezones. Toco su cadera y sus costillas, pero me alejo de la humedad entre sus muslos.

Es una larga y lenta provocación, y hace exactamente lo que tenía en mente: volver loca a mi mujer.

Cuando ya le toqué todas las partes excepto las que más desea, se agita y gime.

Arrastro la punta de un dedo entre sus pechos y subo por su garganta hasta su boca, de un lado a otro por sus labios hasta que su lengua roza la punta y ella empieza a chuparla.

Retiro el dedo, doy un paso adelante y presiono la cabeza de mi polla contra sus labios. Su lengua chasquea contra la punta y gime. Eso es lo que quiero: el gemido. La súplica desesperada y animal.

Así que retrocedo y espero a que sisee como una diablesa.

Entonces, le doy lo que quiere: a mí. Se mete mi polla en la boca, con la mandíbula abierta para

tragársela toda.

Me chupa profunda y duramente, con las manos sujetas sobre su cabeza hasta que me aprieta los huevos. Tengo que apartarme o esto acabará demasiado pronto.

Libero mi polla de su boca con un suave chasquido. Mueve los labios como si quisiera hablar, pero no le sale ninguna palabra.

—¿Algo que quieras decir, *kiska*? —Me burlo.

—Por favor, Roman.

—Por favor, ¿qué? —Necesito oírla decirlo.

—Por favor, fóllame.

—Oh, tengo la intención de hacerlo —pero primero...

Dejándola despistada y atada en la cama, me dirijo a la pequeña nevera con la cubitera y pulso el botón para dispensar unos cubitos. Cuando vuelvo al dormitorio, ella está quieta, tensa y callada. No tiene ni idea de lo que se le avecina.

Camino hacia ella, en silencio sobre la alfombra. Cojo un cubito de hielo y lo mantengo en el puño hasta que las gotas de agua fría salpican su vientre liso.

Reprime un grito. —¡Ah! —Pero, a medida que la sensación se asienta, ese grito se transforma en un delicioso gemido sostenido.

Rodeo el cubo sobre su pezón. Cuando lo arrastro por su vientre y dejo que el agua se estanque en su ombligo, exhala una sonrisa soñadora.

—Más abajo.

La palabra más bonita que he oído nunca. —Abre las piernas para mí como una buena niña —digo con voz ronca.

Ella hace lo que le digo y yo sostengo el hielo entre mis labios mientras me meto entre sus muslos. Luego, arrastro el hielo y mi boca arriba y abajo por su coño.

—Oh, mi maldito Dios. Oh, mi maldito...

Alterno la punta de mi lengua y el hielo que se encoge, lamiéndola. En menos de un minuto se mueve como un bronco.

Cuando sé que está cerca, deslizo dos dedos dentro de ella y los enrosco hacia mí hasta encontrar el punto que la enloquece.

Y eso es exactamente lo que hace. Se desmorona al instante, con mi nombre en los labios y gotas de sudor en la frente.

—Fóllame, Roman —gime en cuanto recuerda cómo hablar—. Por favor, fóllame.

Subo por su cuerpo y dejo que la punta de mi polla se acerque a su abertura. Mueve las caderas con avidez, pero la vuelvo a tumbar en la cama y la hago esperar.

—No tan rápido —murmuro—. Haremos esto a mi ritmo.

Ella asiente, gime y se separa para mí otra vez. Tan fácilmente. Tan inocentemente. Tan perfectamente.

La empujo con toda la lujuria y la emoción contenidas que me recorren. Y entonces ya no hay contención, ni burlas, ni juegos. Solo gemidos, retorcimientos y una follada dura e implacable.

Le chupo un pezón en la boca justo a punto de correrme y ambos explotamos a la vez. Lily engancha sus piernas a mis caderas y me mantiene dentro suyo mientras me corro una y otra vez.

Cuando recupero la sensibilidad en las extremidades, la desato, le quito la venda de los ojos y la pongo encima de mí. Lily se desploma hacia delante y respira contra mi pecho.

Sin levantar la vista, dice—: ¿Quién te enseñó todo eso?

—Lo aprendí todo del porno que estaba viendo justo antes de que te despertaras.

Se ríe y me pellizca el costado. —Lo digo en serio.

—¿Por qué importa?

—No importa —dice suavemente—. A veces, la idea de que cualquier otra mujer te tocara antes que yo me vuelve loca de celos. Pero otras veces, como ahora, por ejemplo, quiero escribirles a todas tarjetas personales de agradecimiento.

—Tú también eres muy buena, esposa mía.

Puedo sentir su sonrisa contra mi torso. —Tuve un buen profesor —se me quita de encima, se acurruca contra mi costado y se queda callada un rato.

—¿En qué estás pensando? —Pregunto finalmente.

—¿Cómo sabías que estaba pensando en algo?

—Te conozco.

Lily suspira, probablemente porque sabe que es verdad. —El futuro, supongo —se sienta y cruza las piernas delante de ella.

—¿Qué pasa con eso?

—Veo nuestro futuro —se encoge de hombros—. En mi cabeza.

—¿Qué ves?

—Me veo como esposa y madre. Quizá cantante, a veces —sus hombros suben y bajan—. ¿Te importaría si cantara?

—En la ducha, no. ¿Sobre un escenario, en un bar poco iluminado, mientras una multitud de hombres te mira? Eso podría ser un problema.

Se ríe. —No sería así.

—Podemos hablar de ello —tendría que acostumbrarme a la idea, desde luego.

—También te veo en mi mente, sabes.

—¿Sí?

—Mhmm. Al futuro tú.

—¿Qué aspecto tengo?

—Pecaminosamente guapo. ¿Es eso lo que se supone que debo decir?

Me río y le mordisqueo la cara interna del muslo. —No es la peor respuesta. Pero ¿qué tal una de verdad?

—Hm. Dímelo tú.

Frunzo el ceño. —¿Qué se supone que significa eso?

—Tal como dije. ¿Cómo te ves en nuestro futuro, Roman?

Es una pregunta extraña. Nunca me la había hecho antes. La cuestión de mi futuro y la cuestión del futuro de los Bratva siempre han sido una y la misma. Compré a Lily porque necesitaba un heredero. Pero, ahora que la tengo, se transformó en algo completamente distinto. Algo que no esperaba. Algo que no predije.

La esperanza es peligrosa en mi trabajo. Hace tiempo aprendí a no dejarla florecer.

¿Pero Lily? Ella me hace sentir que puede haber esperanza, después de todo.

—Quiero ser un buen padre. Un buen jefe. Un buen marido.

—¿Alguna vez pensaste que te enamorarías de tu esposa?

Sonrío y la atraigo hacia mí para darle un beso. —No. Eso fue pura suerte.

Al final, Lily se estira y bosteza. —Deberíamos levantarnos y vestirnos. No podemos pasar todo el día en la cama.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice la Sra. Sorokin.

Sonrío. —No querría decepcionar a la reina.

—Ooh, me gusta como suena eso. Dilo otra vez.

—En tus putos sueños —resoplo.

Suspira melodramáticamente. —Siempre avanzo dos pasos y retrocedo diez contigo.

—Precisamente. Te mantiene alerta.

—Lo digo en serio —advierde—. Me voy a duchar. No puedes detenerme.

—Ese cordón de seda no está de acuerdo —digo moviendo las cejas.

—¡No te atrevas! —Me empuja y se pone en pie. La bata que llevaba en la cama cuelga abierta,

ofreciéndome una deliciosa vista de toda ella. Ya estoy medio empalmado otra vez.

Deslizo las piernas por el borde de la cama, cojo el teléfono y pongo una canción en el sistema de sonido integrado.

—¡Roman! —Dice Lily—. Lo digo en serio. Voy a darme una ducha. Suéltame.

Riendo, alargo la mano y la estrecho entre mis brazos. —Solo unos minutos más, Sra. Sorokin —le canturreo al oído—. Baila conmigo.

La mantengo cerca mientras empiezo a balancearme al ritmo de la orquesta. Lily se derrite sobre mí, con la cabeza apoyada en mi pecho y la mano entrelazada con la mía.

Cierro los ojos y la respiro.

—Quiero guardar este minuto —me susurra.

—¿Corremos peligro de perderlo? —me río entre dientes.

—Quiero guardar cada detalle en mi mente, para poder recordarlo cuando quiera.

Sonrío. —¿Haces eso a menudo?

Echa la cabeza hacia atrás y me mira. —¿No lo sabes? Guardo cada minuto contigo.

Le sonrío. —Te amo, Lily.

—Te amo, Roman.

Hago una nota mental para guardar este minuto. Voy a querer recordarlo.

LILY

Es el día de la boda. No la mía, obviamente. Uno de los traficantes en nómina de Roman decidió finalmente que su novia de los últimos diez años merecía su apellido y ¿qué mejor invitado que el jefe que le paga?

Sin embargo, el jefe llega tarde, todavía no se cambió y, desde luego, todavía no está listo para asistir a una boda.

Por mucho que me burle, me hace ilusión ir. La mayor parte de mi interacción social estos días se limita a Roman o al personal de la casa, así que será agradable ver algunas caras nuevas y sentirme como un ser humano.

Aliso mi vestido, un Carolina Herrera que apareció misteriosamente en mi armario, exactamente de mi talla, con una pequeña etiqueta que decía: *Úsame*, y compruebo el reloj de oro que Roman me regaló esta mañana.

Llega oficialmente veintiséis minutos tarde cuando la puerta de nuestro dormitorio se abre de golpe y entra exhalando.

—Llego tarde, lo sé —se quita la corbata y entra en el vestidor.

—Eres peor que una mujer.

—No todos nos despertamos con cara de haber sido besados por un ángel.

Lanzo una carcajada. —Tienes mejor aspecto en mitad de la noche que la mayoría de la gente en toda su vida.

Saca la cabeza del armario y sonrío. —Si no la conociera, diría que empieza a gustarle, Sra. Sorokin.

—En tus sueños, amigo —pero me sonrojo y sonrío.

Un parpadeo más tarde, y vuelve a salir del armario luciendo como un millón de dólares. Lleva un traje negro, perfectamente entallado para acentuar sus anchos hombros y su estrecha cintura. Lleva la corbata impecablemente anudada y el pelo despeinado sin esfuerzo.

—No es justo —me quejo.

—¿Qué cosa?

—Has tardado treinta segundos en vestirme y pareces parte de la portada de GQ. Llevo levantada desde las cinco y media peinándome y maquillándome.

Cruza la habitación para estrecharme entre sus brazos y darme un beso en los labios. —Merece la pena cada minuto —murmura con esa voz suya que me produce escalofríos, de los buenos, por todo el cuerpo.

—Cuidado —le advierto—. Te mancharás de maquillaje si sigues besándome.

—Haré algo mucho peor que besarte —gruñe.

Lo empujo. —Nada de eso. De ninguna manera, señor. Llegaremos tarde si te dejas llevar como siempre.

—Puede que mi memoria me falle, pero ¿no eras tú la que me despertó anoche a medianoche y me suplicó que la follara?

Mi rubor se triplica al instante. —No suena como yo.

—Sí. No lo creo —sonríe y estira el codo. —Bueno, vamos, *moya zhená*. El tiempo corre.

Aliso las manos sobre su camisa, enderezo la solapa, quito una pelusa inexistente. —Te ves muy guapo —le digo.

—Tú eres la guapa. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

Le guiño un ojo. —Una buena mano de póquer.



EL ESCALADE nos espera en la puerta, con los cristales oscurecidos y tintados por encima del límite legal. Igor está junto a las puertas traseras. Abre una y me ayuda a subir al vehículo.

—Buenas tardes, Sra. Sorokin.

—Hola, Igor.

Saluda a Roman con la cabeza. —Señor.

Una vez instalados, Igor ocupa el asiento del conductor. Hay una mampara especialmente instalada para dar intimidación a los pasajeros. Roman se adelanta y pulsa el botón para levantar el cristal oscurecido y separarnos de Igor.

Se vuelve hacia mí. —Te eché de menos esta mañana —deja que su mano se acerque a mi rodilla.

—¿Sí? —Entonces, su mano se desliza unos centímetros hacia el norte y trago saliva. —Yo no te extrañé en absoluto.

También soy una gran mentirosa.

—¿En absoluto? —Su meñique roza el borde de mi ropa interior justo en ese momento, y no puedo evitar gemir—. Mm. Ese es el sonido que me encanta.

Le agarro la muñeca, pero no hay quien lo pare cuando se pone así. Y lo que es peor: lo sabe.

—Roman... —su dedo vuelve a crisparse y yo maúllo.

—¿Te gusta, *kiska*?

No puedo hacer más que asentir cuando lo hace de nuevo. Dios, lo deseo. ¿Cómo es tan fácil estar tan excitada todo el tiempo? No puede ser bueno para el bebé, ¿verdad?

—Estás tan mojada —su voz acaricia todos mis sentidos—. Quizá, después de que se echen la soga al cuello, podamos encontrar algún rincón tranquilo y terminar esto.

—O podemos terminarlo ahora y más tarde.

—Hm. Quizás.

Reclino la cabeza contra el asiento. Se me cierran los párpados.

Me pierdo en sus fugaces caricias y en los deliciosos escalofríos que me hace sentir en la piel. Sus dedos acarician, rozan, prometen, pero yo quiero mucho más.

Me lo da, pero solo un poquito cada vez. Un poco más de presión aquí. Un poco más cerca allí.

Estoy casi... casi...

Pero, justo cuando mi cuerpo se tensa y mis músculos se tensan, él se detiene por completo y retira la mano.

—¡Imbécil! —Siseo.

—Me siento dividido —dice en un rumor desconcertado.

—¿Dividido?

—Tal vez debería hacerte esperar hasta después de la boda.

Dios mío. No puedo esperar. Ya estoy palpitando, necesitada de maneras que anulan todo sentido común.

No es muy frecuente que tenga que trabajar para convencerlo de que me dé mi liberación. Normalmente, insiste. Lo hace más veces de las que mi cuerpo puede tolerar razonablemente.

Pensaba que la tortura de los orgasmos interminables era difícil. Ahora lo reconsidero. Esto es peor.

Antes de que pueda volver a sugerir el plan de ahora y después, la ventanilla entre los asientos se baja. —Oye, jefe. Tenemos compañía.

La voz de Igor es tan tranquila como siempre, pero su forma de conducir se vuelve de repente mucho más dramática. Pisa el acelerador a fondo y atraviesa tres líneas de tráfico.

Pero no alcanza. Un par de motocicletas se cuelan delante del Escalade y pisan el freno, obligándonos a reducir la velocidad.

El sonido de los motores de otras motos se filtra en el habitáculo insonorizado. No el estruendo

de las grandes motos americanas, sino el quejido de las veloces importadas japonesas.

Muchas.

—Mierda —maldice Roman. Se inclina hacia delante y aprieta el borde del tabique—. Toma los caminos del muelle y piérdelos ahí.

—¿Quiénes son? —Pregunto temerosa.

Me mira, pero no responde a mi pregunta. —Las ventanas son a prueba de balas, pero mantén la cabeza agachada.

—¿Por qué? Roman, ¿qué está pasando? —Cuando intento levantar la cabeza de nuevo, la empuja hacia abajo.

—Porque, si pasa algo, puedes esconderte en el panel bajo el asiento hasta que se vayan. Hay una trampilla en la parte de abajo —echa otro vistazo por la ventanilla, luego me agarra los hombros con las manos y me mira a los ojos con suma seriedad. —El cordón blanco la abre. ¿Lo entiendes?

Me llevo la mano al estómago en un gesto automático de miedo. Mi bebé está aquí dentro y moriré por protegerlo.

Cuando asiento con la cabeza, me suelta y se abre la chaqueta, sacando una pistola de una funda que nunca lo vi ponerse.

Igor da un volantazo. Miro por la ventanilla y veo que corremos paralelos al agua, sorteando edificios a la velocidad de la luz.

—Si nos separamos, ponte a salvo y llama a Kaz. Él te llevará a un lugar seguro y te mantendrá allí hasta que pueda volver contigo.

—Roman, me estás asustando.

En respuesta, se lleva la mano a la funda del tobillo, saca una pistola pequeña y me la pone en la mano.

Odio sostenerlas. Me ha hecho asistir a unas cuantas clases, así que sé cómo cargar una bala en la recámara, cómo quitar el seguro, cómo apuntar y disparar.

Pero eso no significa que vaya a ser capaz de hacer todas esas cosas, aunque la situación lo requiera.

Igor da otro volantazo inesperado. Mi hombro choca con la puerta y me estremezco, pero el dolor no es nada comparado con el miedo.

Al mismo tiempo, el sonido de los motores de las motocicletas, que ya me parecía bastante alto en la lista de “cosas más terroríficas que he oído”, es sustituido por algo peor.

Balas.

Una lluvia de disparos choca con el lateral metálico del coche. Grito, agacho la cabeza y me la cubro con los brazos. La pistola que sostenía cae al suelo.

—¿Son ellos, Igor? —Pregunta Roman sombríamente.

Los pilotos que puedo ver llevan cascos y motos negras anodinas, pero no me cabe duda de que Igor tendrá la respuesta.

—Sí, señor. Yakuza.

El plan de perderlos en los muelles no parece funcionar. En lugar de intentar dejar atrás a las motos, Igor da un fuerte tirón al volante y pisa el freno. El todoterreno se tambalea cuando una, dos o veinte de las motos, no lo sé, pero parece una horda entera, chocan con el lateral.

Grito de nuevo, tapándome los oídos contra el chirrido y el alarido del metal deslizándose por el pavimento.

Roman me sujeta mientras Igor vuelve a pisar el acelerador, alejándonos del muelle, por calles laterales, atravesando barrios y cruzando la ciudad.

Conducimos a velocidad de vértigo durante un rato. Nadie dice una palabra. Entonces, la tensión disminuye.

Cuando Igor reanuda la marcha a una velocidad más segura, me invade una sensación de seguridad. Me aparto de Roman, me siento erguida y me trago las lágrimas que la adrenalina estaba reteniendo.

—¿Estás bien? —Me pasa las manos por los hombros—. No pasa nada, Lily. Estoy aquí. Estamos a salvo.

Asiento, sin palabras.

—¿Qué me dices del bebé? ¿Está bien el bebé?

Es más de lo que puedo soportar y caigo contra él. Mi corazón y mi psique están demasiado agitados para que pueda mantener la compostura.

Alguien intentó matarnos. Es mucho para asimilar y estar bien. Por un segundo, controlo el miedo. Me digo a mí misma *soy la esposa de Roman Sorokin. Puedo sobrevivir a esto. Puedo sobrevivir a cualquier cosa.*

Casi funciona.

Pero entonces, cierro los ojos y vuelvo a oír esos disparos como si estuvieran sucediendo en tiempo real y no en mi memoria.

Y todo mi sentido de autocontrol se desvanece.

Empiezo a temblar. Se me saltan las lágrimas de los ojos, me tiembla todo el cuerpo y el corazón me late cada vez más deprisa.

La cara de Roman se nubla. —Lily, está bien.

—¿Está bien? —Grito la palabra, aunque no quiero. Todo mi cuerpo está fuera de mi control—. ¿Parezco bien, Roman?

Me viene a la mente una imagen de mi padre. Siempre me ocultó sus asuntos, me mantuvo ajena

a los peligros de ser su hija. Creyó que era un don.

Se equivocaba.

Roman se equivoca exactamente de la misma manera.

No permitiré que nadie cobije así a mis hijos. Lo sabrán todo desde el principio. Sin esconderse. Serán orgullosos, vigilantes, inteligentes.

Y, lo que es más importante, estarán preparados. Sabrán que estoy dispuesta a morir por ellos.

Ese pensamiento me tranquiliza. No se trata de mí, se trata de mi bebé.

Respiro hondo, estremeciéndome, cuadro los hombros y miro a Roman a los ojos.

—Ahí está —murmura—. Ahí está mi esposa. Ahí está mi reina.

Asiento. —Sí. Aquí estoy.

Roman y este bebé son mi familia. Mis días de acobardarme y esperar a que me salven terminaron. Recojo la pistola del suelo y me la pongo en el regazo.

Hay algo en su mirada solemne, un resplandor de orgullo, que hace brotar calor en mi pecho. Me abraza y me besa en la coronilla. Por un breve instante, me derrito contra él. —Hoy no vamos a la boda, ¿verdad?

Sacude la cabeza. —No.

No es ciencia espacial. De ninguna manera arriesgaré nuestra seguridad en un entorno público hasta ocuparse de esto. Y de ninguna manera podemos ir a casa, tampoco.

Si nos encontraron en la carretera, es lógico que estuvieran vigilando la casa.

Probablemente, todavía lo hacen.

Pero nada de eso me importa. Mientras estemos juntos, no me importa a dónde vayamos.

ROMAN

Igor conoce el plan sin que yo tenga que decírselo. Entra en el garaje de Grant Park South, en Michigan Avenue, y se detiene detrás de un Mercedes negro que pertenece a la Bratva. Lo guardamos aquí, lleno de combustible y preparado para momentos exactamente como este.

Me vuelvo hacia Lily. Se enfadará por lo que viene a continuación, pero no tengo elección.

—Ve con Igor al hotel. Iré en cuanto pueda —miro a Igor—. Trae a Marko y Grisha —normalmente, habría dicho Kaz y Misha, pero tienen que dar algunas explicaciones. Se suponía que estaban vigilando a los Yakuza.

Para mi sorpresa, en lugar de luchar contra mí, Lily asiente. —De acuerdo. Solo prométeme una cosa.

—Cualquier cosa.

—Prométeme que volverás conmigo.

Tomo su cara entre mis manos y la beso. Hoy estuve demasiado cerca de perderla. —Te lo juro.

Asiente y mete la pistola que le di en su bolso. Es solo calibre 22, pero la protegerá, le dará un minuto en caso de necesitarlo.

Entonces me enderezo y frunzo el ceño. Hay que hacer frente a esta situación. Van a rodar cabezas.

Me habían asegurado que la situación estaba controlada. Y, por Dios, sabré por qué no fue así, o alguien morirá por ello.

Aunque sean mis propios hermanos los que acaben enfrentándose al escuadrón de la muerte.

Salgo del todoterreno sin volver a mirarla, porque, si miro hacia atrás, es muy probable que no me vaya. No puedo permitir que esa debilidad me disuada de mi deber.

Igor no espera a que compruebe el Mercedes antes de irse. Es mejor así. Si hay algo en el coche, algún tipo de arma o trampa, sería mejor que Lily no viera las consecuencias.

Me dejo caer y compruebo bajo el coche, iluminando con la luz de mi teléfono todos los recovecos en los que se puede meter una bomba.

No hay señales de nada fuera de lo normal. Me paro, encuentro la llave en el tapón de la gasolina y abro la puerta. Veo el Escalade con Igor y mi mujer por el borde de la pared del aparcamiento.

—Mantenla a salvo —susurro.

Entonces, con un suspiro, subo al coche y pongo la marcha atrás. Nada explota, por suerte.

Salgo del garaje y entro y salgo del tráfico en busca de más motos japonesas. Mis manos están seguras y firmes. Tengo un destino y un propósito.

Esto es para lo que nací.

El club de striptease desde el que mis hermanos prefieren trabajar no está lejos. El letrero muestra su flecha parpadeante en el edificio, pero el aparcamiento está casi vacío cuando azoto el Mercedes por el asfalto, para aparcar justo delante de la puerta.

Ni siquiera apago el coche antes de saltar y entrar a toda prisa. Casi arranco la puta puerta de sus goznes en mi prisa por ver a mis hermanos.

Ni siquiera miro hacia el escenario. Simplemente avanzo, con los ojos fijos en mi destino, en la parte trasera del lugar. La gente sabe por instinto que debe apartarse de mi camino.

Primero encuentro a Misha. Cuando lo alcanzo, justo detrás de la puerta de la oficina, lo empujo con fuerza para desorientarlo y le golpeo la mandíbula con el puño. Se tambalea hacia atrás, pero se mantiene en pie.

Kaz está recostado en una silla, con los pies en alto. —Rom... —empieza a decir cuando rodeo el escritorio.

Las palabras mueren en sus labios cuando lo levanto de un tirón por la parte delantera de la camisa y lo estampo contra la pared. Le atravieso la tráquea con el antebrazo.

Empieza a balbucear y a ahogarse mientras gruño—: ¿Qué coño te pasa?

No puede responder, pero me araña inútilmente la muñeca y el brazo. Meto la mano en la funda, saco la Glock, quito el seguro y se la aprieto en la sien.

—Dijiste que la Yakuza estaba controlada. Esas fueron tus palabras exactas. Así que dime: ¿qué coño significa “controlada”, pequeño Kазzy?

Se le está poniendo la cara azul. Sus manos se debilitan cada vez más.

—Hoy han intentado matarnos a mi mujer y a mí en sus pequeñas motos de cuerda —empujo mi antebrazo con más fuerza en su garganta—. Mi puta *mujer*, Kaz. Si le hubiera pasado algo...

—¡Roman, para! ¡Lo estás matando!

Misha intenta apartarme de Kaz, pero ninguno de los dos tiene posibilidad de detenerme. Apunto a Misha con la pistola. —Retrocede, *sobrat*.

Hermano o no, me importa un carajo. Nadie jode a Roman Sorokin. Ni siquiera mi propia familia.

—Roman —dice Misha con más cautela—, no es culpa suya.

Por supuesto que Misha lo defenderá. Son uña y carne estos dos. Igual de estúpidos.

—¿Cómo es que no es su jodida culpa? Tendrás que explicármelo, porque te aseguro que no entiendo cómo crees que mentirme sobre la amenaza Yakuza es solo un pequeño desliz sin consecuencias.

Misha lanza a Kaz una mirada despiadada. —Te dije que se lo dijeras, joder.

—¿Por qué no me lo dices, Mish? Dime por qué no debería matarlos a los dos por mentirme.

Tiene suerte de que le dé tanta piedad. Cualquiera otro ni siquiera tendría la oportunidad de explicarse.

Misha suspira y alza las manos. —Estábamos en el centro, vigilando su escondite como tú dices.

—Ve al grano, hermano. Me pica el dedo del gatillo.

—¡Mierda, Roman! —No se atreve a moverse ni un centímetro. Sabe que estaría muerto antes de que su pie toque el suelo.

—Date prisa. Kaz no durará mucho más.

—¡Maldita sea, de acuerdo! Tomamos a diez de ellos. Entramos disparando — sacude la cabeza —. Pero ninguno de nosotros vió a Ito de cerca, excepto aquel día en el restaurante.

—Entonces...

—Creíamos que lo teníamos. Había once tipos en la habitación. Matamos a diez. Queríamos poder decirte que lo teníamos, Roman. Intentábamos ayudar.

Suelto el brazo de la garganta de Kaz. Se hunde en el suelo, tosiendo y resollando.

—Deberías habérmelo dicho, mierda —hago una mueca—, podría haber tomado precauciones hoy, y no tener a Lily a la intemperie.

Kaz se aclara la garganta y grazna—: ¿Está bien?

Sin embargo, no me gusta su puto tono. Frívolo. Aburrido. —Retira esa mierda, Kaz. No estoy de humor —mi arma sigue caliente en mi mano.

—¿Retirar qué?

Nunca fue de los que aprenden rápido. La insolencia gotea de cada palabra. No puedo tolerarlo. No ahora. Ni nunca.

Golpeo antes de poder calmarme. La culata de mi arma choca con fuerza contra su mandíbula. Kaz brama de dolor y se desploma.

La única razón por la que no le doy una patada en el torso mientras está en el suelo es que Misha se lanza hacia delante para retenerme.

A mis pies, Kaz gime y rueda sobre su espalda para mirar al techo. —Joder, Roman —mueve la mandíbula de un lado a otro con la mano—. Podrías haberme roto la puta mandíbula.

—La próxima vez, lo haré —le lanzo una mirada que siento en lo más profundo de mis entrañas

—. No vuelvas a mentirme, maldición.

Esta vez, no contesta. No tengo paciencia para preocuparme. Necesito volver con Lily para llevarla a un lugar seguro en el que Ito no pueda tocarla.

Pero primero lo primero. —Esto termina esta noche. Quiero que saquen a todos los hombres que tenemos a la calle. Nadie descansa, nadie se va a casa hasta que localice a Ito. ¿Está claro?

—Lo encontraremos —Misha se agacha para ayudar a Kaz a levantarse.

—Y tráigamelo —cojo a Misha por la muñeca—. A mí —repito—. Lo quiero vivo e intacto.

—Lo entiendo —murmura—. Ambos lo entendemos.

Guardo la pistola y suelto a Misha.

—Lo encontraremos, hermano —promete Kaz—. Pan comido.

Me doy la vuelta y salgo indignado, dejándolos a los dos detrás de mí. En la zona principal del club, las chicas bailan y giran en el escenario. Los acérrimos clientes diurnos les meten dólares en las tangas y sorben bebidas aguadas. Todo el dinero fluye hacia un lugar: mi bolsillo.

Esto ya no me gusta como antes.

Dejo toda esa mierda atrás, igual que mis hermanos, mientras vuelvo a subir al Mercedes aún en marcha. Cuando cierro la puerta, me siento un momento y respiro para dejar que mi rabia, hirviendo a fuego lento, se enfríe más.

Los habría matado si hubiera creído que era lo mejor para la Bratva. Una palabra equivocada es todo lo que habría requerido. Un Jefe no puede permitirse eslabones débiles.

Pongo el coche en marcha. Pero, antes de que pueda ir a ninguna parte, suena mi teléfono. Pulso el botón de respuesta del volante.

—¿Qué?

—Jefe, soy Nunzio —un traficante de la Bratva del lado sur—. Uno de mis chicos acaba de ver a Kane Ito en el muelle de embarque. Hay un barco...

Acelero el motor. —¿Dónde?

Me dice el número del muelle. Cuelgo y piso a fondo el acelerador. Atravieso la ciudad a toda velocidad hasta llegar a la orilla del agua y la rabia que apenas conseguía dominar vuelve a salirse de mi control.

Si Ito está donde Nunzio dice que está...

Esto está a punto de ser una masacre.

El lugar está oscuro cuando llego. No tengo hombres extra. Solo dos pistolas, un cuchillo y el elemento sorpresa. No necesito nada más.

Salgo del coche, cierro la puerta con un suave clic y paso por delante en modo sigilo.

Décadas de entrenamiento me mantienen silencioso y confiado. Una sombra mortal.

El muelle en cuestión está a unos cien metros delante de mí. Llego quizá a mitad de camino...

Y entonces, tres faros atraviesan la oscuridad.

Faros de motocicleta. Detrás de mí, tres más. Tres a la izquierda. Tres a la derecha.

—*Mierda.*

El primer puñetazo me alcanza en las tripas. El segundo me impulsa hacia el tercero.

A partir de ahí, se disuelve en una ráfaga de codazos, puñetazos y patadas que me llevan a un mundo de dolor, conmigo en el centro.

De algún modo, consigo apuntar con mi arma y disparar. Le doy a uno de los matones en el hombro. Eso me da suficiente margen para empezar a contraatacar.

Ruedo hacia un lado y disparo de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. Los hombres que lideraron el ataque se dispersan hacia atrás. Vienen más, emergen de las sombras más allá del anillo de luz en el centro del espacio de hormigón, pero hay un muro bajo a un lado. Salto por encima, luego me giro y vacío el cargador para mantener a estos hijos de puta Yakuza alejados de mí.

Cuando el último proyectil cae al suelo, suelto el arma y desenvaino la otra.

De algún modo, lucho por volver a mi coche. El motor sigue caliente. Giro la llave y me agacho en el asiento mientras me alejo rugiendo. Las balas chocan con el lateral del vehículo, pero nadie me sigue.

Raro.

Cuando me alejo de los muelles y aún no hay rastro de ningún Yakuza tras mi pista, golpeo el volante con la mano. —¡Maldito *mudaki*! —Rujo en el coche vacío.

Lo que acaba de pasar tiene implicaciones. Mi propio hombre me llamó a los muelles. Necesito saber de dónde sacó su información, saber dónde se originó el engaño.

Nadie puede ayudarme. No puedo confiar en nadie.

Estoy solo.



CONDUZCO hacia la parte baja del sur, donde Nunzio dirige su operación. No tardo mucho en encontrarlo.

Nunzio está fuera de una bodega, con la espalda apoyada en la pared de ladrillo. Es joven, de unos veinte años como mucho, con el pelo negro y demasiadas joyas para ser un traficante callejero. Frunzo el ceño. El código Bratva no permite ese tipo de ostentación. Mantenemos un perfil bajo siempre que es posible.

Rompió más de una parte de nuestras leyes esta noche.

Morirá por eso. Pero todavía no. Ahora mismo tengo que reunir información, rastrear la

afluencia de mentirosos. Nunzio tomó sus decisiones, y tengo que lidiar con ello.

Aparco el coche en el lado equivocado de la calle y bajo la ventanilla. La sangre tiñe mi camisa rota.

—Entra.

LILY

Si las circunstancias fueran otras, incluso disfrutaría del hotel. Es absurdamente extravagante, del tipo de los que se ven en televisión. Carritos de botones dorados, candelabros dorados, oro por todas partes.

Del tipo en el que hombres como Roman Sorokin mantienen habitaciones en espera permanente.

Igor nos registra. La recepcionista sabe que no debe pedirle nuestros nombres ni nuestra identificación. Se limita a entregarnos dos tarjetas negras brillantes y a pasar desapercibida.

—Por aquí, Sra. Sorokin —retumba Igor.

Me lleva a un ascensor. Marko y Grisha le siguen.

Marko, un soldado de la Bratva que no conozco, es joven. Quizá un poco mayor que yo, pero no mucho. Tiene el pelo negro como la medianoche peinado hacia atrás y ojos grises claros, pero su constitución es como si levantara objetos pesados a cada minuto.

Grisha, en cambio, es delgado, pero su postura asusta. Una mirada en sus ojos que dice que no teme a la muerte.

Creí que me estaba acostumbrando a la vida de la Bratva: detalles de seguridad, coches blindados, ese tipo de cosas. Pero todo lo que pasó hoy me descoloca.

Ojalá supiera más. Estoy harta de ser ignorante, de ser una damisela indefensa en apuros. No tengo ni idea de quién nos atacó ni por qué, ni de dónde está mi marido, ni de si va a aparecer por aquí o si, “por mi protección” se quedará en otro sitio.

El ascensor es rápido y silencioso. Nos deja en la decimocuarta planta. Al final del pasillo, Igor abre la puerta de nuestra habitación.

Empiezo a seguirlo, pero levanta una mano. —Espere, por favor, señora.

Saluda con la cabeza a los otros dos hombres. Marko y Grisha barren la habitación mientras Igor se queda conmigo fuera.

Estoy agotada, casi dormida sobre mis pies. Y perdí varias peleas contra las náuseas matutinas antes de que Roman y yo nos fuéramos a la boda, así que también tengo hambre. Lo único que quiero es tumbarme y no pensar en hombres que intentan matar a mi familia.

Marko sale y saluda con la cabeza a Igor, que me sujeta la puerta para que entre.

Cuando entramos, me doy cuenta de que esta es mi vida. Un hotel con un guardaespaldas en la puerta, otro en la ventana y un tercero deambulando de habitación en habitación. Mi marido no aparece por ninguna parte.

Lo normal.

Corro al baño a vomitar las tripas. De rodillas frente al retrete, hago arcadas una y otra vez hasta que no queda más que bilis agria. Luego, me cepillo los dientes y me enjuago la boca para quitarme el sabor.

Una vez hecho esto, me siento en el suelo. El mármol está frío en mis piernas desnudas y en mi nuca. Es agradable. Calmante.

Han pasado tantas cosas tan deprisa que nunca me paré a mirar atrás. Hubo un tiempo en que todo lo que quería era ir a Julliard, ser una estrella, alejarme de mi familia.

Ahora la familia es lo único que quiero. Quiero a Roman de una pieza. Sentir sus brazos a mi alrededor, saber que está bien.

Suspirando, me obligo a levantarme. Una verdadera reina Bratva no se quedaría sentada lloriqueando mientras su rey se ocupa de sus asuntos. Se levantaría. Lidaría con las cosas con la cabeza alta, orgullosa e inquebrantable. Sería una luchadora.

Así que eso es lo que haré.

Al menos, lo intentaré.

Salgo de nuevo a la suite y miro a Igor. —¿Has oído algo?

Igor niega con la cabeza. —Todavía no.

Marko se queda en la puerta, vigilante. Grisha deambula por los alrededores, comprobando ventanas y armarios una y otra vez. Hay tanto silencio que, cuando se me revuelve el estómago, los tres hombres miran en mi dirección.

—Voy a llamar al servicio de habitaciones —anuncio—. ¿Les parece bien?

Igor duda, luego asiente. —Diles que dejen el plato en el pasillo. No des tu nombre.

Asiento y llamo. —Sí —digo cuando alguien contesta—, ¿pueden enviarme cuatro hamburguesas con queso, cuatro raciones de patatas fritas y cuatro batidos al 1409, por favor? Gracias.

Igor frunce el ceño cuando cuelgo. —No tengo hambre.

—Oh, ¿pensabas que era para ti? —Bromeo sin ganas—. Estoy comiendo por dos, no lo olvides.

Juro que la comisura de sus labios se tuerce en una leve sonrisa por un momento. Es suficiente para disipar parte de la pesadez que nos agobia a todos.

Doy una vuelta por la sala mientras espero a que me traigan la comida. Todo es lujoso, ornamentado y caro. Debería encantarme.

En realidad, quiero gritar. No parece más que una elegante jaula dorada. Cuando paso por delante de los grandes ventanales, Igor se aclara la garganta.

—Señora Sorokin... —dice. Señala las ventanas con la cabeza—. No es seguro allí.

—Estamos en el piso catorce —protesto.

—Las balas viajan lejos y rápido.

Suspiro, pero no tiene sentido discutir. Tiene razón, y ¿quién soy yo para rebatirlo? Se trata de seguridad. Mi seguridad, en particular. Roman nunca perdonaría a estos hombres si me pasara algo por descuidarse ni un segundo.

—Bien. Seguro que tienes razón.

Vuelvo a dejarme caer en el sofá y hago girar los pulgares. Siento un extraño deseo de reír, quizá por lo ridículo de la situación, pero consigo contenerlo.

Un minuto después, el teléfono de Igor vibra. Lo saca del bolsillo y mira la pantalla, pero niega con la cabeza antes de que pueda preguntarle.

—No es él.

Igor responde a la llamada y habla en voz baja en un ruso rápido. Y entonces, veo otro atisbo de sonrisa.

Raro.

Espero a que cuelgue. —¿Tienes familia, Igor?

No contesta. Mantiene sus cartas bien ocultas. Pero está atrapado aquí conmigo, igual que yo estoy atrapada aquí con él, así que tendrá que superarlo.

—¿Te molesta pasar tanto tiempo conmigo cuando puedes estar con ellos?

—No tengo familia, Sra. Sorokin.

—¿Ninguna esposa?

—No.

—¿Niños?

—No.

—¿Novia?

—Bueno... no.

—Hm. Detecto una mentira.

Es difícil de decir con la poca luz, pero podría jurar que casi se sonroja. —Yo... conocí a una mujer.

No puedo evitar sonreír. —¿Te casarás con ella?

Todo en mi mundo es romance o peligro. Es agradable no ver el peligro por un segundo.

—Acabamos de empezar a vernos —se aclara la garganta—. De todos modos, no es importante.

—Lo es para mí. ¿Te gusta? —Cuando vuelve a sonreír y no contesta, exhalo un suspiro de frustración—. Eres todo lo que tengo, Igor. Vamos. ¿Solo unos detalles?

—Eso no sería apropiado, Sra. Sorokin.

—Vamos. ¿Cómo es ella? ¿Cómo la conociste? ¿De dónde es?

Sacude la cabeza. —Mantengo el trabajo y el hogar separados por una razón.

—Igor, eres el único amigo que tengo. Y, si vamos a estar atrapados aquí mucho tiempo, me gustaría al menos conocer un poco a mis compañeros de celda. ¿Por favor?

Su mandíbula se tensa. —No estaría bien.

—Los amigos deben saber cosas el uno del otro.

—Eso es precisamente, Sra. Sorokin: no somos amigos. Para que yo sea eficaz como su protección, no podemos serlo.

Oh. Eso me devuelve de golpe a la realidad.

Me desplomo contra el sofá. No tiene sentido seguir presionando. Por su mirada, sé que no llegaremos más lejos.

Enciendo el televisor y me fijo en lo primero que veo, pero no proceso nada conscientemente. Solo imágenes en movimiento y confusas, a las que no encuentro sentido. Ruido blanco para mi mente.

Algún tiempo después, llaman a la puerta. —¡Por fin! —Grito. Mi estómago es un agujero negro de hambre.

Los guardaespaldas entran en acción. Marko mira por la mirilla mientras Grisha se coloca en posición para disparar por la abertura si es necesario. A su señal, Igor se adelanta, abre la puerta...

Y se congela.

No es hasta que se aparta cuando veo por qué. Cuando lo hace, yo también me paralizó.

Porque se supone que nadie vivo sabe dónde estoy, excepto Roman y la gente de esta habitación.

Pero Nataliya Sorokin está en la puerta.

LILY

Nataliya hace pasar el carro por la puerta. Un escalofrío recorre mi piel y mi cerebro grita: *¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro!*

Miro a Igor. No sabe qué hacer ante este inesperado giro de los acontecimientos. Marko y Grisha lo miran en busca de liderazgo, pero él no dice nada. Mientras tanto, Nataliya se afana en abrir las campanas de plata como si nada. Cuando ve las hamburguesas debajo de una de ellas, arruga la nariz como si fueran heces en lugar de comida rápida.

—Llévate esto —le ordena a Marko—. Todo. Mi bebé necesita algo mejor que esta basura.

¿Por qué me siento tan muda e impotente cada vez que me enfrento a esta mujer?

Antes de que pueda encontrar mi voz, sus ojos se posan en mí.

—Oh, cariño. No puedes alimentar a mi bebé con hamburguesas grasientas.

—¿Qué haces aquí? —Grito—. ¿Cómo supiste dónde encontrarnos?

Sonríe enigmáticamente. —Tengo mis formas.

Lanzo a Igor una sutil mirada con el rabillo del ojo. Me devuelve un leve movimiento de cabeza. Marko y Grisha están mirando a Nataliya, así que no lo ven, pero capto el mensaje: uno de los dos es una rata. Tenemos que proceder con mucho, mucho cuidado.

—Necesito que salgas de mi habitación —le digo a Nataliya—. Ahora.

Se ríe en mi cara. —¿*Tu* habitación? El dinero Sorokin paga este alojamiento, querida. Si te dejaran, seguro que tendrías a nuestro bebé en un motel junto a la autopista.

—Escúchame —siseo—. Este no es *nuestro* bebé. No es *tuyo* en absoluto, de ninguna manera concebible. Es mío.

—Oh, ahí es donde te equivocas, cariño. Este es un bebé Sorokin. Y yo soy una mujer Sorokin —señala a Igor con la cabeza—. *La* mujer Sorokin. *La* esposa Sorokin. Tienes que calmarte. Toda esta ansiedad es mala para el niño.

—Nataliya, tú...

Levanta una mano cuidada para cortarme. Entonces, entrecierra los ojos y se acerca tanto que

puedo oler su perfume y sentir el calor de su aliento. —Ahora te toca a ti escucharme, zorrita desagradecida.

Vaya. A alguien se le cayó la máscara.

—En nuestro mundo —continúa—, ocurren cosas malas todo el tiempo. Tienes mucha suerte de que esté aquí para cuidar del bebé. Si no estuviera aquí, ¿quién sabe lo que podría pasarte?

Solo he sido Bratva durante unos meses. Pero reconozco una amenaza cuando la oigo.

Y ahora sé lo que tengo que hacer.

—Igor —digo sombríamente—, saca a esta puta de aquí.

Igor se queda impotente a un lado, clavado en su sitio. —Es la madre de Jefe Román —murmura.

—Y yo soy su jodida esposa.

Nataliya se burla. —Por el tiempo que dure. Eres una vaca de cría, en el mejor de los casos, querida. Una vez que nazca el bebé, ¿para qué sirves?

—¡Sáquenla de aquí! —Grito.

Finalmente, Igor entra en acción. —La acompaño, señora —le dice a Nataliya.

—Cobarde —le sisea Nataliya—. ¿Cómo te atreves? Quítame las manos de encima. Marko me acompañará fuera. No tú, patán.

—Que así sea. Déjala ir —le ordeno a Igor—. Marko lo hará en su lugar. Y no volverá.

Puedo ver, por la forma en que se mueve sobre sus talones, que acerté. Él es la rata. Él es el informante. Él es el que está en las garras de Nataliya.

Miro a Igor y veo cómo la furia oscurece sus ojos. Confirma mi otra sospecha: es imposible que esté metido en esto. Es un hombre que conoce el significado de la lealtad a su jefe, gracias a Dios.

Ahora que las cartas de todos están echadas, inclina su cuerpo para alejarme de Nataliya y Marko.

—Es hora de irse, señora —dice respetuosamente. Pero hay un hilo de advertencia entre sus palabras. *Vete... o si no.*

Nataliya no palidece, no pestañea. —Disfruta de tu tiempo con él, *shlyukha*. No durará mucho.

—Fuera, Nataliya —obligo a mi voz a ser firme, pero el temblor de todo el cuerpo empeora. No quiero que me vean derrumbarme.

Resopla, se da vuelta y camina hacia la puerta con Marko a remolque. —Estoy lista.

—Que les vaya bien a los dos, mierdas —digo.

Igor se gira para ver cómo Marko acompaña a la madre de Roman hasta la puerta. —Le haré saber al jefe que ahora trabajas para la señora Sorokin, Marko.

—Hazlo —Marko le hace un gesto con el dedo.

—Y, si te vuelvo a ver —añade—, te mataré.

Marko no tiene respuesta para eso. Sabe que Igor habla en serio.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, Igor suspira y se deja caer en el sofá. —*Blyat'*.

Me pongo a su lado, aún temblando por una embriagadora mezcla de emociones.

—Dime. No, júrame, que eres leal a Roman, no a ella.

Me ayudó, así que no tengo motivos para creer lo contrario, pero necesito las palabras.

—He sido hermano de armas con Roman desde el día en que nos conocimos, Lily.

Es la forma en la que dice mi nombre lo que me hace querer creerle. Hasta ahora, siempre me llamó Sra. Sorokin.

Pero necesito la promesa en voz alta. —Haz la promesa o vete, Igor. Me encargaré de mi propia seguridad hasta que pueda contactar con Roman.

—Lily, Roman es mi amigo y mi jefe. Soy completamente leal a él. Lo juro.

Me inclino hacia delante, aliviada. —Entonces, sácame de aquí. A algún lugar donde ella no pueda encontrarme.

Asiente y saca su teléfono. —Conozco el lugar perfecto.

ROMAN

Igor llama mientras conduzco por la calle Rush para ir a buscarla. La sangre en mi cara aún no se secó. Parte de ella es mía. La mayor parte no lo es.

—Jefe.

—¿Qué pasa?

—Estamos en movimiento. No quiero hablar mucho, en caso de que esta línea esté comprometida. Nos dirigimos a las instalaciones de nuestro amigo en Humboldt Park.

—Entendido.

Cuelgo de inmediato. Conozco el lugar, el hotel de Buddy Merone, pero si alguien estuviera espiando la línea, no tendría ni idea.

Usó las palabras en clave adecuadas para hacerme saber que la situación está controlada, pero de todos modos mi mente lo retuerce todo hasta la contorsión más oscura posible. Imagino a Igor obligado por algún puto Yakuza con una Uzi a atraerme al Merone. Imaginando a Lily atada, golpeada, violada.

Me revuelve el estómago.

Piso el acelerador y llego tan rápido como puedo. Dejo el coche delante para que se ocupe el aparcacoches.

Este lugar no es nada comparado con el Península. No hay lámparas de araña lujosas.

No hay cojines mullidos en los sofás. No hay botones que lleven las maletas que no traje a la habitación que no tengo en carritos de oro que no existen.

Aquí es donde vamos cuando las cosas van mal.

El ascensor está averiado. Subo los escalones de dos en dos hasta el cuarto piso.

Siempre subimos al cuarto piso. Y, conociendo a Igor, cogió la habitación cerca de la escalera.

Me arden de dolor las costillas y todo el lado izquierdo del cuerpo, y tengo suficiente sangre en la camisa como para que parezca que me desangré y renací.

Esta es la parte de ser mi esposa que Lily aún no vió. Lo único que podría rompernos.

Llego al rellano del cuarto piso, doblo la esquina y de inmediato me encuentro cara a cara con un hombre y una mujer que pasean por el pasillo cogidos del brazo.

Los ojos de la mujer se abren de par en par al verme empapado en sangre, pero su hombre la aparta y se meten en el hueco del ascensor para esconderse de mí.

Dejo que se vayan. Hubiera preferido que no me vieran, y una parte de mí se pregunta si debería matarlos y esconder los cadáveres para que no queden testigos. Pero no tengo tiempo para eso.

Quiero ver a mi mujer.

Encuentro la puerta que estoy seguro que Igor habría elegido y golpeo la madera con el puño. Se abre al segundo golpe e irrumpo en la habitación como un hombre que acaba de encontrar su oasis en el desierto.

—¿Qué ha pasado? —Miro a Igor—. ¿Por qué el cambio? ¿Dónde está Lily?

Antes de que pueda contestar, Lily aparece en la puerta del baño. —Ha pasado tu puta madre.

El veneno de su voz, normalmente suave, me deja sobrio. Me mira con ojos ardientes.

Desde luego, ahora no es el momento de que mi polla cobre vida, pero lo hace de todos modos. Lily corre hacia mí y me deja estrecharla entre mis brazos, maldita sea la sangre.

La historia puede esperar. Esto es más importante, por ahora.

Igor asiente y se dirige a la puerta. —Puedes irte —le digo. Si no, se quedará vigilando la puerta toda la noche.

Asiente una vez más y se va. Cuando la cerradura hace clic tras él, paso las manos por los brazos de Lily.

—¿Qué te pasó? —susurra, tocándome la mejilla como si no estuviera segura de si soy real o no.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Solo algunos rasguños. Pero quiero saber de ti. Cuéntamelo todo.

Lily suspira, apoya la frente en mi pecho sudoroso y habla sin mirarme. —Me amenazó, Roman. Amenazó a nuestro bebé.

Suspira de nuevo y me cuenta rápidamente el enfrentamiento en el Península. —Dice que es su bebé, Roman. No paraba de decirlo. Me... me aterrorizó.

—¿Y te amenazó?

—Me dijo: “En nuestro mundo, pasan cosas malas todo el tiempo”. Y que tengo suerte de tenerla a ella para cuidar del bebé, por si... por si me pasa algo —le tiembla la voz.

—No te pasará nada, *moya zhená*. Tampoco le pasará nada a nuestro bebé. Todo saldrá bien.

Me vuelve a poner la mano en la mejilla. —No todo parece estar bien. *Tú* no parece estar bien.

—No es nada. Solo un mal día en la oficina. Ahora estoy mejor. Estoy aquí.

La atraigo hacia mí. Cuando nuestros labios se encuentran, hay una desesperación en el beso que

no recuerdo haber sentido antes. Siempre consideré a mi mujer como una frágil porcelana, pero solo en el sentido de que era yo quien tenía el poder de romperla.

Ahora, Kane Ito amenaza con hacerlo por mí.

Atravesaré el fuego del infierno antes de dejar que se acerque.

El beso se profundiza. Desabrocho el vestido de Lily y la ayudo a quitárselo.

Ella me desabrocha la camisa manchada de sangre y me la quita de los hombros, y nos desplomamos en el sofá, frenéticos y reacios a dejar ir al otro ni un momento.

Y, cuando entro en ella, siento que puedo respirar por primera vez desde que esos putos motoristas aparecieron esta mañana.

Es como volver a casa.

LILY

Salimos del hotel tres días después. Igor nos espera en un anodino todoterreno en el callejón trasero. Mantiene las puertas abiertas mientras nos acercamos por una salida de personal y, en cuanto nos sentamos, sale disparado hacia el tráfico, esquivando por los pelos varios coches que circulan en sentido contrario.

—Un poco agresivo, Igor —me río nerviosa—. Sería realmente irónico que sobreviviéramos a todo eso solo para morir en un accidente de coche.

—Me sentiré más seguro cuando estés dentro de los muros del recinto —murmura.

Roman me aprieta fuerte la mano. —¿Todo parece bien?

—Sí, señor —responde Igor—. Tuvimos a dos docenas de hombres recorriendo cada centímetro de la nueva casa durante las últimas setenta y dos horas. Vi todo lo que hay que ver con mis propios ojos. Ahora mismo, es el lugar más seguro del mundo, jefe Román.

—Eres un buen hombre, Igor. Vamos a casa.



UNA SEMANA más y todo parece normal. Bueno, lo más normal posible, teniendo en cuenta todo lo que pasó últimamente. Roman trabaja mucho, desde casa, por supuesto, y no me quita los ojos de encima, o las manos, o ambas cosas, siempre que puede.

—¿Vas a venir al baño conmigo? —Bromeé una mañana.

No se rió ni esbozó una sonrisa. —Si pensara que estarías en peligro, sí, lo haría.

—Entendido —después de eso, no me hizo tanta gracia.

Pero intento que su ira, su intensidad o su sobreprotección no se me metan en la cabeza. Y el mejor modo de hacerlo es pasar el menor tiempo posible sumida en mis pensamientos.

Afortunadamente para mí, estamos en una casa nueva, y una casa nueva requiere mucho trabajo. En este caso, eso es bueno. Paso muchas horas de pie en el cuarto del bebé y criticando cada pequeña decisión.

Al menos, debería haber elegido un color de pintura diferente. El blanco es tan pretencioso, tan

remilgado. Demasiado aburrido y neutro para cualquier bebé de Roman Sorokin. Y, cuanto más miro, más odio todo el blanco que elegí.

Balancín blanco, cuna blanca, sábanas blancas, cortinas blancas. Hasta la puerta es blanca.

No es que tenga mal aspecto. Sinceramente, tiene muy buena pinta, si me permiten decirlo. Pero estoy insatisfecha de todos modos. Hay algo que no me gusta.

Una parte de mí se da cuenta de que me estoy creando más trabajo solo para ahogar la ansiedad. Todo empeora cuando Roman tiene que salir. No lo hace a menudo, pero, cuando lo hace, soy un manojo de nervios. Trabajar en la casa es lo único que me impide mirar el reloj y morderme las uñas hasta que vuelve a cruzar la puerta sano y salvo.

Miro el reloj. Lleva fuera dos horas y treinta y seis minutos. No es que lleve la cuenta. He pasado el noventa por ciento de ese tiempo con la mirada perdida en la alfombra blanca del cuarto del bebé. Si la miro un momento más, me volveré loca.

Así que me pongo en pie a la fuerza, bajo las escaleras y empiezo a trastear en la cocina. A las tres, ya he guisado y pelado tomates, los he sazonado, los he aplastado hasta hacerlos pasta y los he removido hasta que hierven a fuego lento.

En algún momento entre pelar y sazonar, pongo una emisora de radio de canciones antiguas. Eso me anima un poco y empiezo a cantar con la cuchara de salsa mientras voy y vengo entre las distintas cosas que tengo asando y burbujeando.

Estoy en la tercera estrofa de un clásico de Christina Aguilera cuando hago una pirueta y toco la nota alta a un volumen impresionante...

Y entra Roman.

Salto y grito de sorpresa, tirando el cucharón en el proceso. La salsa roja salpica por todas partes, incluida una horrible mancha justo en medio de la camisa blanca y limpia de mi marido.

Cuando me doy cuenta de que es solo él, me mortifico.

—Uy.

Se detiene un momento. Me pregunto si tuvo un mal día y yo lo empeoré. No me habla mucho de lo que pasa en el mundo exterior. Dice que es estrés que no necesito. Pero, honestamente, no saber es igual de estresante.

Pero entonces, su rostro se divide en una sutil sonrisa. Se la devuelvo. —Tengo más camisas —dice—. Y me pone feliz dejar que me ayudes a quitarme esta —se acerca y me besa en ese punto debajo de la oreja, que siempre me produce un cosquilleo en todo el cuerpo—. Huele muy bien, por cierto.

—También va a saber bien —digo arrogantemente.

Arquea una ceja. —Yo juzgaré eso —saca una cuchara del cajón, la sumerge en la burbujeante salsa roja y la prueba. Frunce el ceño.

—Uh-oh. ¿Demasiada sal? Sabía que le había echado demasiada sal. Mierda, soy estúpida, no sé lo que estoy haciendo aquí. Debería haber medido la sal como...

—Está increíble.

Me detengo. —¿En serio?

—Jodidamente delicioso.

—Lo dices por decir-

—Yo nunca “digo por decir” nada, Lily. Ya deberías saberlo.

—Lo sé —digo en voz baja—. Al menos, creo que sí.

Esboza esa sonrisa pícara suya y luego añade—: Aunque, si hace unos meses me hubieras dicho que mi mujer iba a ser italiana y me iba a hacer cenar pasta, te habría mandado a tomar por culo.

Me río y le doy un empujón en el pecho. —No seas idiota. Si no te gusto como soy, búscate otra madre para tu bebé.

En lugar de devolverme la broma, me coge con un brazo y me acerca a él. —Eres tú, *moya zhená*. De todas formas, ya no eres italiana. Ya no lo eres. Eres Bratva en todo lo que importa.

El calor florece en mis mejillas. —Oh —digo—. Qué dulce.

Me levanta la barbilla. —Lo digo en serio, Lily. Sé que, ahora mismo, es duro ser mi mujer.

No tengo ni idea de qué demonios está hablando. Tengo una hermosa casa nueva, un bebé en camino, un marido al que adoro. No hay nada difícil en estar con él.

Nada que no podamos manejar, al menos. —No seas tonto.

—No tienes que... —Suspira y vuelve a empezar—. Hay gente que quiere hacernos daño por lo que soy.

Asiento. —Pero no tengo miedo —es fácil decirlo, porque es verdad.

—Quizá lo tendrías, si supieras lo que hay ahí fuera.

Me estremezco. —Puedes decírmelo, Roman. No tengo miedo. Mientras te tenga a ti, es imposible tener miedo.

—Me tienes a mí, *kiska* —murmura—. Me tienes todo.

Entonces, me besa. Es caliente y desesperado, y me enreda los dedos en el pelo mientras me hace retroceder hasta que me aprieta contra la encimera.

Me separo el tiempo suficiente para jadear algo probablemente incoherente sobre la salsa, y él mete la mano por detrás para apagar el quemador.

—Estará bien.

Me afloja la cuerda que sujeta el delantal y me desabrocha la parte de arriba para que caiga al suelo entre nosotros. Sin eso, mi camiseta de tirantes no supone una gran barrera entre nuestros cuerpos, pero incluso esa fina tela parece ser demasiado para Roman ahora mismo. Me la levanta por encima de la cabeza y la tira a un lado.

Le abro la camisa de un tirón. Los botones salpican el suelo y él se ríe. —Mi chica codiciosa.

—Te mostraré que es ser codicioso —digo con un brillo feroz en los ojos.

Me arrodillo frente a él y le saco la polla por la cremallera. Ya palpita con fuerza y es muy gruesa. Cuando le rodeo la base con la mano, mis dedos ni siquiera se tocan.

Me lo meto en la boca y gime. El ruido sordo de sus gemidos me recorre como un terremoto, directo al calor de mis piernas.

Le agarro los huevos con una mano y se los aprieto con suavidad. Luego aumento la presión mientras lo chupo más profundamente. Mi boca, mi coño, mi corazón, todo lo que quiera es suyo. Todo.

—Levántate —ordena.

Dejo que caiga de mi boca con un suave chasquido y me levanto, temblando de necesidad.

—Date la vuelta.

Giro y le doy la espalda. Un pequeño escalofrío me recorre el vientre.

Su polla me roza el culo mientras se acerca. Con una mano me toca los pechos y me aprieta los pezones, ya doloridos, hasta endurecerlos. Mi marido sabe exactamente cómo derretirme.

Tira de mis caderas hacia él con una mano y frota la cabeza de su polla contra mi húmeda abertura.

—Te deseo —gimoteo. Cuando él no hace más que besar una línea a lo largo de mi espina dorsal, cierro los ojos y lo repito—. Por favor, Roman. Te deseo tanto.

Gruñe en el fondo de su pecho mientras separa mis piernas con las suyas y desliza la mano que tenía en los pezones hasta rozarme el clítoris.

—Oh, mierda... —balbuceo.

—Maldición, Lily. Estás tan mojada. Tan jodidamente caliente —su aliento me calienta la oreja mientras se inclina sobre mí, con la polla aún fuera, provocándome y torturándome.

Sigue acariciándome el clítoris y provocándome con su polla hasta que las rodillas me tiemblan demasiado y solo su mano alrededor de mi cintura me mantiene erguida.

—Por favor, Roman. Por favor —mi voz se tensa y falla.

Y finalmente, *oh, Dios*, empuja su polla dentro de mí con fuerza.

Me abalanzo sobre el mostrador. Me enreda las manos en las raíces del pelo y tira de mí hacia él, de modo que lo único que me queda de aire es un gemido interminable. Cada vez que sus caderas chocan con las mías, tiemblo de pies a cabeza.

—Voy a follarte hasta que me supliques que te deje correrte.

Si pudiera hablar, diría: *No tardaré mucho*. Pero, como las palabras están demasiado lejos, me limito a gemir más fuerte.

Roman se retira hasta que la cabeza de su polla está apenas dentro de mí y me da una palmada en el culo para que me apriete con fuerza a su alrededor.

Dos veces más, empuja, saca y golpea con su mano la nalga de mi culo con tanta fuerza que me escuece.

—¿Quieres más? —Empuja despacio, su polla apenas dentro de mí. Se burla de nuevo, ese cruel bastardo.

—Por favor, cariño —estoy a un jadeo de derretirme. A un empujón de convertirme en un charco de mi antiguo yo.

—*Por favor, cariño, ¿qué?* —Se retira de nuevo y se inclina para susurrarme al oído—. Dime lo que quieres, Lily.

Apenas puedo respirar, mucho menos hablar, pero jadeo las palabras. —Quiero que me folles más fuerte —vuelve a agarrarme las caderas, pero no me penetra hasta que agrego—: Por favor. Por favor, señor.

Entonces, él embiste su polla mientras me lanza de nuevo sobre él.

Grito una y otra vez, mientras un orgasmo me engulle por completo. Se corre justo después de mí, estalla en mi interior. No dejo de apretarle el culo hasta que no le queda nada más que darme.

Quiero cada gota y luego quiero más.

Más de él.

Más de esto.

Más de nosotros.

Cuando termina, pone su cuerpo sobre el mío. —Vas a ser mi muerte, Lily Sorokin.

Me pongo rígida. Lo dice como algo bueno, lo sé. Pero últimamente no me gustan mucho las bromas sobre la muerte. La muerte espera a mi marido en la puerta de casa. Le creo cuando dice que es él quien da muerte, no quien la recibe.

Pero mi miedo no atiende razones.

Suspiro y me dejo caer en su abrazo. Aún no me ha sacado la polla y no tengo prisa. Solo quiero que me abrace un segundo.

—Te quiero, Roman —susurro.

—Te quiero, *moya zhená*.

Su teléfono suena en el bolsillo del pantalón tendido frente a la estufa. Sin más, el momento se desmorona.

Se aparta de inmediato, coge el pantalón del suelo y mete la mano para sacarlo.

Responde en ruso y escucha atentamente, respondiendo con “*Da*” o “*Het*” cada segundo. No sé a qué está diciendo sí o no, y sé que no me lo dirá.

También sé lo que pasará después. Colgará el teléfono y me dirá que ocurrió algo. Me dirá que requiere su atención. Se marchará.

Y luego me quedaré sola, para comer pasta sola y dormirme sola en una cama vacía.

ROMAN

Tenemos cita con el médico al día siguiente. Se trata de una nueva obstetra, pues juré masacrar al Dr. Demerest y a su jodida secuaz si volvía a ver a alguno de ellos.

Mi equipo de seguridad la puso a prueba. Salió limpia, por lo que podemos decir. No está conectada con la policía ni con ninguna de las otras grandes familias del crimen. Parece ser lo que parece: una buena doctora con credenciales impecables. Ni siquiera una multa por exceso de velocidad en su expediente.

Ayer querían que Lily viniera a hacerse análisis de sangre, pero les pedí que enviaran a una enfermera. Extrajo las muestras de Lily mientras seis hombres con Uzis vigilaban por seguridad.

Y querían que viniéramos esta mañana para el seguimiento, pero fue igual.

—La Dra. Andreas no hace visitas a domicilio —me dijo la recepcionista cuando hablamos por teléfono.

—Ahora sí —le contesté. Entonces, mencioné una suma en efectivo y ya no tuvimos que discutir más.

Así que ahora, una mujer con bata blanca de médico y dientes blancos impecables nos sonríe a Lily y a mí desde el sillón del estudio. Tiene un iPad en las manos, con un montón de gráficos multicolores.

—Bueno, tengo todos los resultados de tus pruebas. Y todo parece bastante bien —toca la pantalla y la gira para mirarnos y empezar a explicarnos—. Los niveles de azúcar son normales, pero habrá que volver a medirlos más adelante con otra prueba. La prueba del factor RH es positiva, eso es bueno. Y no estás anémica, Sra. Sorokin. Todo excelente.

Lily sonríe y me aprieta fuerte la mano. —Es genial —chilla nerviosa.

La doctora cruza los brazos. —Siguiente orden del día: no hay ninguna nota en tu expediente sobre si quieres o no saber el sexo de los bebés.

Esa última palabra queda suspendida en el aire durante un largo instante antes de aterrizar.

No bebé.

Bebés.

Lily balbucea—: ¿Te refieres a bebés como este y a todos los futuros bebés? O a bebés como...

La Dra. Andreas sonríe. —Vas a tener gemelos.

Gemelos. Gemelos. Gemelos.

Jesucristo.

—¿Cómo ha pasado esto? —Pregunto.

La doctora me mira. —A veces los óvulos se parten, y a veces hay dos óvulos desde el comienzo. En tu caso, es lo segundo. Había dos óvulos. En cuanto a los géneros...

—Dinos —suelta Lily de inmediato. Me mira—. Si te parece bien.

Dudo, luego asiento. —Avanza.

—Van a tener un niño y una niña.

Me recuesto en mi asiento y dejo que se me quede grabado. Un hijo y una hija. Un príncipe que herede todo lo que construí.

Una princesa para que brille como la joya de la corona Sorokin.

Lily ríe y llora al mismo tiempo mientras me acaricia el hombro. —Seré tan grande como una casa.

Acerco mi silla y pongo una mano sobre su vientre. —Bien.

La doctora se aclara la garganta. —Hay algunas cosas que tenemos que vigilar —tanto Lily como yo nos volvemos hacia ella mientras continúa—. El estrés es una gran preocupación. Tu presión arterial ya está más alta de lo normal.

Me mira de reojo, como si sospechara por qué Lily podría estar estresada. Pero no hace nada más que eso. Mujer lista.

—Te sugeriría yoga prenatal, quizá algunas clases de preparación al parto para reducir tu ansiedad. Y, esto no se puede enfatizar lo suficiente, reduce el estrés en tu vida tanto como sea posible. *Tanto como sea posible.*

—Entendido —dice Lily entre lágrimas de felicidad.

La doctora asiente una vez más, y luego suspira y cede. —Veo que se quieren. Eso es bueno. Tener una pareja fuerte y que te apoye hace que todo esto sea más fácil.

En respuesta, Lily se agarra a mi bíceps como si no quisiera soltarme nunca.

Terminamos de programar la próxima visita y la Dra. Andreas se va. En cuanto se ha ido, Lily me mira. —Vamos a tener dos bebés, Roman.

—¿Sí? Me perdí esa parte.

Se ríe y me da una palmada en el brazo. —Necesitamos el doble de cosas.

Al principio, sentí aprensión. Dos bebés es el doble de responsabilidad, el doble de vigilancia, el

doble de oportunidades para mis enemigos.

Pero ahora que tuve un momento para asimilarlo, pienso de otra manera.

Es el doble de amor. El doble de esperanza en el futuro.

Agarro a Lily por la cintura y la hago girar en círculo. —Gemelos, *moya zhená*. Vamos a tener gemelos.

LILY

Roman empuja la puerta y despliega la ridícula venda que me hizo ponerme al despertarme esta mañana.

—¿Te gusta?

Tardo un minuto en comprender lo que estoy viendo. Ha derribado tres paredes y el nuevo y cavernoso espacio está preparado con una caja de resonancia, cubierta de espuma aislante. Veo una mesa de mezclas, micrófonos, equipos de grabación, una enorme variedad de diales, palancas y mandos.

Me vuelvo hacia él con incredulidad. —¿Me has construido un *estudio*?

—No —dice—, es una piscina.

Chillo ignorando su sarcasmo y salto a sus brazos. —¡Maldito mentiroso! Me dijiste que esto iba a ser un cuarto de juegos.

—¿Te gusta o no?

—Creo que sabes que me encanta.

Sonríe. —Bien. Ven aquí, deja que te lo enseñe todo. Este botón controla las luces —lo pulsa y la habitación se oscurece con una fría luz ámbar—. Este otro es para reproducir. Cuando pulsas los dos a la vez, así, las luces responden a la música —las luces de un concierto profesional rebotan por la sala mientras Bon Jovi suena por los altavoces.

—Roman, este es el mejor regalo que he recibido.

La vara está bastante baja, la verdad. Es mejor que el poni que me regalaron cuando cumplí siete años (murió tres meses después). Mejor que el Jeep que me regalaron por mi decimosexto cumpleaños (Leo lo destrozó a las pocas semanas, cuando volvía a casa borracho de una fiesta con sus amigos de mierda). Mejor que cualquier diamante o joya que Roman me hubiera regalado (y ya me regaló muchos).

Se me cierra la garganta. No puedo hablar. Estoy agradecida, feliz y sorprendida.

Y embarazada, obviamente, así que las hormonas amplifican todos los sentimientos. Las lágrimas resbalan por mis mejillas mientras lo acribillo a besos.

Me devuelve el beso un momento, luego se aparta y me mira con seriedad. —Te amo, Lily. No quiero que sientas que pierdes nada por estar conmigo.

Me quedo sin palabras. —Roman, nunca me siento así. Como si... como si hubiera perdido.

—Sé que nunca lo dijiste —saca un papel del bolsillo—. Pero encontré esto.

Es la carta de aceptación de Julliard, que llegó por correo hace lo que parece toda una vida. El día en que todo cambió para siempre.

—¿De dónde has sacado eso?

—No importa —lo dobla y lo guarda—. ¿Lo lamentas?

¿Lo lamento?

Diablos, no. Estoy feliz. Más feliz que nunca.

Tan condenadamente feliz que vivo con el terror constante de que ocurra algo que lo derrumbe todo hasta un feo final.

—¿Lamentar qué? —Pregunto en su lugar.

—¿Lamentas haber renunciado a tu sueño por mí?

Sacudo la cabeza con fiereza. —No renuncié a nada, Roman. Me das más de lo que jamás soñé —quito su mano de mi cadera y la pongo sobre mi vientre—. Me has dado todo lo que siempre quise.

Su ceño se frunce hasta convertirse en una cálida sonrisa. —Te amo, *kiska*.

Nunca me cansaré de oírlo decir eso. O de devolvérselo. —Yo también te amo.

Sonríe. —Ahora, ¿me cantas una canción?

Casi no puedo rechazarlo, pero hace mucho que no canto. —Bueno... —mis mejillas se calientan. Me hizo un regalo increíble y no puedo darle lo único que me pide—. Lo haré. Pero... todavía no.

No es exactamente una promesa para más adelante, aunque lo parezca. Para mí, cantar es algo personal. Me deja totalmente expuesta. Y ya lo compartimos todo: la casa, los niños, los guardias de fuera. Por ahora, quiero que el sonido de mi voz siga siendo solo mío.

Algo a lo que aferrarse, aunque sea un poco. Asiente. —De acuerdo. Cuando estés lista.



PASO todos los días de las tres semanas siguientes en el estudio. No es como montar en bicicleta, pero la música vuelve a mí. Resulta que también es bueno para los bebés, creo. Practicar el control de la respiración es mejor que el yoga prenatal. Estoy afinando mis músculos para que respondan a mis órdenes con la potencia y la precisión necesarias para cada canción.

Me dedico a lo básico. A trabajar el registro y la afinación, el tono y la melodía. Mis días son para el estudio. Las noches son para escuchar todo y aprender.

Soy feliz. Delirantemente feliz. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba esto en mi vida.

Esto y a Roman, por supuesto.

Cuando una noche entra en el dormitorio, me encuentra en la cama, con las piernas cruzadas, el portátil abierto y el bolígrafo metido detrás de la oreja. Me besa en la frente.

Miro el reloj. Siete y media. Es bastante temprano para él estos días. —¿Pasarás la noche en casa? —Pregunto esperanzada.

Sacude la cabeza. —Solo pasaba por aquí.

Frunzo el ceño. Cantar me da algo en lo que concentrarme, así que su horario de trabajo no ha sido una preocupación tan grande como lo sería de otro modo. Pero, en mis momentos oscuros, me pregunto si lo planeó así.

Entra en el baño y vuelve un minuto después con una camisa limpia y colonia. Siento que algo se me revuelve en las tripas. Algo caliente y furioso.

—¿A dónde vas esta noche? —pregunto.

Se limita a sacudir la cabeza, como si su negocio fuera una especie de puto secreto de estado.

—¿En serio? —Le digo cuando vuelve al baño para enjuagarse la boca y hacer gárgaras.

—De verdad.

—Debe ser una cita caliente —digo.

Es difícil ser odiosa y mala, con toda esa virilidad suave y musculosa a la vista. Pero me las arreglo.

—¿Perdón? —Pregunta con una voz peligrosa que hacía meses que no oía de él.

Debería saber que no hay que presionar.

Pero parece que no.

—Te he preguntado si tienes una cita caliente esperándote —enuncio.

—Lily.

—Espero que tengas sexo. Dios sabe que hace tiempo que no tenemos sexo. Ya casi ni vives aquí.

—Lily, tuvimos sexo anoche.

Puede que tenga razón. Pero la tormenta en mi pecho empezó y no se detendrá pronto. —Como quieras. Te veo cuando te vea.

Se queda quieto en el centro de la habitación, con los ojos oscuros. —Si me echas de menos, dilo.

—No te echo de menos —*soy una mentirosa*—. Solo odio estar en este puto mausoleo solo todo

el tiempo.

—¿Crees que quiero salir todos los putos días y todas las putas noches así? —Gruñe—. ¿Crees que me gusta dejar a mi mujer y a mis hijos? ¿Crees que me gusta hacer toda la mierda que tengo que hacer para mantenerte a salvo, vestida y alimentada? Sabes muy bien que preferiría estar aquí.

—¿Prefieres estar aquí que dónde, concretamente?

—Estoy ayudando a Misha en el club. ¿Te satisface esa información, Lily?

—Eso es una mierda vaga. En el club, ¿eh?

—Sí, Lily, en el club.

—¿Qué hay ahí?

—Tiene algunas... cosas en marcha.

—Algunas cosas, ¿eh? ¿Te refieres a “algunas cosas” en el club de striptease donde Bambi, Barbie y Chastity y quien coño sea están dispuestas a chuparte la polla como si yo no existiera? ¿A ese club?

—Ten mucho cuidado al hablarme —retumba Roman. Sus ojos son negros como la medianoche.

—Ve a pasar el rato con tus strippers —me deslizo de su lado de la cama, pisoteo el baño y cierro la puerta de un portazo.

Golpea la puerta cerrada. —Abre la puerta, Lily.

—Déjame en paz, Roman.

Me siento en el váter y dejo que las lágrimas resbalen por mis mejillas. ¿Qué demonios estoy haciendo? Es como él dijo: hace lo que hace por mí, ¿verdad? Tengo tantas ganas de creer que es así.

Pero hay una parte de mí que no puede aceptarlo. Que se pregunta cada segundo de cada día: si fuera necesario, ¿a quién elegiría Roman, a su Bratva o a su familia?

No estoy segura de querer saber la respuesta.

Antes de que pueda calmarme, escucho un golpe y astillas de madera. Y Roman atraviesa los restos de la puerta como la Parca.

Lo miro con la cara llena de lágrimas. —Lo siento —gimoteo—. Lo siento mucho, joder. No sé qué me pasa.

Se queda quieto durante un largo minuto. Luego me pone de pie.

Sollozo sobre él. Me siento loca, pero el calor de mi ira irracional se disipó.

Solo quedan vergüenza y estupidez a su paso.

—¿Puedes perdonarme?

Asiente y me acaricia la nuca. —Ya lo he hecho.

—Lo siento —vuelvo a decir de todos modos.

—Calla ya.

Nos quedamos allí un rato, meciéndonos lentamente hasta que ya no me siento tan angustiada. Al final, sin embargo, el momento tiene que terminar.

Roman se aparta y mira su reloj. —Estaré en casa tan pronto como pueda, ¿de acuerdo?

Suspiro y asiento. —Aquí estaré.



PASA LA NOCHE. Después de la pelea estoy agotada, así que me duermo antes de que vuelva. Me despierto con Roman, que trae una bandeja de desayuno a la cama.

—Come y prepárate —me ordena—. Tengo un gran día planeado para ti.

—¿Sí? ¿Qué haremos?

—Tengo que ir a trabajar un rato, así que, después de dejarme, Igor te llevará a Tiffany's, donde podrás elegir lo que quieras, y luego quedaremos para comer.

Oh. Eso no es exactamente lo que tenía en mente.

—¿Estás tratando de comprarme? —Esto no son las hormonas como anoche. Esta soy yo enojada porque él no puede decir que tiene que trabajar por un tiempito.

Mientras me dormía, decidí que hoy le iba a decir lo mucho que odio que me oculten cosas. Quiero formar parte de su vida, *de toda* su vida. Si quiere que cante para él, ¿no es justo que le pida que comparta su trabajo conmigo?

—Soy yo compensándote por no poder pasar todo el día juntos.

Me burlo de eso—: Suena muy parecido a que intentes comprar mi aceptación en vez de tratarme como a una adulta que entiende que a veces surgen cosas.

—Lily...

Aparto la bandeja de comida y vuelvo a colocar la manta. —No necesito una chuchería nueva, Roman. No necesito que me confortes cuando tengas que hacerte el mayor e ir a trabajar. Lo entiendo: el trabajo es importante. Tú eres importante. La Bratva es lo primero.

Lo que pienso pero no añado es: *Más importante que yo, aparentemente.*

Su teléfono vibra antes de que pueda responder. Mira la pantalla y sale a grandes zancadas de la habitación para empezar a hablar. Me dirijo al armario con los ojos llenos de lágrimas.

Pensé que tenía las cosas bajo control después del arrebato de anoche, pero aquí estoy, esclava de los mismos sentimientos otra vez.

Esto apesta. Apesta mucho.

Me visto rápidamente y me pongo un par de palillos metálicos en el pelo para sujetarme el moño. Sin embargo, cuando paso por delante del espejo, me fijo en algo.

Un bulto.

Un bulto de bebé.

Me detengo bruscamente y me pongo de lado. Dios mío. Es real. Hay un bebé, dos, y ahora puedo mostrarle al mundo que es real.

Toda mi ira se drena al instante. —¡Roman! —Salgo corriendo del armario y de nuestro dormitorio. No está en el pasillo, pero oigo su débil voz en ruso en el piso de abajo.

De repente, me siento mareada de emoción al bajar las escaleras de dos en dos. Son reales, están aquí, son nuestros...

Y entonces, tropiezo.

Ocorre a cámara lenta. Tengo tanto, tanto tiempo para pensar en todas las cosas horribles que podrían romperse cuando aterrice.

Aunque en realidad esa lista solo tiene dos cosas.

Mi niño.

Mi niña.

La caída desde lo alto de la escalera hasta el rellano son siete escalones en total. Cada uno duele más que el anterior. Me golpeo la cabeza en el rellano de la planta baja y el mundo resplandece en negro y rojo. Se me escapa un gemido.

Escucho la voz de Roman como si viniera de muy lejos. —¡Lily! ¡Lily!

Soy consciente de que me coge en brazos.

De él gritando—: ¡Igor, coge el coche!

De él abrochándose el cinturón en el asiento trasero y rugiendo—: Llévanos al hospital. ¡Y hazlo rápido, maldita sea!

ROMAN

Fui criado para la guerra. Para la violencia, para abrir los cráneos de mis enemigos, para pasar a la *acción*.

¿Pero esto? ¿Este puto juego de espera, este miedo atroz a que le pase algo a mi mujer?

Lo desprecio.

Siseo cuando caemos en un bache y la sacudida arranca otro gemido desgarrador de Lily. Me niego a pensar en lo que haría si le pasara algo a ella o a los bebés. Me niego a vivir con ese miedo.

—Toma las calles laterales —le ordeno a Igor. Gira bruscamente a la izquierda para evitar la autopista y se precipita por la carretera. El velocímetro sube: 100, 110, 120. Pero no es lo bastante rápido.

Mantengo a mi lloriqueante esposa acurrucada contra mi costado. La sangre le salpica la frente, donde se golpeó contra el suelo de baldosas. Al verla en su pelo, me dan ganas de romper algo. Pero no puedo apartar la mirada de ella.

Por eso, no veo las motos hasta que es demasiado tarde. —Esto no —gruño.

Otra vez no.

Ahora no.

Esta vez, los Yakuza están mejor preparados. Una moto a cada lado, dos hombres por moto. Mientras observo horrorizado, los pasajeros nos apuntan con AR-15 y descargan.

Es una granizada, un ruido sordo e interminable. Entonces, oigo un *PUM* cuando una de las balas consigue atravesar la puerta reforzada y evita por los pelos atravesarme la mano.

Balas blindadas.

Vinieron a matar.

Me envuelvo alrededor de Lily. Tendrán que matarme para llegar a ella.

Llamo a Kaz. Contesta al tercer timbrado. —Cerca del muelle. Ven aquí. Yakuza disparándonos —no tengo tiempo para frases completas.

—¿Qué coño pasa? ¿Qué está pasando?

Gruño de rabia cuando Igor gira el volante a la derecha para ganar tiempo y yo choco con el lateral del coche. El rugido de la autopista se oye a través del agujero de la puerta.

—¡Trae algunos hombres! ¡Ven aquí!

Lily grita cuando se rompe la ventanilla del copiloto. Una lluvia de fragmentos de cristal cae sobre nosotros, abriéndome la piel en mil pequeños cortes. Igor da otro volantazo y consigue tomar una curva, al tiempo que arrolla a dos de las motos de nuestro lado izquierdo. Sus pilotos golpean el suelo a cien por hora, y el asfalto los convierte en carne de barbacoa.

Aprovechando nuestro impulso, nos hace girar ciento ochenta grados, y luego nos lanza de nuevo por la carretera en dirección contraria.

Miro a través del parabrisas con ira sombría. Izquierda, derecha, derecha, izquierda: parece un videojuego, pero esta mierda es muy, muy real. Los coches tocan el claxon y los conductores gritan.

Y, aun así, las motos siguen con nosotros.

BAM. Otro disparo perfora el parabrisas trasero. Atraviesa la mano derecha de Igor en el volante y lo escucho bramar. Zigzagueamos sin control y...

—¡Igor, cuidado! —Rujo.

Pero él no puede hacer nada. Tampoco puede hacer nada el camionero que pilota el camión de dieciocho ruedas que viene hacia nosotros. Igor consigue torcer el volante lo suficiente como para que la esquina de nuestro parachoques solo roce el camión en lugar de dejarnos aplastar por el gigante.

Es suficiente para hacernos voltear de un lado a otro. Lily grita. Yo rujo. El metal chirría. Los cristales se rompen.

Parece como si estuviéramos en el aire una eternidad. En algún momento, mi brazo queda atrapado entre el asiento y la puerta, de modo que, cuando por fin tocamos el suelo, siento que algo en mi hombro se rompe. El dolor me golpea como una marca de metal caliente. Aprieto los dientes hasta controlar la agonía.

De algún modo, nos las arreglamos para aterrizar sobre las cuatro ruedas. Un pequeño puto milagro. Pero todavía no estamos fuera de peligro.

Mi brazo izquierdo cuelga inútilmente hacia un lado, así que uso el bueno para sacar una Glock de la funda del hombro. Tengo la vista muy borrosa, pero, si consigo mantener a raya a los soldados de la Yakuza hasta que Kaz llegue con ayuda, lo conseguiremos.

Igor se desploma inconsciente contra el volante. Lily jadea a mi lado, con un corte en la frente que deja un rastro de sangre a un lado de la cara. La miro lo más rápido que puedo.

—Lily, escúchame. ¿Puedes oírme? —Tiene los ojos vidriosos, pero asiente. Le doy la Glock—. Tira de la cámara hacia atrás.

La coge con dedos temblorosos y hace lo que le digo. Le cuesta unos cuantos intentos, dado lo

débil que está en su estado actual, pero consigue hacerlo. Ella carga y yo le quito el seguro.

—Si esa puerta se abre, dispara. No pienses. Solo dispara.

—Rom...

—No. No hay tiempo para vacilaciones. Asiente si me entiendes.

Empieza a asentir. Luego, abre mucho los ojos. Levanta la pistola, primero hacia mí, y por un momento me quedo tan atónito que me pregunto si mi mujer está a punto de matarme a quemarropa.

Pero sigue levantándola por encima de mi hombro y aprieta el gatillo.

La explosión del disparo me rompe los tímpanos. Me doy vuelta justo a tiempo para ver a un soldado de la Yakuza desplomado contra el marco de la puerta, con un agujero ensangrentado donde antes estaba su cara.

Me vuelvo para mirar a mi mujer. Tiene sangre en la cara, parte suya, parte de él y parte mía. Está aturdida, confusa y herida.

Pero es tan jodidamente fogosa que todo eso se desvanece.

Entonces, sé que la amo. Lo sabía antes, por supuesto, pero hay tantas cosas perfectas contenidas en su cara en ese momento que es una jodida certeza.

Está hecha para mí.

Yo estoy hecho para ella.

Y, por supuesto, es cuando se la llevan.

Dos pares de manos abren la puerta detrás de ella y la sacan. Ella grita. El arma cae de sus manos a la carretera, mientras los *mudaki* con casco se llevan a mi mujer.

Voy a lanzarme tras ella, pero mi pie se engancha en un trozo de suelo retorcido. Tiro y tiro de él, pero no se mueve.

Así que me veo obligado a ver, atrapado como un oso en una trampa, cómo esos cabrones arrastran a una Lily gritona a un coche que aguarda. Ventanas oscurecidas, sin matrículas, sin características definitorias, sin nada para rastrear.

Vuelve a gritar. El sonido me atraviesa por dentro. Una mano le tapa la boca, luego una mordaza. En el último momento, veo que le ponen una bolsa en la cabeza.

Entonces, la puerta se cierra de golpe, el motor ruge y el coche arranca. Todas las motos lo siguen.

Y estamos solos.

Igor recupera el conocimiento mientras yo me agito y me agito, hasta que por fin mi pie se libera. Salgo a trompicones del coche y recojo la pistola que Lily dejó caer.

Pero no hay nadie a quien apuntar. Ningún hombre al que matar por sus pecados.

Igor consigue abrir la puerta y salir a trompicones del coche. Sangra mucho por un corte en la frente y la mano que le dispararon está destrozada, pero se pondrá bien. Siempre es así.

—Jefe —gime—, ¿dónde está Lily?

Cierro los ojos y me estremezco ante la imagen de ese puto saco sobre su cabeza. —Se la llevaron, Igor.

—Mierda. Mierda, mierda. Y ahora ¿qué?

—Ahora, vamos a matarlos a todos.

LILY

Todo lo que puedo ver es oscuridad.

Todo lo que puedo oler es sudor y arpillera.

Solo oigo murmullos en japonés y el rugido de un motor.

Todo lo que puedo sentir es el dolor en mi cabeza, en mi pecho, en mi corazón. Voy en la parte trasera de una furgoneta entre dos fornidos soldados de la Yakuza.

Estamos dando tumbos, de camino a Dios sabe dónde, y cabreando a bastante gente en el proceso, si nos guiamos por las furiosas bocinas de los coches.

Mi cráneo es un orbe palpitante de dolor, pero eso no es nada comparado con mi miedo. La cara que puso Roman cuando me sacaron del coche me perseguirá siempre.

Pero él me encontrará. Me salvará. Siempre lo hace.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que el coche se detenga. Mis captores me atan las manos bruscamente, con bridas lo bastante apretadas como para cortar la circulación. Entre eso y el saco de arpillera que tengo en la cabeza, empiezo a sentir un poco de pánico.

Respira, Lily, me digo. Necesitas un plan.

Roman vendrá, pero tengo que intentar salvarme, por si ocurre algo antes de que pueda llegar a mí. Mis bebés cuentan con eso.

La puerta se abre y me sacan a rastras. Unas manos fuertes me agarran el antebrazo y me empujan dando tumbos.

—¡Yori hayaku arukimasu! —Me sisea al oído. No necesito hablar japonés para saber que me está diciendo que camine más deprisa.

Pero no me molesto en acelerar el paso. Si me iban a matar enseguida, lo habrían hecho delante de Roman y habrían dejado mi cuerpo. No se habrían tomado la molestia de meterme en un coche, tomarme como rehén, cubrirme la cabeza y llevarme a un nuevo lugar.

Lo que significa que soy una cautiva. Una prisionera.

Por ahora.

Mi seguridad está garantizada, aunque solo sea por un tiempo. Así que tengo un breve margen para escuchar, prestar atención y encontrar una salida.

Suena una puerta. El metal chirría contra el metal y el hormigón al abrirse. Resuena por toda la habitación, así que debe de ser un espacio grande. El olor a aceite de motor me llega a la nariz.

Mi captor me suelta el bíceps y me empuja hacia abajo. —*Suwatte kudasai* —me ordena.

—¿Eh? —murmuro a través de la mordaza.

—Siéntate, zorra —me golpea en las rodillas con una silla y choco contra ella. Luego, me quita la bolsa de la cabeza y la mordaza de la boca.

Parpadeo y entrecierro los ojos contra la luz, por tenue que sea. El pelo me cuelga sobre la cara, pero lo dejo ahí. Quiero que piensen que estoy demasiado aterrorizada para moverme, demasiado aterrorizada para pensar o reaccionar, o hacer algo que no sea seguir órdenes. Mientras tanto, tomo nota de todo lo que puedo.

El hombre que tengo delante es delgado, pálido y de aspecto peligroso. Tiene el cuello venoso y caracteres japoneses tatuados en los pómulos.

Saca el teléfono del bolsillo y me apunta con él. —Sonríe —me dice con maldad. Luego, me hace una foto.

Guarda el teléfono y se acerca. Intento no retroceder visiblemente.

—No eres... tan guapa —coge un mechón de mi pelo entre sus dedos y se lo lleva a la nariz para inhalar como un asqueroso—. Químicos americanos baratos.

Luego, lo suelta como si le diera asco y escupe en el suelo a mis pies. Voltea y se dirige a grandes zancadas hacia la puerta.

—¡Espera!

Mi propio grito me sorprende. Añado un “por favor”, no porque me preocupe por mostrarle modales a este cerdo, sino porque quiero que crea que estoy desesperada y asustada.

Hace una pausa y se vuelve para mirarme de forma inquisitiva. —¿Sí?

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Se burla. —No respondo a tus preguntas.

—Está bien. Puedes responder ante Roman.

Parpadea, sorprendido por un momento por mi ráfaga de fuego. Luego sonríe. Se me revuelve el estómago.

Comienza a caminar lentamente hacia mí. —¿Sabes quién soy?

—Sí. Eres Kane Ito.

He oído suficientes conversaciones susurradas entre Roman y sus hombres como para atar cabos. Nunca lo había visto antes, pero no hay duda de que es él.

Tiene el pelo largo y negro atado con un trozo de cuero al cuello, los ojos como platillos negros. Las pupilas están dilatadas y casi sobrepasan su iris azul.

—¿Qué quieres de mí?

Se ríe entre dientes. —Te crees muy importante —su tono se vuelve amargo y su labio se curva—. Pero no eres más que una niña estúpida.

—¿Lo suficientemente importante como para que me lleves?

Le brillan los ojos, pero asiente mientras me recorre de arriba abajo. —Sí. Puede que disfrute de un trozo de ti antes de aprovechar el propósito para el que has sido traída. O puede que te ofrezca de comida para mis hombres. No estoy seguro —me pasa el dorso de la mano por el pecho.

Aprieto los dientes, pero no me inmuta. Si lo que quiere es mi miedo, mi repulsión o mis lágrimas, se llevará una gran decepción.

—¿Qué propósito se supone que es ese? —Mantengo la voz lo más firme que puedo, aunque el corazón me golpea las costillas.

Ito sonrío, como si por fin hubiera hecho la pregunta correcta. —Después de desnudarte y mostrarte cómo un hombre de verdad se folla a una mujer, serás el cebo para sacar a tu patético marido de dondequiera que haya huido a esconderse.

Me sube la bilis a la garganta. En parte miedo, en parte rabia. —Roman no se esconde. Vendrá por ti. Es solo cuestión de tiempo.

Eso espero.

Ito vuelve a sonreír. Sus dientes están amarillos y podridos. Me dan asco. Me coge la barbilla con la mano y me aprieta la mejilla con los dedos.

—¿Crees que le gustará a tu marido después de que te profane como la puta que eres? ¿Después de que mis hombres también tengan su turno?

Por primera vez, soy consciente de las docenas de soldados de la Yakuza que se encuentran en la periferia de este gran almacén de hormigón. Todos ellos pueden oír la voz de Ito resonando a su alrededor, y algunos incluso se relamen los labios mientras me contemplan y esperan que su amo los deje libres para poner en práctica sus peores fantasías.

—Roman no se esconde —digo—. Ya lo sabes. Y también sabes que, si me pones un dedo encima, te destriparé como a un pez.

Con el ceño fruncido, Ito me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás. —Voy a disfrutar cada minuto enseñándote modales.

Entonces, baja la cabeza y me muerde el cuello con tanta fuerza que no puedo evitar gritar. Siento cómo se rompe la piel y chorrea sangre.

Me suelta y retrocede riéndose mientras se limpia los labios ensangrentados. Uno de sus hombres se acerca desde las sombras, le susurra algo y le enseña un teléfono. Ito mira la pantalla, frunce el ceño y ladra una orden en japonés. El hombre hace una reverencia y sale de la habitación.

Ito me mira. —Volveré pronto, pequeña. No empieces sin mí.

Luego, se va. Sus hombres salen tras él por varias puertas, las cerraduras se cierran y me quedo sola en este almacén vacío y cavernoso.

Tardo cinco o diez minutos en recomponerme y dejar de llorar. *¿Qué haría Roman?* Pienso.

La respuesta es obvia: encontraría una salida.

En realidad no estoy atada a la silla, así que me levanto e intento llegar primero a la puerta. Está cerrada, por supuesto. Ito es un psicópata, pero no es estúpido. El cerrojo está echado y no tengo forma de forzar la cerradura desde aquí, aunque supiera cómo hacerlo.

Siguiente opción. Una línea de ventanas se extiende más o menos hasta la mitad de la pared, pero, aunque pudiera subir, no tendría forma de escalar hacia el exterior sin romperme el cuello.

Empieza a cundir el pánico. Y con él, llegan los recuerdos.

He estado aquí antes. He hecho esto antes.

Quizá no exactamente aquí, ni exactamente esto, pero parece exactamente lo mismo que hace seis meses, cuando mi padre me entregó a Roman Sorokin y cambió mi vida para siempre. Esa sensación de terror que me invadió las primeras semanas como esposa de Roman se siente fresca y nueva. Más fuerte que nunca.

Pero las cosas cambiaron. Ya no temo a mi marido como antes y desde luego no lo odio.

De hecho, el monstruo con el que creí haberme casado resultó ser el único hombre en el que puedo confiar.

Ya viene. Sé que viene.

Solo tengo que sobrevivir hasta entonces.

ROMAN

Esta parte de la ciudad apesta a basura y muerte. Escupo al suelo y me duele el hombro mientras camino por la acera hacia el piso franco.

—¿Estás bien, jefe? —Pregunta Igor.

—No estaré bien hasta que Ito sea una puta mancha de sangre —hago una mueca.

Él asiente. Sabe que ni en un millón de malditos años me quejaría por algo tan insignificante como un hombro dislocado. Ni él tampoco: tiene un agujero de bala en la mano y no ha dicho ni una palabra al respecto.

En este mundo hay cosas mucho peores que el dolor. Kane Ito está a punto de aprender esa lección por las malas.

Kaz sale de la oscuridad detrás nuestro. —Vuelves a sangrar, hermano —comenta cuando volteo para saludarlo.

Miro mi camisa. Tiene un agujero en el hombro y una mancha roja oscura en todo un lado.

—Gran jodida cosa. ¿Dónde está mi mujer?

—La estamos buscando, Roman —Kaz mira a Misha, que se une a nosotros en el desvencijado porche—. Tenemos hombres en eso, ¿verdad, Mish?

—Todas las almas disponibles —confirma.

No hay mucho más que pueda decir. No hay palabras para lo importante que es esto. Además, el dolor empieza a hacerme nadar la cabeza. —Bien —gruño—. Ahora vayan a unirse a ellos, joder.

Kaz parece querer protestar, pero Misha le pone una mano en el hombro. Juntos, vuelven al coche de Kaz y se alejan.

Cuando se fueron, Igor abre la puerta del pequeño refugio. La mantiene abierta y yo paso cojeando.

Hay un anciano sentado a la mesa de madera del salón. Tiene un bigote fino y recortado y un anillo de pelo gris alrededor de una cabeza que, por lo demás, es calva. Curiosamente, lleva guantes de cuero para leer el periódico. No parece sorprendido en absoluto al ver entrar a un jefe

Bratva ensangrentado sin avisar.

—Roman Sorokin —saluda tranquilamente.

Asiento con la cabeza. —Dr. Shivani. Tengo un pequeño rasguño para que le eche un vistazo.

Se levanta, dobla el periódico y señala una silla vacía. —Siéntate. Voy por mis herramientas.

Desaparece en una habitación trasera y vuelve a aparecer con una bolsa de cuero bajo el brazo. La deja sobre la mesa y la abre para mostrar diversos instrumentos quirúrgicos.

—Quítate la camisa, por favor.

Voy a hacer lo que me dice, pero mi brazo no responde bien. Frunzo el ceño y vuelvo a intentarlo. Duele como el infierno, pero de algún modo lo consigo y me quito la camisa. No me doy cuenta de que estoy sudando hasta que las gotas empiezan a caer sobre la mesa.

El Dr. Shivani me escruta de pies a cabeza. —Los arañazos no son un problema —señala mi hombro con la cabeza—. Pero eso dolerá. A menos que quieras que...

—No —gruño—. Nada de drogas. Sigue adelante.

—Muy bien.

Se pone manos a la obra para preparar sus herramientas. Cauteriza los peores cortes. Ni siquiera pestañeo, aunque siento como si la lava me lamiera la piel.

Cuando termina, centra su atención en mi hombro.

—Quizás... —Va a la cocina y vuelve con una polvorienta botella de whisky—. Por si tienes sed —dice con un leve atisbo de risa en los ojos.

Pero no estoy de humor para reírme. Giro el tapón de la botella y bebo un largo trago.

Me quema por dentro, igual que los cortes por fuera, pero, cuando el ardor se asienta, empieza a sentarme bien.

—¿Estás listo? —Pregunta.

No contesto. Solo miro fijamente el papel tapiz rasgado y pintado con diminutas flores amarillas y marrones. Al cabo de un momento, veo la cara de Lily emerger del dibujo.

Sus ojos ámbar.

Su pelo castaño.

El grito de pánico cuando la sacaron del coche.

En el presente, soy consciente de que el Dr. Shivani levanta mi brazo inútil. Lo dobla por el codo, da un paso atrás para alinear el peso de su cuerpo y luego.

—¡MALDITA SEA! —Rujo.

Se oye un crujido nauseabundo cuando mis huesos vuelven a su sitio. Al instante, cada centímetro de mi piel está bañado en sudor.

Pero mi brazo funciona de nuevo. Lo suficiente como para exprimir la vida del maldito Kane Ito.

Shivani gruñe por el esfuerzo y se limpia la cara con un paño de cocina. —Tómate otro trago, muchacho. Lo peor ya pasó.

Sacudo la cabeza. —No tienes ni idea.

Asiente como si lo entendiera. —Se dice por ahí que Kane Ito quiere hacerse un nombre.

—¿Dónde escuchaste eso?

Se ríe entre dientes. —Soy un anciano, Roman Sorokin. La gente habla delante de mí como si yo no existiera. Oigo muchas cosas que nadie quiere que oiga. Por ejemplo, que Kane Ito compró dos almacenes junto al viejo lecho del lago. Almacena sus drogas en uno y usa el otro para negocios que no puede hacer fuera.

Una tienda de matar. Estoy familiarizado con el concepto. La Bratva tiene varias. Pero, cuando pienso en Lily siendo arrastrada allí, mi estómago se revuelve.

El Dr. Shivani no terminó. —Ito es joven e impetuoso. Sus hombres están ansiosos. Así que hay oportunidades, si el precio es correcto.

—Sí —gruño—. Te entiendo.

Suspiro. Por desgracia, lo que tiene que ocurrir a continuación es inevitable.

En un movimiento suave, me pongo en pie, saco la pistola de la cintura y acabo con la vida del doctor con una bala entre los ojos.

Igor vuelve, irrumpiendo en la casa desde donde estaba esperando en el porche, pistola en mano. —Jefe Roman, ¿qué coño...?

—Trabajaba para Ito —digo sombríamente.

—¿El Dr. Shivani? ¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Me agacho y cojo una de sus muñecas inertes con la mano. Le quito el guante de cuero y le muestro a Igor lo que sentí cuando Shivani me arreglaba el hombro: el muñón ensangrentado donde antes estaba su dedo meñique.

—“*Hay oportunidades, si el precio es correcto*” —digo, haciéndome eco de las palabras de Shivani de hace unos momentos—. Parece que el buen doctor encontró lo que buscaba. No tenemos mucho tiempo antes de que aparezca la Yakuza.

—Mierda —respira Igor—. Nunca pensé que haría algo así.

—Lo único que hace ahora es guardar una bala, Igor. Y el hombre que le pagó está a punto de acabar igual.

Uso su paño de cocina para limpiar las salpicaduras de mi cara y mi pecho. —Encárgate de esto —le digo a Igor—. Iré a dar un paseo.

—Sí, Jefe Roman.

Me vuelvo a poner la camisa ensangrentada y salgo a la noche fresca. Quiero aclarar mis ideas, pensar en mis opciones, y no puedo quedarme quieto para eso. Necesito movimiento. Acción.

Así que camino y medito. Quince o veinte minutos después, mi teléfono vibra en el bolsillo. Lo cojo, esperando un mensaje de Igor avisando que el trabajo está listo.

Pero no es Igor. Tampoco es Kaz o Misha. De hecho, no es nadie que conozca.

El remitente es un número bloqueado. El mensaje es una dirección junto a los muelles. Junto con una leyenda: **VEN SOLO. TIENES UNA HORA.**

Me doy vuelta y corro hacia la casa del médico. Veo a Igor dentro a través de la ventana, rociándolo todo con líquido para encendedores y preparándose para prenderle fuego. Las llaves del coche siguen en el contacto.

Hago una mueca por un momento, sabiendo que despreciará lo que estoy a punto de hacer.

Pero no tengo elección.

Subo al coche y me dirijo hacia mi muerte, dejándolo atrás.

ROMAN

No puedo concentrarme en otra cosa que no sea llegar a Lily. Voy sin un ápice de plan, sin respaldo, sin sentido común.

Pero la idea de que Ito la retenga un segundo más es suficiente para anular todo lo demás.

Me meto por un callejón y salgo junto a los almacenes del lado abandonado del lago.

Cuatro edificios siguen en pie, dos están medio derruidos y a otros tres les faltan grandes trozos de paredes o ventanas. Cada centímetro de metal, tabla u hormigón ha sido marcado con graffiti.

Estoy buscando la numerada 2107. Veo 2104, 2105...

Aquí está. Parece más amenazador que los otros, de alguna manera. Como si las sombras se agruparan más densas aquí.

Aparco el coche y salgo de un salto. Tengo la camisa rota y me duele el brazo como si me hubiera pasado una sierra por los huesos. Pero estoy vivo.

Por ahora.

Dejo la .38 en el asiento y aprieto la mandíbula. La urgencia de hace un momento sigue presente, pero se atenuó y se volvió intensidad férrea.

Avanzo dos zancadas hacia las grandes puertas dobles, y entonces siento la punta de una pistola presionándome en la parte baja de la espalda.

—Manos arriba, ruso —gruñe una voz con acento japonés. El aliento del hombre es tan agrio que puedo olerlo, incluso con él detrás mío.

Alzo las manos sobre la cabeza. Me guía hacia delante a través de las puertas. Hay otras siluetas que reflejan nuestros pasos en la oscuridad. Veo el brillo periódico de la luz reflejada en sus armas.

—Para.

Me detengo lentamente cuando estamos dentro. Dos hombres se acercan y me cachean bruscamente. Cuando acaban, asienten al hombre que está detrás de mí, que vuelve a golpearme en la columna con su pistola.

—Sigue adelante —dice—. Por esa puerta, todo recto.

Camino hacia delante. Otro soldado Yakuza abre la puerta mientras nos acercamos.

—Vaya, vaya, vaya —silba alguien cuando paso—. ¡Mira lo que tenemos aquí!

Mi primer pensamiento es asesinato. Pero me quedo quieto y callado, por ahora, porque Kane Ito tiene un arma apuntando a mi mujer.

Está atada y amordazada, sentada en una silla plegable de metal en medio de un espacio cavernoso. Sus ojos se desorbitan cuando me ve. Debe saber lo que esto significa. Lo que ocurrirá a continuación.

—¿Estás bien, Lily? —Mantengo mi voz controlada, suave. No hay necesidad de entrar en pánico. Todavía no.

Ito le acaricia la mejilla. —Es una cosita frágil —comenta. Su mano se desliza hacia abajo y le pellizca un pezón a través de la camiseta—. Aunque las tetas no están mal.

—Déjala ir, Ito.

Me apunta con la pistola. —¿Dejarla ir? ¿Por qué coño iba a dejar ir a este pedazo de culo caliente? —Vuelve a acariciarle el pelo. Lily cierra los ojos, respirando por el terror—. Tengo planes para esta boca bonita. Tantos, tantos planes.

—Déjala ir y puedes tenerme en su lugar.

—Tendrás que perdonarme, pero no me apetece especialmente tener tu boca alrededor de mi polla —hace una pausa y añade—: Pero tu oferta es tentadora. Matarte en público consolidará mi lugar en Chicago.

—Claro. Mata al rey y te conviertes en el rey. Así que acepta la oferta. Déjala ir y llévame a mí en su lugar.

Soy la moneda de cambio que quiere. Todo esto puede terminar pronto. Lily estará a salvo. Nuestros hijos estarán a salvo.

Y moriré, la muerte que siempre supe que me llegaría tarde o temprano. Me mira fijamente durante un momento. Un puto momento muy largo...

Antes de encogerse de hombros y tirar de la mordaza de Lily hacia abajo. —Vete. Corre. Sal de aquí antes de que cambie de opinión.

Seguro que no puede ser tan fácil. Todo este derramamiento de sangre, esta violencia, esta intriga, ¿y aceptará el trato, así como así?

Me mira. Asiento y hago un gesto hacia la puerta. —Ya lo has oído. Sal de aquí. Mi coche está enfrente.

Necesito que *no* se haga la heroína, que *no* coja la pistola que dejé en el asiento delantero e intente asaltar a Ito o a sus hombres como una justiciera embarazada.

—Roman, te am...

—Vete —gruño de nuevo, cortándola—. Ahora mismo, joder.

Las lágrimas nublan sus ojos. Luego, estremeciéndose, voltea y echa a correr.

En cuanto sale por la puerta, Kane me mira. —Muy bien. Ahora empieza el verdadero espectáculo.

Hace un gesto a alguien detrás mío. Me giro, pero justo a tiempo para ver la culata de un rifle silbando en el aire. Me alcanza en la mandíbula, me hace girar y me tira al suelo.

No es suficiente para dejarme inconsciente. Caigo de espaldas, parpadeando a pesar del mareo y el dolor. Kane se acerca y se cierne sobre mí.

—Vamos a divertirnos juntos, Jefe Sorokin —canturrea—. Nos divertiremos mucho.

Luego, se endereza y se va. Sus hombres me rodean. Pasa un momento y empiezan a golpearme. Puños, codos, porras y pistolas.

Me defiendo lo mejor que puedo, pero me superan en número veinte a uno.

Muy pronto, el mundo se vuelve negro.

ROMAN

He conocido el dolor de todas las formas posibles. Lo he dado y recibido de todas las formas posibles. Por espada, por pistola, por veneno, por traición.

Pero esto es peor que todo eso.

Cuando vuelvo en mí, estoy tumbado en una fría mesa de metal. Tengo el torso desnudo, debieron de cortarme la camisa mientras estaba inconsciente, y las manos y los tobillos encadenados.

Oigo el zumbido y el crepitar de la electricidad, y la voz cruel de un hombre. —*Orokana kuso roshiahito* —dice, y sus compañeros se ríen. Traducción: *Puto ruso estúpido*.

Consigo mi voz grave y respondo—: *Jibun de fakku shite kudasai*.

Las risas se apagan enseguida. Oigo el murmullo de su confusión, dándose cuenta de que entiendo japonés lo suficiente como para mandar a estos imbéciles al mismo infierno. Como era de esperar, no les gusta.

Quizá sea tonto irritarlos. Pero que se jodan estos *mudaki* si creen que dejaré que me maten tan fácilmente.

El zumbido eléctrico se hace más intenso. —Espero por tu bien que esto te mate — dice el hombre que habló primero.

Luego, sujeta los cables de arranque en mi pecho.

Al menos cincuenta mil voltios de electricidad me atraviesan. Ni siquiera puedo gritar de dolor, porque todos los músculos se bloquean y sufren espasmos con una intensidad brutal y agonizante. Es como si me desgarraran por dentro.

Pasa lo que parece una vida antes de que el hombre suelte los cables. Resoplo, tiemblo por todas partes mientras persiste el fantasma del dolor.

—Ya no eres tan valiente —se ríe.

Vuelve a blandir las pinzas. Me preparo para más, pero entonces se abre una puerta detrás de mí.

Todos prestan atención. No me giro para mirar, no es que pudiera. Estoy clavado a la mesa como un cerdo asado. De todos modos, no necesito mirar para saber quién es.

—El gran, malvado Roman Sorokin —dice Kane Ito acercándose a mi línea de visión—. Demasiado estúpido para saber que cayó en una trampa. Habría llamado y tenido refuerzos esperando si fuera yo, pero te crees tan malote para poder con todos nosotros.

No respondo. Esto no es una puta película de Tom Cruise, en la que intercambiamos bromas arrogantes mientras nos preparamos para una pelea elaboradamente coreografiada. Esto es la vida real. Es mucho más sangrienta, fea y desordenada. Y el hombre que se preocupa de lo ingenioso que suena suele ser el que acaba muerto.

Así que, en vez de eso, lo observo. Mido cada paso arrogante que da, cada respiración. Cada pieza de información es algo para usar cuando sea el momento adecuado.

—¿Te comieron la lengua los ratones?

Pulsa un botón en la parte inferior de la mesa. Los engranajes rechinan, la mesa se retrae y, de repente, estoy colgado de las muñecas, con las piernas suspendidas a unos centímetros del suelo.

El hombro lesionado se me salió de su sitio y docenas de pequeños cortes por todo el cuerpo se volvieron a abrir para enviar un hilillo de sangre al suelo. Todo se funde en un magma de dolor que irradia de pies a cabeza.

—Impresionante montaje el que tienes aquí —digo con los dientes apretados—. Como un kit de “Mi primera tortura” de Fisher Price. ¿Te lo compró tu mami?

Kane se ríe. —Muy gracioso. Un poco tarde para insultos mezquinos, sin embargo, y no hay nadie a quien culpar por eso, sino a ti mismo. Tú y tu complejo de héroe. No te entiendo, Roman Sorokin. Disparas al buen doctor y salvas a la puta —suspira—. Decepcionante, de verdad.

—Creo que todos sabemos que te ves como el héroe aquí, Ito.

Inclina la cabeza hacia un lado. —¿No somos todos los héroes de nuestras historias, Roman? La diferencia es que tu historia está a punto de terminar. La mía acaba de empezar.

—¿Quieres demostrar que eres el hombre? Entonces lucha conmigo. Mano a mano.

Kane Ito echa la cabeza hacia atrás y se ríe, pero hay un pequeño fuego en sus ojos. Un fuego de interés. —¿Luchar contra ti? ¿Por qué lo haría?

—El Dr. Frankenstein aquí con los cables de arranque puede pensar que es duro, pero todos sabemos que no tendría ninguna oportunidad si yo tuviera una mano libre. Lo mismo va para ti. Cualquier imbécil puede disparar a un hombre. Cualquier matón puede apretar un gatillo. Solo un rey puede librar una guerra.

Hablo como el jefe que soy. Pero mi cuerpo no está en condiciones para una pelea sin cuartel. Mi hombro grita de dolor, estoy golpeado y desgarrado de pies a cabeza, y el baño eléctrico me quitó toda la fuerza de los músculos.

—¿Quieres que luche contigo? —Su sonrisa se extiende por su cara, como olas de océano—. No, no lo creo.

—Matar a un hombre de rodillas no te dará el respeto que buscas.

—No necesito tu respeto, Sorokin. Ya eres noticia pasada —suspira y sacude la cabeza—. Es una

pena verte así, de verdad. Solía creer que eras tan inteligente. Tan duro. ¿Y ahora? Pareces una mierda. Como si en cualquier momento fueras a vomitar sobre tus bonitos zapatos de cuero.

—Lucha conmigo o mátame, Ito.

—¿Tantas ganas tienes de pelear? —Sonríe—. Muy bien. Te daré una pelea. Llámalo un regalo de despedida de mi parte, para ti.

Hace un gesto a dos hombres detrás mío. Se acercan dando pisotones y se colocan a ambos lados de su jefe. Son enormes, de casi dos metros y medio, con brazos grandes y venosos y miradas entrecerradas que dicen que lo único que saben hacer es romper primero y preguntar después.

—Bájenlo —ordena Ito a los dos mastodontes. Avanzan a grandes zancadas y me cogen de una muñeca cada uno, luego me desenganchan del pestillo que tengo encima y me dejan caer al suelo.

Me derrumbo en un montón conformado por una camisa ensangrentada y un cuerpo roto. Ito sonríe y me tiende una mano para ayudarme a levantarme.

—No necesito tu puta ayuda —gruño.

—¡Oh, pero tenemos tanta ayuda para dar, Roman! —Canturrea—. Koga ayudará a arrancarte los brazos, y Asai ayudará a dártelos de comer.

Me pongo en pie y escupo a sus pies. Cada músculo y cada hueso de mi cuerpo grita en señal de protesta, pero mantengo los hombros hacia atrás y saco pecho como un puto gladiador.

—Solo los cobardes envían a otros hombres a luchar sus batallas —le digo.

Se ríe. —Esto no es una batalla, Roman. Eso implicaría que tienes una oportunidad de ganar. Esto es simplemente una ejecución.

Mientras lo dice, el llamado Koga rodea a Ito y lanza un puñetazo con la mano izquierda. Lo esquivo justo a tiempo para que su mano derecha salga disparada en un gancho que conecta con mi mandíbula.

Aterrizo con violencia. Me tambaleo, pero me mantengo en pie mientras el mundo nada ante mis ojos.

Koga avanza, con Asai a la sombra detrás suyo a la espera de una ventana para atacar.

Me deslizo para mantenerlos apilados unos sobre otros. Esto será mucho más fácil si puedo cogerlos de uno en uno.

Koga arremete de nuevo. El mismo patrón: puñetazo izquierdo, gancho derecho. Y ese es su error fatal. Hombres tan grandes como él nunca se molestan en aprender el arte de infligir la muerte. Creen que pueden cerrar los ojos y golpear. Simplemente no entienden lo débil que puede ser el cuerpo humano, si simplemente sabes dónde apuntar.

Así que, entre el puñetazo y el gancho, me pongo a su alcance y aplasto la tráquea con un golpe de mi codo.

Tarda un momento en darse cuenta de que el golpe es mortal. Se atraganta, espera el siguiente

respiro y, poco a poco, comienza a entender que no llegará.

Su gorda cara se vuelve azul. Luego morada. Luego blanca.

Y entonces, se tambalea y cae al suelo como una secuoya gigante cortada por la mitad. El suelo tiembla.

Uno menos. Falta uno.

Asai es más astuto que su camarada caído. Mantiene las manos en alto y las rodillas flexionadas en una posición de combate adecuada. Mientras avanza hacia mí, lo miro de arriba abajo, buscando huecos.

Al principio, no se presenta nada. Y, mientras busco, dejo que mis ojos se desvíen demasiado hacia abajo. Él aprovecha ese momento para atacar.

Intento apartarme, pero resbalo en el charco de sangre debajo de donde estaba colgado. Mi pie derecho se desliza por debajo de mí y caigo de lleno en el gancho de Asai.

Me chasquean los dientes y veo estrellas. Es un milagro que no me caiga al suelo.

—¡Mátalo! —Ito grazna—. ¡Rómpele la puta cara!

Asai gruñe en señal de reconocimiento y avanza de nuevo. Me agacho y giro en redondo. Veo a tres matones japoneses idénticos, enormes, con puños del tamaño de pavos de Acción de Gracias y una sola sed de sangre en los ojos.

Pero lo que él no sabe es que vi su gesto cuando me golpeó. Justo antes de golpear, flexiona su pierna trasera con fuerza.

Es suficiente para asestar un contragolpe. Pero no tendré una segunda oportunidad. Si fallo o lo hago a destiempo y él recibe su golpe, acabará conmigo.

Tengo que acabar yo con él primero.

Así que respiro hondo y me armo de valor. Los tres Asais vuelven a unirse, aunque con contornos borrosos.

—*Eto dlya moyey zheny* —gruño en voz baja. *Esto es por mi mujer.*

Da un paso adelante, con los puños en alto. Ojos entrecerrados.

Espera...

Espera...

Allí. Su pierna trasera se tensa.

Es entonces cuando hago mi movimiento.

Mientras su puñetazo vuela inofensivamente por encima de mi cabeza, golpeo su rodilla con el pie. La rodilla cede con un crujido repugnante, y el hombre se desploma sobre el suelo de cemento manchado de sangre. Me abalanzo sobre él en un instante, le rodeo la garganta con un brazo y aprieto, aprieto, aprieto...

Hasta que por fin deja de sacudirse y esa enorme masa de carne se queda quieta.

Me quito de encima, me pongo en pie, escupo una bocanada de sangre y fulmino con la mirada a Ito.

—Un trato es un trato. Nos vemos en la próxima vida, *mudak* —me giro y cojeo hacia la puerta.

Pero el deslizamiento del metal sobre el metal cuando un arma dispara es inconfundible.

Lentamente, me giro de nuevo hacia él. Tiene una .38 apuntándome a la cara. —¿De verdad creías que te iba a dejar salir de aquí? —Gruñe como un maníaco. Parece desquiciado, con los ojos desorbitados, el pelo revuelto y la cara pálida como un fantasma. Esto no es lo que pensó que iba a pasar.

—No triunfarás en este negocio si no eres capaz de cumplir tus tratos —observo.

—¿Quién lo sabrá?

Suspiro y cierro los ojos. Llegar hasta aquí fue un milagro. La guinda del pastel, en realidad. Si así es como me toca terminar, al menos Lily está a salvo. Mis hermanos la protegerán. La mantendrán a salvo. Criarán a mis hijos.

Hice lo que pude. Pero esto siempre estuvo destinado a ser una vida violenta. Una muerte violenta es simplemente parte del paquete.

Oigo el disparo.

El tiempo pasa a cámara lenta, pero no es mi vida la que pasa ante mí. No toda, al menos. Solo las partes en las que está Lily.

Veo la primera vez que la vi, con ese vestido y esos zapatos ridículos, mirando como un ciervo encandilado con la huella de la mano de su hermano en la cara.

Huelo el aroma de su perfume mientras bailamos en la cocina, con su cara apretada contra mi pecho.

Escucho el sonido de su canción resonando entre las cuevas de cristal en nuestra luna de miel.

Es la mujer que nunca supe que necesitaba, que nunca supe que quería. La he amado hasta ahora y seguiré amándola pase lo que pase.

A través de la muerte.

A través del cielo, o del infierno, o del olvido.

Entonces, la bala me atraviesa.

LILY

Este es el peor momento de mi vida.

Me pongo el puño en la boca e intento no gritar mientras observo desde mi escondite.

La lucha contra esos dos monstruos ya fue bastante mala.

¿Pero esto? Esto es mucho, mucho peor.

Ito levanta el arma hacia el pecho de Roman. Aprieta el gatillo.

Y mi mundo explota.

La ráfaga de la pistola es lo único que impide que se escuche mi grito. Quiero actuar, hacer *algo*, mierda. No puedo quedarme ahí sin hacer nada. Pero no tengo armas ni refuerzos y estoy embarazada.

El olor a sangre impregna el aire. ¿Cómo llegamos a esto? Hace solo unas horas, íbamos al hospital a ver cómo estaba el bebé después de que me cayera por las escaleras.

Ahora es el menor de nuestros problemas. Ahora el padre de mi bebé podría estar muerto.

Ito está de pie sobre el cuerpo caído de Roman. Su pistola apunta a la frente de Roman, listo para efectuar el disparo que hará que mi marido me sea arrebatado para siempre.

No puedo quedarme en la sombra, escondiéndome por esconderme. Tengo que actuar. Si tuviera algún tipo de arma...

De golpe, me llevo la mano al pelo y descubro que tengo algo: los palillos sujetándome el pelo.

Saco uno de un tirón y lo blando como un cuchillo mientras salgo a la carrera de la alcoba en la que me metí cuando Ito me soltó. Grito como un vikingo o una banshee.

Ito se vuelve para mirarme. Se da cuenta demasiado tarde de lo que sostengo. Intenta sacar su arma para apuntarme, pero me acerco a él antes de que pueda.

Levanto la mano y la bajo...

Justo en su garganta.

El palillo metálico se hunde en la suave piel alrededor de su yugular. Lo arranco de un tirón y la

sangre brota a borbotones antes de apuñalarlo de nuevo, y de nuevo, y de nuevo.

De cerca, Kane Ito no es nada. Una pizca del hombre que es Roman. Mientras muere, jadea y se sacude como un pez en tierra firme.

Sus hombres se abalanzan sobre mí para apartarme de su líder. Cierro los ojos y oigo el ruido metálico de las armas. Me preparo para morir en una lluvia de disparos.

Al menos actué, ¿no? ¿Al menos lo intenté? ¿Al menos no dejé que mi vida se desmoronara como si fuera una damisela en apuros?

Puedo morir en paz sabiendo que hice todo lo que pude.

Pero los disparos nunca llegan.

Y, cuando abro los ojos, me doy cuenta de por qué: porque las armas que oí no pertenecían a los hombres de la Yakuza.

Pertenecían a la Bratva.

Por todas las puertas y ventanas se cuelan todos los soldados de la Bratva que conozco. Kaz, Misha, Igor, Faddei, Yuri, Grisha y muchos más.

Se ponen a trabajar sobre los hombres de la Yakuza con una violencia aterradora. Escucho gritos en japonés.

Misha y Kaz acuden corriendo al lado de Roman, donde estoy arrodillada sobre un charco de su sangre. Está pálido y balbucea cuando tomo su mano entre las mías. Me la llevo a los labios, su sangre empapa mi piel y sus dedos están fríos como la muerte.

—¿Roman? —Vuelvo a besar sus dedos y le aparto el pelo de la cara—. Despierta, cariño —sus párpados se agitan—. Estoy aquí. Estoy aquí, estoy aquí, joder. Despierta.

No funciona. Me inclino para besarlo y, durante un segundo, me devuelve el beso. Lo suficiente para confirmar que aún le queda vida.

—Una ambulancia está en camino —nos dice Misha a los dos—. Solo aguanta.

Vuelvo a cerrar los ojos, porque mirarlo duele más que la muerte. Mientras esperamos ayuda, mil imágenes de Roman pasan por mi mente. Imágenes felices. Imágenes sanas. Imágenes puras.

Él por la mañana, con el pelo revuelto y una sonrisa soñolienta.

Él en pantalones cortos de baloncesto, sin camiseta, ejercitando en la sala de pesas.

Él sentado solo en la biblioteca, leyendo una de las primeras ediciones que tanto le gustan.

Su sonrisa cuando oímos el latido del corazón de los bebés por primera vez. El orgullo que llenó de color sus mejillas.

Me niego a dejar morir a este hombre.

Me aclaro la garganta y empiezo a tararear, aunque solo sea para no volverme loca de miedo. Tardo unos compases en darme cuenta de que es la misma canción que canté en las cuevas

cuando Roman me sorprendió en nuestra luna de miel.

Canto mientras llega la ambulancia y sacan los cadáveres de los Yakuza.

Canto mientras cargan a Roman en una camilla y esa horrible luz arremolinada baila por las paredes de hormigón de esta cámara mortuoria.

Canto mientras subo a la ambulancia junto a mi marido y cojo su mano mientras atravesamos la noche a toda velocidad hacia el único lugar que puede mantenerlo con vida.

Canto y canto y canto porque nada más importa, porque lo necesito y él lo necesita, porque le juré que estaría con él en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad.

Estas son las malas, la enfermedad... y yo estoy aquí. Estoy con él.

No voy a ninguna parte.

ROMAN

Allyah y Lily están tumbadas en la hamaca entre los dos grandes robles del patio, observando una mariposa, señalando y sonriendo a cada chapuzón que da y a cada aleteo de sus alas azules y doradas.

Ayden y yo estamos a unos metros practicando nuestros swings de golf. —Buen chico —le digo despeinándole el pelo.

Allyah tiene el pelo castaño rizado, la sonrisa de su madre y una risita que aligera el mundo.

Ayden es todo oscuridad. Todo yo.

Llegaron y me hicieron una persona completa. Nunca conocí tanto amor. Nunca sentí mi corazón latir o doler como lo hace ahora.

Mi mujer. Mis hijos. Mi vida.

Entonces, llegan los sonidos ásperos. Un destello de luz. Un pitido. Un grito.

Frunzo el ceño y sacudo la cabeza. La escena cambia y se lleva consigo esos horribles sonidos: el jardín desaparece, los niños desaparecen, la luz del sol desaparece.

Al instante, es de noche. Un lugar oscuro, cálido y tranquilo. Un único rayo de luz de luna ilumina a mi mujer.

Lily me mira caminar hacia ella. Las sombras son densas, pero sus ojos brillan y su sonrisa es un faro para mí. Me deslizo entre las sábanas y me giro hacia ella. Desliza su pie por mi pantorrilla, su mano por mi pecho, mientras nuestros labios se acoplan y nuestras lenguas bailan.

Su cuerpo es fuerte, joven, hermoso. —*Moya zhen*a —le ronroneo—. Mi *kiska*.

Mi preciosa esposa, mi gatita. Es como la llamo cuando quiero que sepa lo mucho que la deseo, lo mucho que la necesito, lo mucho que la amo.

—Roman... —Su voz es ronca y palpitante mientras le acaricio el pecho y le acaricio el pezón, sintiendo su peso y su calor en mis manos.

Es mía y soy muy afortunado. Tan afortunado por encontrarla. Tan afortunado por ganar esa mano de póquer.

Desliza la mano por mi vientre. Mi polla se tensa ante sus caricias. Salto a su palma y ella me guía entre sus piernas. Y, cuando me hundo en ella, lo único que se me ocurre decir es—: Te amo, Lily.

Me muevo y ella se mueve y estamos... casi...

—¿Roman?

Vuelven los ruidos. Un sonido. Un pitido. La luz atraviesa mis párpados cerrados como lanzas.

Abro un ojo, lo justo para ver la versión borrosa de un mundo que no tiene sentido.

Todo es dolorosamente blanco y estéril. Hay demasiada luz y quiero volver a mi sueño, pero su voz está cerca. Ella está aquí, justo aquí...

—Lily —sueno como si hubiera hecho gárgaras con gravilla, pero ahí está. A mi lado, con la mirada baja, cogiéndome las manos, llorando en silencio.

—Roman.

Y, cuando dice mi nombre así, quiero levantarme y aplastar su cuerpo contra el mío. Pero mi cuerpo no responde. Intento moverme y solo consigo que me recorran ondas de dolor.

—¿Qué... qué pasó? —murmuro. Tengo los labios agrietados y sangrantes. Mi voz está ronca.

—Estás en el hospital —me explica Lily. Me coge las manos entre las suyas—. Te trajimos aquí después... después... después de lo que pasó. Después de... que lo mate.

Algo oscuro y poderoso se apodera de mi pecho. Todo vuelve a mí: Kane Ito y el almacén y Lily, y esa bala desgarrándome...

—¿Mataste a Ito?

Mira nuestras manos entrelazadas y asiente. Una lágrima salpica el dorso de mis nudillos.

—Sé que me dijiste que huyera. Pero no podía dejarte morir, Roman. Ni siquiera por mí —alza los ojos para encontrarse con los míos—. Lo mataría diez veces, cien veces y no perdería ni un minuto de sueño. Tú eres mi familia. Nadie se mete con mi familia.

Quiero decirle que la amo. Que es mi reina. Pero la oscuridad vuelve a engullirme antes de que pueda, y no tengo oportunidad de pronunciar las palabras.

No pasa nada.

Ella ya lo sabe.



DURANTE LAS SEMANAS SIGUIENTES, me visita todos los días. Se queda desde que le abren la puerta hasta mucho después de que debería estar de vuelta en casa.

También prohibió la entrada al hospital a mis hermanos y tenientes, así que no podemos hablar de negocios y no me queda más remedio que curarme.

—Vamos, Lil. Necesito saber qué está pasando.

Me coge el teléfono de la mesilla antes de que pueda alcanzarlo y niega con la cabeza. —No. Necesitas recuperarte y sanar.

—Estoy bien —gruño irritado.

—Tienes un agujero del tamaño de un atizador, Roman —responde Lily—. Tu culo se queda en esa cama.

—¿Sí? —Replico, riéndome un poco—. ¿Es eso un hecho?

—Sí. Lo es. Así que asúmelo.

—Muy peleona esta mañana.

—No peleona. Protectora, porque eres demasiado terco para protegerte a ti mismo.

—Sigue insultándome y mi ego podría necesitar hospitalización propia.

Lily pone los ojos en blanco, pero también se ríe. —No sé qué habría hecho si te hubiera perdido —susurra. Se le quiebra la voz y enrosca los dedos en mi brazo.

La acerco para besarle la cabeza. —No vas a perderme.

Me abraza y, por un momento, es fácil pensar que puedo mantener esa promesa. Que nada me alejara de ella.

—El médico dice que probablemente puedas irte a casa pasado mañana —habla en voz baja, como si casi no quisiera que lo supiera.

—Suenas como una mujer que es más feliz teniendo esa gran cama para ella sola.

Solo estoy bromeando, pero sus ojos se entrecierran. —Odio dormir sola, pero esa zorra del turno de noche no me deja quedarme —suspira—. Estoy deseando que llegues a casa para poder cuidarte. Cocinarte. Darte baños de esponja.

—¿Has dicho baño de esponja? A la mierda la recuperación, vámonos ya.

Riendo, me sujeta a la cama. —Sobre mi cadáver. Quédese quieto, Sr. Sorokin.

—Solo si te quedas conmigo.

Chilla cuando me abalanzo hacia delante, ignorando la punzada de dolor que me causa el movimiento, y la arrastro desde su silla hasta la cama del hospital, conmigo.

Fiel a su palabra, Lily me trae a casa dos días después. Úrsula, la nueva ama de llaves, nos recibe en la puerta y nos acompaña arriba. —La casa está tal y como usted pidió, señora —le dice a Lily mientras subimos.

Lily sonríe. —Gracias, Úrsula.

Por enésima vez hoy, me maravillo de mi mujer, que toma las riendas sin tonterías. No es tímida ni callada ni odia cada segundo de su existencia aquí. Creció. Una verdadera reina en su castillo.

Mierda, qué ardiente es eso.

Muevo una mano por su cadera y le palmeo el culo. —¿Dónde está mi regalo de bienvenida? —
Le susurro al oído.

—Mantén tus manos quietas —regaña—. Tenemos que llevarte a la cama. El médico dice que
tienes que tomártelo con calma.

—Entonces, puedes estar arriba.

Antes de que pueda sacar mis mejores dotes de convencimiento, suena el timbre. Lily suspira. —
Todavía no le he dicho a nadie que estamos en casa.

—Yo me encargo.

Lily niega con la cabeza. —No. Deberías desvestirte y meterte en la cama. Yo me desharé de
quien sea que esté en la puerta.

—¿Intentas seducirme?

—Sí. ¿Funciona?

—Ha funcionado desde el principio, *kiska*.

LILY

Me quedo en la puerta del cuarto de baño anexo mientras Roman se ducha. —¿Seguro que tienes que volver hoy? —Le digo ansiosa por encima del ruido del agua.

Ya tuvimos esta conversación antes. Muchas veces, de hecho, en los días transcurridos desde que volvió a casa del hospital. Siempre es igual.

Dice que es su decisión. Le contesto que soy yo la que se pasa la noche preocupada, así que quizá también sea en parte decisión mía. Y él dice “Lily, basta”, con esa voz suya que anuncia que no habrá más discusiones sobre el tema. El tipo de voz que no usa muy a menudo estos días.

Suspira y limpia el vaho del cristal para poder verme. —Esta sería una conversación mucho más satisfactoria si te unieras a mí en la ducha.

—¿Satisfactoria para quién?

—Entra y te lo enseñaré.

No puedo evitar sonreír, aunque la preocupación me come viva por dentro. —Anoche me “lo enseñaste” dos veces —le recuerdo mientras empuja la puerta. Echo una mirada no tan sutil a su torso desnudo y enjabonado.

—Y estoy listo para mostrarte de nuevo —retumba.

Suspiro, me quito el albornoz y me meto en la ducha con él. El agua caliente me hace jadear. Roman empieza a acariciarse la polla dura y vuelvo a jadear.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto.

Mueve la cabeza solemnemente. —Siempre cumplo.

Luego, dando un paso adelante, me coge en brazos y me aprieta contra la pared de azulejos. El agua de los múltiples chorros cae en cascada a nuestro alrededor, sale vapor y el aroma a lavanda y menta me inunda la nariz.

Debajo de todo eso, está *él*. El olor único de Roman, su volumen, sus ojos. Todo eso me consume a su manera. Me calienta por dentro y por fuera.

Empuja sus labios contra los míos y nuestras caderas se rozan. Siento cada centímetro de su polla tentando mi centro.

Me voltea y me empuja en el centro de la espalda, entre los omóplatos. Mientras planto las manos contra la pared, desliza su polla en mi coño con un movimiento suave.

Me empuja y yo le devuelvo todo lo que puedo. El roce de piel con piel se siente como una bofetada áspera y húmeda. Sus dedos se enroscan en mis caderas para hacer palanca mientras me penetra, llenándome hasta el fondo.

Yo gimo, él gruñe y su polla entra y sale con fuerza, aumentando la presión hasta que todos mis músculos se tensan al límite. No es romance ni amor. No esta vez, al menos.

Esto es necesidad: pura, cruda y excitante.

De hecho, casi me debilita. Si no tuviera la pared para apoyarme y las manos de Roman sosteniéndome, probablemente me desplomaría en el suelo de la ducha. Tal y como están las cosas, tengo la cara pegada a los azulejos.

Me duele un poco cada vez que Roman se clava en mí, pero el dolor en mi mejilla es mucho menos intenso que el placer entre mis piernas, y es fácil ignorarlo.

—Lily, voy a...

—Córrete dentro mío —suplico automáticamente—. Por favor, Roman, por favor, por f...

No hace falta más. Él estalla y yo también. Los dos explotamos como fuegos artificiales mientras él se desata una y otra vez y mis piernas tiemblan sin descanso.

Cuando nos enderezamos y se separa de mí, me vuelve hacia él, me pasa los dedos por el pelo húmedo y me besa como si no fuera a volver a verme.

Es tan desesperado que, por un momento triste y enfermizo, me pregunto si sabe algo que yo ignoro. Me echo hacia atrás y apoyo la cabeza en su pecho.

—Prométeme que volverás a casa conmigo —le susurro. Tengo demasiado miedo para mirarlo a los ojos.

—Siempre, *moya zhen*. No hay ningún lugar al que puedas ir sin que yo te siga.

La sinceridad de su voz debería tranquilizarme, pero no lo hace. Solo pone de relieve lo que perderé si alguien como Kane Ito vuelve a disparar contra mi marido.

Pero, cuando me besa y me abraza, es un poco más fácil olvidar ese miedo. Por un momento, al menos.

Salgo de la ducha, me envuelvo en una toalla y voy a peinarme al tocador. Roman rebusca en el vestidor y sale con unos pantalones negros planchados y una camisa blanca con botones, abierta por el cuello y remangada.

Suspiro lastimosamente. Por el amor de Dios, al hombre le queda bien todo.

Me pillá mirándolo en el espejo. —Es de mala educación quedarse mirando —me reprende.

—Es imposible no hacerlo.

Se acerca a mí y se mete entre mis muslos. —Cuidado, *kiska*. Alguien podría pensar que estás

empezando a enamorarte de mí.

Se inclina y me da un delicado beso en los labios. —Dime que hoy tendrás cuidado —le susurro en la boca.

Asiente y toma mi cara entre sus palmas. —Tendré cuidado hoy.

—Te amo, Roman.

—Lo sé —enderezándose, agrega—: ¿Qué harás hoy?

Me encojo de hombros. —Hay un mercado de agricultores en el centro que pensé que podría ir a ver.

Asiente, pero el destello de preocupación en sus ojos es como un interruptor que convierte su sonrisa en ceño fruncido. —Llévate a Igor.

—Pensé que Misha y Kaz estaban a cargo de mi seguridad estos días.

Roman frunce el ceño de un modo que no logro descifrar. —Hoy están conmigo. Kaz especialmente.

Estoy a punto de preguntarle qué significa eso, pero luego lo pienso mejor. No le gustará la pregunta, y marcharme en malos términos es demasiado para la preocupación que ya llevo conmigo todo el día.

Me da otro beso en la mejilla y sale por la puerta. Me visto sola con unos vaqueros y una camiseta y bajo las escaleras para encontrarme a Igor en la encimera de la cocina con Úrsula, tomando café. Se callan cuando entro e Igor se levanta. Siempre se levanta cuando entro en una habitación.

—¿Cuál es el plan de hoy? —Siempre me pregunta lo mismo y luego saca el móvil y teclea la información. ¿Es un mensaje de texto? ¿Una nota? No lo sé. Siempre asumí que informa a Roman, aunque ahora me doy cuenta de que no tengo ninguna razón para creerlo.

Ahora, sin embargo, me lo pregunto. Después de todo lo que pasó, aunque confío mi vida a Igor... la duda se está filtrando.

—Pensé que podríamos ir al mercado.

Úrsula frunce el ceño. —Puedo hacer eso por usted, señora.

—Quiero ir —pongo la mano sobre mi vientre prominente—. Necesito aire fresco.

—Como desee, señora.

Igor se levanta y nos vamos. Conduce por las carreteras principales, pues estamos en un Escalade recién reforzado que puede rechazar una bala a corta distancia, y aparca en el carril de incendios justo delante del mercado.

Un hombre se acerca para protestar. —¡Eh, ahí no se puede aparcar! —Pero una mirada del enorme Igor y el hombre decide de repente que, después de todo, quizá ese sea un buen sitio para aparcar.

Deambulo por el mercado. Igor se queda unos pasos atrás, lo bastante cerca como para que cualquiera que me roce reciba una mirada desagradable. En poco tiempo, la multitud nos rodea como si yo fuera Moisés abriendo el Mar Rojo.

Es un poco inquietante. Pero siempre lo es.

Me detengo en el puesto de una floristería y cojo un ramo de flores en exposición. —Lirios frescos —me explica el tendero con una cálida sonrisa—. Los recogí yo mismo esta mañana.

—Son maravillosos —inspiro profundamente y, al hacerlo, mi barriga ruge.

Bueno, “ruge” no es la palabra adecuada. Más bien revolotea, pero con cierta fuerza. Tardo un segundo en darme cuenta de lo que pasa.

Los bebés están dando patadas.

Me quedo boquiabierta. Miro hacia atrás en busca de Igor, que observa a la multitud con las manos entrelazadas a la espalda. Quiero contarle a alguien lo que acaba de pasar, pero está en alerta máxima. Creo que probablemente me llevaría al hospital por un exceso de precaución.

En lugar de eso, contengo un grito y le doy un billete de cincuenta dólares por las flores. Las meto en el pliegue del codo y me volteo para irme.

Pero, antes de que pueda hacerlo, alguien me agarra del hombro.

—¿Lily?

Ignoro el escalofrío de miedo que me invade al darme cuenta de que reconozco esa voz. Lentamente, me doy la vuelta para ver...

—Leo.

Mi hermano.

El hermano que me dijo que me levantara aquella noche, la noche en que todo cambió para siempre.

El hermano que me condujo desde la seguridad del hogar de mi infancia hasta un viejo almacén donde nuestro padre me entregó en una partida de póquer.

—Estás estupenda, Lilz —comenta.

Me trago el *jódete* en la punta de mi lengua y miro a Igor. Sigue observando atentamente a la multitud, pero en unos segundos se dará vuelta y verá a Leo. Solo Dios sabe lo que hará entonces. ¿Matará a mi hermano en público?

El miedo me quema bajo la piel. —¿Qué quieres, Leo?

—Te echo de menos.

Me río a carcajadas. —Es la primera vez.

Pone los ojos en blanco, como solía hacer siempre que yo expresaba un ápice de emoción o independencia. —¿Puedo hablar contigo?

—¿Qué quieres? —Los leopardos no cambian de manchas, y Leo no cambia su personalidad. Hay gato encerrado aquí. Quiere algo.

Suspira. —Tienes razón en estar enfadada conmigo. Soy un imbécil. Y lo siento, Lily. Quise decir eso durante mucho tiempo.

—Y ahora lo has hecho.

Empiezo a darme la vuelta, pero él me detiene de nuevo. Igor todavía no se ha girado. En cualquier momento...

Miro la mano de Leo sobre mis antebrazos.

—Lilz... Tienes que perdonarme. Por favor. Nunca te habría hecho daño. Papá me obligó... a llevarte allí. Me obligó a... llevarte —cierra los ojos y respira—. Nunca te habría hecho daño, Lily.

Se me saltan las lágrimas. Mi hermano es un monstruo desde que tengo uso de razón. Pero, igual que con mi padre, no puedo evitar rebuscar entre todo ese horror para encontrar los raros momentos de bondad, como agujas en un pajar.

Leo subiéndome a sus hombros para que pudiera ver por encima de la multitud aquel año en que fuimos a Disney World.

Leo enseñándome a conducir una noche, a pesar de que tenía trece años y apenas llegaba a los pedales.

Leo llevando con cuidado un plato lleno hasta el borde de sopa de pollo con fideos el año que tuve gripe y no podía levantarme de la cama.

No es mucho. Probablemente ni siquiera es suficiente para redimirlo, a la luz de todas las otras cosas horribles que hizo.

Pero, por el amor de Dios, es mi hermano. Estoy perdiendo familia a diestra y siniestra.

¿Puedo permitirme que desaparezca de mi vida como lo hizo mi padre?

Suspiro y cierro los ojos. —Deberías irte, Leo.

—Me gustaría volver a verte. ¿Crees...?

—Leo. Vete.

Asiente, abre la boca como si fuera a decir algo más y luego se lo piensa mejor. Luego se da la vuelta y se funde entre la multitud.

Justo a tiempo, además, porque el barrido de vigilancia de Igor vuelve a cruzarse conmigo justo en ese momento. Debe ver algo en mi cara, porque pregunta—: ¿Todo bien?

Me estremezco y pongo una expresión normal. —Todo genial —le digo—. He comprado unas flores.

Asiente, aparentemente satisfecho. Pero la vocecita de mi cabeza me dice que esto no le gustará a Roman.

ROMAN

—No tengo suficiente personal para manejar tanto territorio. Incluso con los moteros y las bandas, estamos hasta los cojones.

Es la queja de Kaz. No es una queja nueva. Cada vez es más difícil encontrar distribuidores, independientemente del producto que vendan.

Sabía que esto daría dolores de cabeza. Ahora soy el rey de los territorios de otros tres hombres. Arturo Benedetti, Floriano Verratti y Kane Ito me entregaron sus reinos cuando murieron. Soy dueño de casi todo Chicago.

Pero, con las nuevas riquezas, llegan nuevos quebraderos de cabeza.

Miro a Kaz. Su cabeza está inclinada en estrecha conferencia con un par de tipos que no reconozco. Más tarde le preguntaré. Pero, ahora mismo, Kaz es la menor de mis preocupaciones.

—¿Dónde están los hombres de Verratti? ¿Los de Ito?

Misha se encoge de hombros. —Algunos de los hombres de Ito se escondieron. El resto está disperso por la ciudad, escondiéndose como ratas. Los hombres de Verratti están bajo tierra, buscando trabajo, y no encuentran nada porque nadie quiere cruzarse contigo.

Kaz interviene. —Hay rumores, sin embargo. Un nuevo sheriff llega a la ciudad.

—¿Sí? ¿Qué has oído?

—Un nuevo grupo se muda a la décima. Se dice que creen que Ito te hizo parecer débil. Que te salvamos por los pelos.

Mueve las cejas, orgulloso de sí mismo. No sé si es porque ha sido él quien vino a rescatarme, o porque ahora es él quien me da esta información.

De cualquier modo no me gusta una mierda. —¿Salvado por... ti?

Se encoge de hombros, sin apenas molestarse en negarlo. —Esa es la historia. No soy yo quien la cuenta, pero es la historia.

Enfrío la rabia que me quema por dentro. Un arrebato ahora alimentará la mierda y hará que parezca que me importan una mierda los “rumores”, cosa que, para que quede claro, no me importa.

—Encuentra tantos hombres de Ito como puedas, y el resto de Verratti. Pregúntales si quieren venir a trabajar para nosotros —miro alrededor de la habitación—. Los dividiremos entre todos ustedes.

No es una solución ideal. Pero estamos manejando el volumen de cuatro conjuntos con un ejército pensado para uno. Necesitamos sangre fresca, y esta es la forma más fácil de conseguirla.

Echo la silla hacia atrás y me pongo en pie. —Infórmame cuando hayas reforzado tus filas. Quiero volver a la normalidad al final de la semana.

Luego, sin esperar respuesta, salgo a grandes zancadas de la habitación.

La sonrisa de suficiencia de Kaz permanece en mi mente. Se está convirtiendo en un problema. Y los problemas deben ser tratados.

Pero matar a un hermano no es una tarea intrascendente. Aún no ha llegado a ese nivel. Solo sé que Kaz nunca ha sido de los que me cabrean a medias.

Así que no tiene buena pinta.

Cuando entro en el garaje, apago el coche y me siento un momento. Quiero ir a levantar pesas y golpear un saco de boxeo hasta que me sangren los nudillos. Pero, a menos que pretenda hacerlo con un traje de Armani, antes tendré que ir a cambiarme.

Y no quiero encontrarme con Lily todavía. Ella intentará aligerarme. No quiero sentirme más ligero.

Quiero sentirme como un puto asesino imparable.

Pero, antes de que pueda decidir cómo colarme en mi puta casa, se abre la puerta principal y aparece mi mujer al final de la escalera. Debe de haber oído el ruido de mi coche en la entrada.

Corre hacia mí y me recibe cuando salgo del Rolls. Tiene los ojos brillantes y, sin mediar palabra, me coge la mano y se la estrecha contra el vientre.

—¿Qué pasa? —Refunfuño.

—¿Lo sientes?

No siento nada. —Yo...

Hasta que lo hago.

Solo un instante, antes de que desaparezca. Un aleteo. Un pequeño empujón. Levanto la vista hacia ella, con el corazón agrandado y la furia escurriéndose como si nunca hubiera existido. —¿Son... los bebés?

Ella asiente y sonrío. —Sí. Uno de ellos. O los dos.

No soy un hombre débil. Maté y mutilé, conquisté y aplasté. Manejo todo lo que este mundo tiene para arrojarme.

Pero esto me pone de rodillas.

Literalmente. Me hundo en el suelo, dejando que mi maletín caiga a mi lado, y apoyo la frente en el abdomen de Lily.

—Es... increíble —susurro—. Indescriptible.

—Sucedió hoy cuando estaba en el mercado —rebota sobre los dedos de los pies—. Y...

Algo en su voz llama mi atención. Me levanto de nuevo y la miro. —¿Y qué?

—Y vi algo más.

—Tuve un día largo y desprecio los juegos de adivinanzas, Lily. ¿Qué has visto?

Desvía la mirada y se muerde nerviosamente el interior de la mejilla. Susurra algo que no capto.

—¿Qué?

—Vi a Leo —grazna.

Ahí está la furia, burbujeando de nuevo. Después de todo, nunca se fue. —¿Qué? ¿Dónde coño estaba Igor?

—Él estaba allí. Justo a mi lado. Estaba a salvo.

No sé qué es peor: que Igor estuviera allí y Leo llegara a ella de todos modos, o que no estuviera. Pero el hombre tiene mucho que explicar.

—¿Qué carajos?

—Está bien, Roman. No pasó nada.

—¿Te tocó? ¿Te lastimó? ¿Te amenazó?

Apoya una mano en mi antebrazo. —Nada de eso.

—Entonces, ¿qué demonios quería? ¿Cómo se atreve a mostrar su puta cara en mi ciudad...?

—Dijo que sentía lo que había pasado. Que solo hacía lo que mi padre le decía.

—Es una historia probable.

—Le creo —susurra—. Creo.

Suspiro. Mi mujer aún ve lo bueno en la gente. Incluso después de todo lo que sufrió, su propio hermano arrastrándola a la partida de póquer la noche que nos conocimos, mierda, sigue creyendo en el poder de la redención.

Yo, desde luego, no.

Pero no puedo apagar esa luz en ella. Todavía no.

No hasta que tenga que hacerlo.

Así que, por un rato más, dejaré que crea que el imbécil de su hermano es capaz de salvarse. Que merece piedad.

Mi mundo puede ser feo. No hay necesidad de oscurecer el rincón de Lily también.

Así que, en su lugar, sonrío. —¿Alguna vez te conté sobre mi sueño?

Ella frunce el ceño. —¿Qué sueño?

—Después de que me dispararan. Cuando estaba en el hospital, soñé con nuestra familia.

—¿Nuestra familia?

Asiento y le acaricio la mejilla con el dorso de la mano. —Soñé que estábamos en el patio trasero. Los niños tenían unos cinco o seis años. Se llamaban Ayden y Alyssa.

Aún puedo ver la hamaca y las mariposas, los palos de golf y el sol. Todavía escucho a Lily tararear una canción sin palabras.

—Nuestra pequeña es preciosa. Toda tú, sol y luz. Y nuestro niño es como yo. Oscuro y alto. El tipo de hijo del que un hombre está orgulloso.

—Ayden —susurra—. Alyssa —alza los ojos para encontrarse con los míos—. Es perfecto. Te amo, Roman. Nuestros hijos también te van a amar.

Hunde la cabeza en la curva de mi hombro. Me quedo allí y la abrazo, porque no abrazarla más fuerte podría matarme. Porque todavía no estoy preparado para irme.

Porque quiero ver cómo se desarrolla este futuro.

ROMAN

Misha me recoge en la entrada a la mañana siguiente. Subo al coche y bajo el volumen de la música pop que tanto le gusta.

—¿Taylor Swift otra vez?

Mi hermano, un hombre que no tiene reparos en compartir sus placeres culpables con el mundo. Sonríe como un loco. —¿Qué no me gustaría de ella? Canta como un ángel, parece una diosa, tiene casi tanto dinero como tú. Me casaría con ella sin pensarlo.

—Te casarías con el de los Lucky Charms si fuera real y un palmo más alto.

—No me entiendes. Me gustan las tetas. Y un buen culo gordo —se detiene en la autopista.

Tenemos una reunión con los capitanes esta mañana, para que nos informen de los progresos en la localización de los hombres desaparecidos que Ito y Verratti dejaron atrás.

—¿Dónde está Kaz?

Misha se encoge de hombros. —Hoy no quiso venir. Algo le pasa.

—Sí. Soy consciente. Lo solucionará. Siempre lo hace.

—Mm. Esperemos. Es jodidamente miserable estar con él cuando se pone de ese humor.

—Hablando de putos miserables, el hermano de Lily apareció ayer.

Misha se gira para mirarme alarmado. —¿Cómo se lo tomó?

Hago una mueca. —Está lista para dejar lo pasado en el pasado.

—¿Y tú?

—No me fío de ese cabrón.

—No digas más, *sobrat*. Lo investigaré, lo sacaré de donde sea que se esté escondiendo. Me aseguraré de que sepa que es mejor que mantenga la puta cabeza baja si valora su vida.

—Bien. Asegúrate de que recuerda la lección.

Toma la salida del muelle y aparca delante de una de nuestras propiedades. Entro solo. Misha se queda fuera para hacer una llamada y poner en marcha la investigación sobre Leo. Es diligente

cuando lo necesito. Entiende cómo funcionan las cosas por aquí.

Kaz, en cambio, parece que necesita que le recuerden el orden.

De hecho, su voz me llega con la brisa desde la esquina. Me detengo y escucho.

—...Mierda, sí, hombre. El hombre de Ito tenía a la mujer de Roman en una llave de cabeza y yo alineé mi tiro. Lo hice. Ese cabrón cayó como un saco de piedras.

Aprieto los puños. La rabia se apodera de mí. Al doblar la esquina, lo veo entreteniéndolo a un grupo de hombres de rango inferior que se supone que están de guardia. Le doy una palmada en el hombro.

—Discúlpennos, caballeros —digo con frialdad a la pequeña tripulación—. Mi hermano y yo necesitamos tener una pequeña charla.

Se dispersan, dejándome a solas con Kaz.

—¿Qué pasa, hermano?

—Tú. Tú eres lo que pasa.

Sus ojos se abren de par en par ante el veneno de mi tono. —¿Yo? ¿Qué demonios he hecho? — Su indignación sería cómica si no estuviera dispuesto a arrancarle las orejas y dárselas de comer.

—Estoy haciendo todo lo que puedo para que este negocio vuelva a la normalidad.

—¿Y?

—Y necesito que cierres la puta boca y hagas tu trabajo en vez de inventarte fábulas bélicas para entretener a las bases.

—Vete a la mierda, Roman. Te salvé la vida y no hay nada malo en que me lleve el mérito donde es debido —su tono baja hasta convertirse en un gruñido furioso—. ¿Crees que dejaré que tu mujer se lleve el mérito de haber matado a Ito cuando fui yo quien empuñó el arma que le dio tiempo a apuñalarle? No. Que le den. Te salvé la vida. La suya también. Y ahora todo el mundo sabe que estarías muerto si no fuera por mí.

Me obligo a exhalar por las fosas nasales para no estrangularlo en el acto. Hago todo lo posible por practicar la piedad en lo que respecta a Kaz.

Pero se está quedando rápidamente sin cuerda.

—Escúchame, Kaz. Estás socavando mi autoridad y no puedo... no, no lo toleraré, joder.

Cuando avanzo hacia él, retrocede hasta la pared exterior de ladrillo del almacén.

Tiene la inteligencia de parecer aterrorizado por un momento. Me pregunto si habrá captado el mensaje.

Pero entonces sonrío. Me revuelve el estómago y me hierve la sangre. —Te tomas todo demasiado en serio, hermano. Cálmate, ¿vale? Sabes que nunca haría *nada* que te perjudicara.

Lo dice con el sarcasmo justo para molestarme sin que pueda acusarlo de burlarse de mí.

Acusarlo justamente, al menos.

Pero es mi puto imperio. Puedo acusar a cualquiera de cualquier cosa, cuando quiera. Le paso el antebrazo por la garganta y me inclino hacia él para cortarle la respiración. —Estoy harto de esto, Kaz. Estoy harto de tus ojos en blanco, de tus desprecios. ¿Quieres ser el jefe de esta puta familia? Sácame de aquí. Hasta entonces, siéntate, cierra la puta boca y quédate en tu puto carril. ¿Me entiendes?

Sus ojos se entrecierran cuando deberían estar desorbitados. Veo odio en esas frías profundidades azules. Odio hacia *mí*. Viscoso y sin cortar.

—Te entiendo —grazna—. Está bien. Sabes que te cubro las espaldas.

Quizá solía saberlo. Quizá solía creer que no había nadie en el mundo en quien pudiera confiar como Kaz, como Misha, como Igor.

Pero Igor dejó que Leo se acercara a Lily. Kaz mira mi trono como si lo quisiera para él. Misha aún no ha hecho nada, pero las malas noticias siempre vienen de tres en tres, así que ¿quién sabe qué coño puede venir después?

Cada bocado de poder que tomé y cada dólar que gané cambiaron las cosas.

Tengo que andarme con cuidado.

Misha dobla la esquina justo en ese momento, a tiempo para ver mi brazo en la garganta de Kaz. Gruño y lo retiro.

—¿Todo bien? —Pregunta Misha.

Kaz se arregla la ropa. —De puta madre —suelta. Se voltea y entra. Misha me mira. Le devuelvo la mirada sin decir nada. Se encoge de hombros, sabiendo que es mejor no preguntar, y sigue a Kaz.

Yo voy último. Los tres hermanos Sorokin ya no son una familia unida, sino tres hombres con celos secretos, que se filtran como magma bajo la superficie.



LA REUNIÓN TRANSCURRE SIN INCIDENTES. Cada uno de los capitanes y tenientes informa por turno sus progresos. —Muévanse más rápido —ordeno cuando todos terminaron—. Esto no es suficiente.

El coro de *Sí, Jefe* que recibo como respuesta me satisface un poco. Pero hay algo en Kaz, que se sienta en el extremo opuesto de la mesa y me mira con ojos sucios, que no me gusta.

Cuando despido a todos, él es el primero en salir por la puerta.

Miro a Misha cuando se ha ido. —Necesito un favor —murmuro.

—Solo dilo, hermano.

Esa es la lealtad de la que hablo. *Ese* es un hombre que entiende el significado de la lealtad.

—Vigila a Kaz. Algo no va bien.

Misha asiente. —Así será, Roman.

Me hundo en mi asiento y reflexiono. No hay mucho sagrado en mi mundo. Y todo tiene su precio.

Pero considerar la muerte de un hermano me pesa como ninguna otra cosa.

LILY

La lasaña está en el horno y tengo tiempo. Dulce, glorioso tiempo muerto.

Demasiado tiempo, en realidad. O quizás es lo que no tengo: ninguna dirección. Sin objetivos. Sin propósito.

Renuncié a todo eso cuando me convertí en la esposa de Roman.

Últimamente, estoy empezando a pensar que quizá tanta incertidumbre abierta no sea tan buena. Más que nada porque, cada vez que me encontré sin hacer nada en las últimas semanas, cuando cierro los ojos...

Veo su cara.

Kane Ito.

Veo esos ojos inyectados en sangre, conmocionados y abiertos de par en par, mientras la vida se le escapa y gotea sobre mi mano. Su sangre caliente manchando mi pálida piel. El sonido del último aliento escapando de sus pulmones en un horrible jadeo...

Me sacudo la imagen y apoyo las manos en el borde de la encimera. No puedo pensar en eso. Es una madriguera en la que no puedo caer.

En algún momento tendré que afrontarlo. Pero hoy no es ese día.

Necesito una distracción. Algo, cualquier cosa. Mis ojos revolotean por el mostrador hacia la pila de correo que las asistentas dejaron para revisar.

Lo cojo y lo hojeo. La mayor parte es para Roman, pero algo grueso cae del montón con un golpe y se abre justo delante de mí.

Es un folleto del Chicago College of Performing Arts. Su programa vocal en particular. ***¡Buscamos nuevos aspirantes!*** grita el titular en negrita. ***¿Quieres ser uno?***

—No —susurro amargamente—, no quiero.

No solo porque soy la esposa de Roman, o porque soy la madre de sus hijos no nacidos, y por lo tanto necesito estar encerrada en la habitación más alta de la torre más alta de su castillo a todas horas no sea que me pase algo malo.

Sino también porque no hay vuelta atrás a la vida que una vez pensé que tendría.

Hay demasiada sangre en mis manos ahora.

El olor a ajo, tomates y hierbas me devuelve al presente. Mi estómago gruñe y siento otro pequeño temblor por las patadas felices de Ayden y Allyah.

—La lasaña aún no está lista, chiquillos —les digo amablemente—. Tendrán que conformarse con dulces.

Busco en el fondo de la despensa mi provisión secreta de maldad azucarada. Lo llevo al mostrador, me desplomo en un taburete y pico uno.

Dieciocho semanas hasta que nuestra familia de dos miembros se duplique. Vuelvo a coger el folleto de Chicago. Se me ocurre que dieciocho semanas serían suficientes para cursar un semestre antes de que lleguen los niños...

Uno de los bebés vuelve a dar patadas. Miro hacia abajo y acaricio la curva de mi estómago. —Tomo nota, pequeño.

No debería estar soñando despierta así. La escuela no es nada comparado con lo que tengo ahora: una vida con un hombre que me ama y sus bebés creciendo dentro mío, sanos y seguros. Es un error por mi parte querer más. Pensar que tengo derecho a más. Egoísta, de verdad.

Sin embargo, saberlo y ser capaz de controlar esos sentimientos son dos cosas distintas.

Detrás de mí, se abre la puerta del garaje y entra Roman. —Hola, preciosa —me besa y posa su mano en mi barriga. Los niños patean en respuesta y él se ríe —activos hoy, ¿eh?

—Extremadamente. ¿Qué tal el día?

Mientras él se quita la chaqueta y se arremanga los puños de la camisa, yo vuelvo a meter sutilmente el folleto de la universidad bajo la pila de correo.

—Bien.

—Eso es vago.

—Ya lo hablamos, Lily —dice con una mueca—. Los detalles no son importantes —su mirada se desliza hasta mi mano, que sigue jugueteando con la esquina de uno de los sobres—. ¿Qué tienes ahí?

—Yo... ¿qué? Nada —pero el rubor me delata.

Tira del correo hacia sí y lo hojea rápido. Cuando llega al final y ve el folleto, levanta los ojos para mirar los míos. —¿Me lo explicas?

—No es nada —tartamudeo como una estúpida—. Solo un folleto tonto. Le eché un vistazo, eso es todo.

Hojea el programa. Sus labios se mueven en silencio.

—En realidad no es nada —insisto—. Podemos tirarlo.

Me mira de nuevo. —No parece que no signifique nada para ti.

—Yo... Bueno, tal vez no.

—Dejaste esto —adivina—. Cuando yo... Por mí.

—Sí —siempre sabe lo que me pasa por la cabeza. Está al borde de lo espeluznante, pero me ahorra tener que encontrar las palabras yo misma cuando son frustrantemente esquivas—. Solo... me pregunto, supongo. Cómo habría sido.

—Es natural que te lo preguntes, Lily —cruza la encimera y toma mi mano entre las suyas—. Pero no tienes que renunciar a nada cuando estás conmigo. Puedes tenerlo todo. Quiero que lo tengas todo.

—Roman, esto es la *escuela*. Es un gran compromiso. Y estoy embarazada, y tenemos esta nueva casa, y tienes todas estas cosas sucediendo con la Bratva, y...

Hace un gesto con la mano para interrumpirme. —Así que contratamos niñeras. Traemos personal extra. Te conseguimos un tutor.

Exhalo. —¿Lo dices en serio?

Los ojos de Roman brillan como el ónice. —Si lo quieres es tuyo, Lily. ¿Quieres ir a la universidad? Entonces, yo también quiero que vayas.

Se me derrite el corazón. —Lo dices en serio. Yo... no sé qué decir.

—Di que no te limitarás —responde de inmediato—. Di que no dejarás que nada ni nadie te detenga nunca —me señala la barriga—. Nuestros hijos necesitan ese ejemplo.

Asiento tímidamente. —Te amo, Roman.

Solo guiña un ojo. —Yo también te amo. Ahora, ¿es lasaña lo que huelo?

LILY

Roman ya está vestido cuando me despierto a la mañana siguiente. Ni siquiera lo escuché salir de la cama, pero ahí está, duchado y trajeado, con corbata y todo.

Me siento y observo. Como probablemente no estaré despierta cuando llegue a casa, es la única vez que le veré. Quiero bebérmelo.

—¿Qué harás hoy? —Me pregunta cuando me ve despierta.

—No lo sé —me encojo de hombros—. Estaba pensando que, si trabajas hasta tarde, puedo pasar por la oficina y llevarte la cena.

Parezco patética. Hasta yo quiero abofetearme.

Se acerca a un lado de la cama. Antes de que hable, sé que la respuesta es no.

—Sabes que quiero verte, *kiska*. Pero no quiero que vengas a mi oficina. No es seguro para ti.

No respondo. En realidad, no hay nada que decir. La palabra de Roman es ley cuando se trata de esto. Cuando se trata de todo, en realidad. La negociación no está en su vocabulario.

Se inclina y me besa, suave y bajito. Cuando se aparta, puedo ver todas las manchas azules de sus ojos tormentosos.

—En un par de días más, estaré más en casa. Te cansarás de mí enseguida —sonríe y me acaricia la mejilla. Luego, se levanta y se arregla la chaqueta.

—Sí, sí, sí —murmuro con amargura—. Quizá ya estoy cansada de ti.

No muerde el anzuelo. —Estoy haciendo todo esto ahora, preparándolo todo, para que cuando lleguen los bebés pueda estar más en casa.

Suspiro porque hay tanta sinceridad en su voz, incluso nostalgia, que tengo que creerle. —Solo te echo de menos. Eso es todo.

—Te echo tanto de menos que anoche te vi dormir.

—Espeluznante.

Él asiente y se ríe. —Lo sé, pero eres tan guapa que no puedo dejar de mirarte.

—Todavía un poco espeluznante. Pero lo dejaré pasar porque eres lindo.

Sonríe, pero no dura mucho. Cuando se desvanece, dice—: Tengo que irme. Nos vemos esta noche.

Sé que es un jefe Bratva.

Sé que los hombres viven y mueren en función de su capacidad para hacer bien su trabajo.

Pero saber eso no hace que sea más fácil verlo partir.

Me siento en la cama y cojo el teléfono para navegar un rato por las redes sociales. Al cabo de unos minutos, un mensaje de Roman aparece en la pantalla.

Igor está conmigo hoy. Te llevará Grisha si necesitas salir de casa.

Le respondo con un pulgar hacia arriba, suspiro y me visto. Si paso otro día encerrada aquí, me volveré loca. En realidad, no hay nada que tenga que hacer o buscar. Solo quiero salir.

Le mando un mensaje a Grisha para que prepare el coche. Justo cuando estoy a punto de cerrar el mensaje, veo algo en la parte inferior de mi bandeja de entrada.

Es un mensaje de Leo. No es reciente. Es de antes de que todo cambiara, en realidad.

Hace casi un año. ***Baja la puta música*** dice, lo que me hace reír.

Cosas como el temperamento de Leo solían importar tanto entonces. Era todo mi mundo. Eso y el favor de mi padre, la indiferencia de mi madre.

Una parte de mí casi... ¿lo echa de menos? No, eso no puede estar bien. Odiaba a mi familia. Quería alejarme tanto, tanto. Quizá lo que extraño es lo anterior a eso. Los días en que era demasiado joven e ingenua para saber lo corrupto que era el mundo en el que nació.

Quizá lo que echo de menos es mi inocencia.

Antes de que pueda pensarlo dos veces, estoy enviando un mensaje de texto a Leo. ***Nos vemos en Alfredo's. En veinte minutos.***

Pulso enviar y guardo el teléfono apresuradamente.



—ESPERA EN EL COCHE, ¿vale? —le digo a Grisha.

—Eh... —frunce el ceño.

—Igor lo hace todo el tiempo —miento—. A veces me gusta almorzar sola.

—Sra. Lily, no estoy seguro de que deba...

—Es una orden —le digo—. No desobedecerías a la mujer del jefe, ¿verdad?

—No, señora. No, claro que no. Esperaré aquí.

Parece incómodo, pero me conformo con que se quede quieto mientras entro.

Siguiendo mis instrucciones, Leo está esperando en un reservado de la esquina trasera del restaurante italiano con un menú sobre la cara. Me acerco y me siento frente a él.

Baja el menú y me mira. Su rostro está pálido y demacrado.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste, Leo? Parece que no viste el sol en semanas.

Agita una mano desdeñosa. —No sé. No importa.

—¿Qué has estado haciendo?

Se encoge de hombros. —Un poco de esto. Un poco de aquello.

—Enigmático.

Vuelve a encogerse de hombros y se queda en silencio. Un momento después, suelta—: Mamá te echa de menos.

Repito con rostro incrédulo. —¿Mamá?

—Sí —se burla—. ¿Quién crees que la cuidó desde que murió papá?

Aprieto los dientes. —No quiero hablar de mamá, Leo.

Dejó que mi padre se saliera con la suya. Me dejó caminar hacia el altar el día de mi boda, con lágrimas horrorizadas manchando mis mejillas. No puedo perdonar su ceguera.

Echo de menos a la mujer que una vez creí que era. No la que realmente resultó ser.

—Ella dijo que dirías eso.

—Leo...

—Yo solo... joder, no sé, Lily. Llámala. Le conté de los niños y está en la puta luna.

Hago una mueca. —Ojalá no hubieras hecho eso.

—Ella es tu mamá, Lilz.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que se preocupa por ti.

Me río. —Todas las pruebas apuntan a lo contrario.

—Solo digo...

—Dije que no, Leo. Déjalo así.

Aprieta tanto la mandíbula que un músculo empieza a tener espasmos. Reconozco los signos de su mal genio.

Siempre fue así. Primero la mandíbula apretada, luego los ojos tormentosos, luego el arrebato, o la bofetada, o la maldición.

Pero, para mi sorpresa, nada de eso ocurre. Su rostro se suaviza como si nada hubiera pasado. Asiente, sonríe y dice—: Sí, quizá tengas razón. Mamá construyó su camino. Puede seguirlo tranquilamente.

Si no hubiera estado observando atentamente, no habría captado el rabioso destello de oscuridad en sus ojos. Pero disminuye tan rápida y silenciosamente como apareció.

Me estremezco.

Llega la orden y comemos en silencio. Solo probé unos pocos bocados antes de que se me revuelva el estómago y decida que ya no tengo hambre. Leo devora su comida y la mía como si no fuera a probar bocado en mucho tiempo.

Cuando terminamos, el camarero deja la cuenta en el extremo de la mesa. Leo la mira con recelo.

—¿Pasa algo? —Pregunto.

—Me preguntaba... si podrías prestarme unos dólares.

—¿Ahora eres de los que ruegan? —Suelto antes de poder contenerme.

Es cruel, incluso para la historia entre nosotros. Y Leo siempre ha sido orgulloso.

Pero, de nuevo, la mandíbula se aprieta y luego se desenchaja sin el arrebato normal de rabia. Es inquietante.

Saco mi cartera y entrego todo el dinero que tengo. —Toma esto y vete antes de que te vean los hombres de Roman.

—Tu marido masacró a nuestro padre como a un perro en la calle, Lily —lo dice con voz tranquila, mesurada, totalmente normal.

Frunzo el ceño. —Tenía una buena razón...

—Y ahora se está apoderando de Chicago. Los hombres de papá, sus negocios. No me queda nada, Lily. Ni siquiera puedo ayudar a mamá a hacer la compra.

—¿Volvemos a hablar de mamá otra vez? ¿Mamá, que me dijo que me aguantara y fuera una buena esposa cuando acudí a ella asustada? ¿Mamá, que ni siquiera me miró a los ojos cuando le rogué que me salvara? No, ella tiene lo que se merece, Leo. Y tú también. También papá.

Sueno fría.

Sueno imperiosa.

Sueno como Roman.

Cierro los ojos para no tener que mirar los fragmentos de lo que una vez fue mi inocente vida. Esto es un error. No debería haberlo llamado, no debería haberme permitido esta estúpida fantasía de reconciliación.

—Te di tu dinero. Ahora vete, Leo.

Siento que sus ojos se detienen en mí un momento más, pero mantengo los míos cerrados. Luego

suspira, se levanta y desaparece. Me obligo a contar hasta cien antes de echar un vistazo al restaurante.

Cuando lo hago, se ha ido.

Grisha se vuelve para mirarme a través del parabrisas cuando vuelvo a salir. —¿Quiere pasar a ver a Roman? —Me pregunta.

Sacudo la cabeza. —No. Solo llévame a casa, por favor.

Ya tuve bastante por hoy.

ROMAN

Lily entra por la puerta cuando mis hermanos, mi padre y yo estamos terminando una reunión en el comedor.

—Oh —dice, deteniéndose en el arco—. No sabía que iban a venir tus hermanos, Roman.

—Sí, bueno, estamos aquí —dice Kaz—. ¡Sorpresa!

Mi padre levanta la copa. —Buenas noches, Lily —dice.

Lo miro como durante toda la noche. Parece un puto esqueleto. Su piel es pálida y cuelga suelta de sus huesos.

Lily inclina la cabeza con cortesía, pero su rostro es una máscara impasible. —Si me disculpan —dice, sin molestarse en ofrecer una justificación. Se gira y se va.

Padre frunce el ceño y tose en su pañuelo. Está limpio cuando lo retira, pero he visto sangre en él más de una vez en los últimos días. Se está desvaneciendo rápidamente.

—¿Cómo te encuentras? —Le pregunto.

Se encoge de hombros. —Esprintando hacia la meta.

—Mierda, papá —dice Misha. Me mira—. Lleva haciendo esto toda la semana. Piensa que es jodidamente gracioso.

—Oh, créeme, me estoy partiendo de risa —gruño con cara seria.

—No seas tan estirado —me regaña mi padre.

—Pero sus chistes encajan con la decoración —cacarea Kaz—. Este lugar parece mitad mausoleo, mitad casa de hermandad. ¿Quién es tu diseñador?

—Ten cuidado, *sobrat*.

Se encoge de hombros, pero sus ojos brillan. Me está poniendo a prueba. Aunque tendrá que esforzarse más para atraer mi ira.

Bebe su vaso y se levanta con un chirrido de su silla. Se relame los labios y anuncia—: Voy a buscar el baño de niños. No me esperen —y se marcha sin esperar respuesta.

Nos quedamos un rato sentados en un silencio sepulcral. Dos dedos de whisky después, Lily asoma la cabeza por la puerta.

—Roman —dice—, ¿podemos hablar?

Frunzo el ceño. Algo en su voz no suena bien.

Me levanto y voy a reunirme con ella en el estudio. —¿Qué está pasando? —se hurga en el lecho de las uñas y se mueve inquieta en su sitio.

—Lily —digo bruscamente—, ¿qué está pasando?

—No sé exactamente por qué, pero, cuando salí de nuestro baño, Kaz estaba en nuestra habitación.

—¿Haciendo qué?

—Solo... de pie.

Internamente, frunzo el ceño. Pero Lily pasó noche tras noche aterrorizada por su vida. Puede que mi hermano pronto se convierta en un problema del que haya que ocuparse, pero por ahora quiero que se sienta segura en su propia casa, sin su propio cuñado acechando en sus pesadillas y temores como un fantasma.

Así que, interiormente, tomo nota para hacer un seguimiento de esto. Pero exteriormente hago como si no tuviera sentido.

—Seguro que no es nada —descarto.

—Roman, está en nuestra habitación con la puerta cerrada. ¿Cómo es que...?

—He dicho que no es nada.

Mi tono áspero deprime su rostro. Pero prefiero que esté enfadada a que tenga miedo.

Esto es por su propio bien, aunque ella no lo sepa.

Kaz, por supuesto, elige ese momento para bajar las escaleras.

—Uh, oh —dice al ver nuestras expresiones faciales aceradas—. ¿Problemas en el paraíso? ¿Los tortolitos ya no están tan enamorados?

—Estamos bien —digo—. Vuelve al comedor.

Arquea una ceja y se queda un momento más antes de marcharse. Ha estado haciendo demasiado de eso, bailando al borde de la desobediencia. Pensé que nuestro encuentro del otro día fuera del almacén lo haría entrar en razón. Parece que me equivoqué.

Quizá tenga que sacarle sangre para recordarle el orden jerárquico.

Me giro para reunirme con mi familia, pero Lily me coge del brazo. Parece nerviosa de nuevo, incluso más que hace un momento.

—Roman...

—¿Qué pasa? —gruño. Ahora mismo estoy perdiendo la paciencia con todo el puto mundo.

—No importa. No es nada. Olvídalo.

—Lily, dime.

—Vi... Vi a mi hermano hoy.

Al instante, se me ponen los pelos de punta. —¿Leo? ¿Otra vez? ¿Cómo te ha encontrado? ¿Cómo te encontró? Voy a hacer que Misha destripe a ese hijo de...

—¡No, no, no! No es así —sisea ella—. Fui yo quien lo llamé.

Mi ira se enfría hasta convertirse en roca. —¿Lo llamaste? —Pregunto con frialdad.

Ella asiente. —No quería decírtelo, pero no podía... no podía ocultártelo. No me gusta mentirte.

—Ya veo.

Se le saltan las lágrimas. —Es que... echo de menos a mi familia, Roman. Esa gente sentada ahí no es mi familia. Joder, incluso mi familia verdadera ya no es mi familia. Me vendieron como ganado. Me abandonaron. Nunca los perdonaré por eso. Yo... ni siquiera sé lo que estoy diciendo. Todo esto es tan estúpido.

Las lágrimas se desatan y resbalan por sus mejillas. —Lo mataré por lastimarte, Lily. Lo...

Sacude la cabeza, demasiado ahogada para decir mucho durante unas largas respiraciones.

Finalmente, inspira temblorosa y dice—: No lo entiendes. Lo odio. Lo que hizo. Lo que hace. Solo vino a sacarme dinero. Estoy de luto por algo que nunca tuve. No sé por qué me duele tanto.

El dolor en sus ojos me duele tanto como a ella.

Se da vuelta y empieza a correr hacia el baño. Le agarro la muñeca y la detengo en seco. Tiene la cara manchada de lágrimas, pero no me mira.

—Lily, yo...

—Por favor, suéltame, Roman —susurra con una voz tan rota que le doy lo que quiere—. Creo que me gustaría estar sola un rato.

Le suelto la muñeca. Y, sin mirar atrás, entra en el baño y cierra la puerta tras de sí.

ROMAN

No puedo dormir, maldita sea.

Mi familia se fue hace horas. Mis dos hermanos se fueron con miradas extrañas. Mi padre puso cara de valiente, pero el calvario de la vida como Sorokin lo agotó. Todos sabemos que no le queda mucho tiempo.

Pero eso no es lo que me molesta. Lily no me dijo ni una palabra desde nuestra dura conversación. Tampoco hizo contacto visual.

Está acurrucada de lado, de espaldas a mí, respirando como si quisiera hacerme creer que está dormida. Pero sé que no es así.

Y ella lo nota. Se da vuelta, aún mirando al techo en vez de a mí, y dice—: Quiero ver a mi hermano.

—¿El hermano que intentó secuestrarte? ¿El hermano que salió de la nada y te buscó solo para poder mendigar las sobras?

—Eso no es justo.

—La vida no es jodidamente justa.

Se apoya en el codo. —Estoy empezando a pensar... —se interrumpe.

—¿Empezando a pensar *qué*? —suelto—. Anda. Dilo.

—Empiezo a pensar que no quieres que tenga una familia —su voz vacila. Sus ojos se llenan de lágrimas—. Tú puedes tener una, pero se supone que yo debo cortar la mía.

—Tu familia te abandonó como cobardes, Lily.

—¿Crees que no lo sé? —Grita de repente, más alto de lo que esperaba—. ¿No crees que me duele? Los odio por eso. Los odio por tantas cosas. Pero, por mucho que intente olvidarlos, no puedo. Mi padre está muerto. Mi madre es prácticamente un fantasma. ¿No vale la pena intentar salvar a Leo mientras pueda?

Suspiro. —Bien. Si quieres llamar a Leo, llámalo. Invítalo a cenar.

Parpadea sorprendida y niega con la cabeza. —No. No lo quiero aquí. No en nuestra casa.

—No vamos a encontrarnos con él en público —gruño—. Quiero tener el control de la situación. Si intenta ponerte una mano encima...

—No lo hará. Definitivamente no lo hará.

Vuelvo a suspirar. —Eres demasiado confiada.

—Puede que sí —admite— ¿Pero lo harás? ¿Solo por mí?

Cierro los ojos y me dejo caer sobre la almohada. —Por ti, *kiska*, sí.



DOS DÍAS DESPUÉS, nos encaminamos al centro, a un restaurante de mi propiedad. Entrego el coche y dejo caer mi mano sobre la espalda de Lily para guiarla al interior.

—Por aquí, Sr. y Sra. Sorokin —saluda el maître al entrar—. El otro miembro de su grupo ya se sentó.

Lo seguimos hasta la cabina situada en el centro de la sala. Leo se levanta cuando nos acercamos. Parece duchado, pero escuálido. El traje que lleva le queda grande, probablemente porque adelgazó mucho desde la última vez que lo vi.

El exilio puede ser duro para un hombre.

Lily lo abraza, lo que parece sorprenderlo tanto como a mí. No me gusta.

Pero ella necesita esto. Ahora mismo está frágil. La familia es un tema complejo para ella, entre los bebés, nuestro matrimonio y la destrucción total del clan Benedetti. Ella todavía está encontrando su camino a través de las piezas rotas.

Lo que no significa que me alegre especialmente este giro en los acontecimientos. Si de mí dependiera, convertiría a Leo Benedetti en una mancha bajo mi bota.

Eso aún podría pasar. Depende de si el *mudak* se comporta esta noche.

—Estás radiante, Lily —Leo la mira y sonríe tímidamente.

Se ríe entre dientes. —Sí. Tener que orinar cada tres minutos y medio te hace brillar.

—Bueno, a ti te funciona.

Ella florece bajo sus elogios de una forma que nunca vi en ella. Quizá así sea recibir un bocado de bondad de alguien que no te dió más que crueldad durante toda tu vida. Como darle a un hombre abandonado en el desierto su primer trago de agua.

—Gracias, Leo. Estar embarazada es... más duro de lo que parece.

—¿Para ti o para él? —Sonríe mirándome, esperando una risa o una sonrisa o al menos un brillo en mis ojos. No consigue nada de eso.

Lily aprieta mis dedos entre los suyos. —¿Cómo estás, Leo? Te ves... bien.

Eso es mentira y todos lo sabemos, pero nadie reconoce que parece mierda recalentada.

—Me he estado quedando con mamá. Ella está... sola.

Lily sacude la cabeza. —Mamá eligió su camino, Leo. No quiero hablar de eso.

Asiente. —Absolutamente. Debería haberte cubierto las espaldas.

—¿Cómo va todo lo demás? ¿Sales con alguien?

Mis instintos hormiguean peligrosamente. Para ella, es el momento de ponerse al día. Pero para él es otra cosa. Sus ojos delatan sus intenciones.

Este bastardo no está aquí para ponerse al día con su hermana.

Quiere algo.

Pero saber eso significa que puedo protegerla. Puedo advertirle. Puedo asegurarme de que este hijo de puta no vuelva a lastimar a mi mujer.

Sacude la cabeza. —Es difícil. Estoy... ocupado estos días.

Antes de que pueda explicarse, el camarero se acerca al borde de la mesa con menús y una carta de vinos.

También es un buen momento, porque necesito un minuto para pensar qué voy a hacer con esta mierda. Decido esperar. Dejarlo jugar su mano. Lo hará mal, como siempre.

Y luego, haré lo que haya que hacer.

El camarero me ofrece un menú, pero niego con la cabeza. —No tengo hambre.

Mientras Leo y Lily examinan el menú y piden, yo lo observo. Se mueve con cuidado, controlado, como un hombre que teme dejar caer algo que tiene muy cerca del pecho.

También observo a Lily. Habla en voz baja, tan animada y feliz. Quizá esto signifique para ella más de lo que yo creía.

Quizá rompí algo en su espíritu cuando la saqué de su mundo y la arrastré al mío.

—...Así que estuve pensando en esta... oportunidad —lo escucho decir.

Y aquí está. Su momento de la verdad.

—¿Oportunidad? —Lily sonríe y ladea la cabeza, ajena al hecho de que está a punto de romperle el corazón.

—Sí. Ahora mismo estoy plantando los cimientos, por eso te llamé primero. No quiero dejar entrar a cualquiera. Pero, si prefieres no enterarte...

—No, no, sigue.

—Quizá no debería. Veo que tu marido está... cerrado a mis ideas.

Sonríó suavemente cuando ambos me miran. —Vamos, Leo —ronroneo.

—¿Sabes qué? —Dice en vez de continuar—. No arruinemos la cena con negocios. ¿Por qué no envío los detalles a la casa más tarde?.

Veo a través de este hijo de puta. Está dejando de vender porque, con Lily claramente a bordo desde el principio, ¿qué más necesitaba?

Siento que la importancia de ese momento pasa de largo. Para eso vino y, a partir de ahí, todo es intrascendente. El resto de la cena son Lily y Leo hablando, recordando.

Permanezco en silencio todo el tiempo. Cavilando y preguntándome qué estará planeando ese cabrón.

Después de cenar, metemos a Leo en un taxi y lo enviamos de vuelta. Mientras esperamos a que el aparcacoches nos traiga el auto, Lily pasa su brazo por el mío y apoya la cabeza en mi hombro.

—Gracias por no golpear a mi hermano en la cara.

—Es lo menos que podía hacer —digo.

—Sé lo difícil que es para ti. Él es... difícil. Pero él es casi todo lo que me queda, Roman. Quiero luchar por él. Por su... alma, supongo.

—Necesito que me prometas algo, Lily.

Me mira. —Cualquier cosa.

—No te quedes a solas con él, ¿vale? Solo lo ves si Igor o yo estamos contigo.

Se pone rígida y se separa de mí. —Las cosas van bien. ¿Por qué dices algo así?

—Porque es peligroso. Porque solo vino esta noche buscando algo. Y, cuando lo rechace, se enfadará.

Y es volátil. No se sabe si intentará desquitarse con ella o no. Pero no estoy dispuesto a correr el riesgo.

—¿En serio? ¿Ni siquiera mirarás su propuesta?

—Lily, sé que le quieres y que no ves lo que yo veo, pero no te lo estoy pidiendo.

—Sí. De acuerdo. Lo que tú digas, Jefe.

—No te lo estoy pidiendo, Lily —repito—. Te lo estoy diciendo. Si ves a tu hermano, me llevas a mí o llevas a Igor. Pero no vas sola. ¿Está claro?

El coche llega antes de que pueda contestar. Se dirige a la puerta, la abre de golpe y la cierra de un portazo.

Frunzo el ceño, la sigo y abro la puerta de un tirón. Agachado, la cojo por los hombros y la miro directamente a los ojos. Los ojos que me cautivaron desde el principio.

—Lily, escúchame. Si algo te pasara, no podría sobrevivir. Ni siquiera soporto pensar en ello. Solo... mierda, solo prométeme que no lo verás a solas.

Hay una larga pausa mientras sopesa mis palabras, todavía luchadora y desafiante.

Luego, se ablanda y pone su mano sobre la mía. —De acuerdo. Te lo prometo.

LILY

—Estoy embarazada de cuatro meses. ¿No debería ser capaz de salir de eventos sociales como este?

Roman pone los ojos en blanco. —¿Crees que quiero ir a escuchar a estas putas cabras antiguas murmurar sobre los buenos tiempos? —Sale del armario y levanta un par de corbatas—. ¿Roja o azul?

Sacudo la cabeza y señalo detrás de él. —Ninguna de los dos. Esa.

Mira hacia donde señalo y arranca una seductora corbata de seda gris del estante giratorio del vestidor.

—Buena elección —comenta.

—Conozco a mi hombre. Por eso sé que no te molestan las cabras antiguas tanto como dices. Te admiran, lo sabes.

Vuelve a poner los ojos en blanco y se burla—: Como si me importara. Ellos son el ayer. Yo soy hoy y mañana. *Nosotros* somos el mañana.

Sonriendo, lo agarro por los bíceps y lo atraigo hacia mí. —Me encanta cuando hablas así —susurro—. Di más.

Roman me hace girar para que ambos estemos frente al enorme espejo de bordes dorados que ocupa toda una pared de nuestro dormitorio. Su mano se desliza hasta la abertura de mi bata y roza la parte interior de mi muslo.

Con sus labios rozándome el lóbulo de la oreja, retumba—: ¿Quieres más? Te daré más. Somos el rey y la reina de un imperio que dirige toda la ciudad de Chicago, *moya zhená*. Miles de hombres te admiran como a una diosa viviente, y a mí como a un dios. Somos ricos. Somos poderosos. Somos imparables.

Me estremezco con cada palabra susurrada. Su mano sube más y más. No me doy cuenta de que me estoy separando para él hasta que me acaricia la humedad con un dedo.

Sin apartar los ojos de los míos en nuestro reflejo, se lo lleva a la boca y chupa mi sabor.

—Mírate, *Kiska* —dice—. Eres un puto ángel. Y sabes como el mismísimo cielo.

Me da otro tierno y diminuto beso en la piel detrás de la oreja. Luego se separa de mí.

Me hundo en la silla del tocador, sobre todo porque me tiemblan las piernas, como siempre que Roman me habla y me toca así.

Veó cómo se encoge de hombros y se pone la chaqueta. Va todo de negro, guapísimo y peligroso. Yo llevaré un vestido de embarazada largo hasta el suelo, rosa empolvado y con unos tacones altísimos que luego pagaré.

Cuando recupero la compostura, me ayuda a ponerme el vestido y me sube la cremallera por detrás.

—¿Lista? —Pregunta.

Sin contar que estoy más mojada que nunca, entonces sí, lista. Le sonrío. —Vámonos.

Al pasar junto a él, agarro su corbata y dejo que se deslice entre mis dedos. —Voy a traerte aquí más tarde y voy a follarte hasta que ninguno de los dos pueda ver bien.

—No dejes que tu boca firme cheques que tu cuerpo no puede pagar —se ríe.

Le guiño un ojo por encima del hombro. —Puedes llevarte este cheque al banco, Roman Sorokin.



HACEMOS la ronda en la gala. Toda la sala parece orientarse a nuestro alrededor. Vayamos donde vayamos, la atención nos sigue.

Roman tenía razón: realmente somos imparables. —Sergei Bleshkin. Esta es mi esposa, Lily Sorokin.

El mafioso en cuestión parece de ciento once años. Tiene una rubia con el coeficiente intelectual de un oso hormiguero y una copa de sostén casi al final del abecedario colgando del brazo.

Suelta una risita y tiende la mano. —Soy Sissy.

—Encantada de conocerte —digo secamente—. Disfruta de la fiesta.

Seguimos adelante, con otra pareja, y otra, y otra, hasta que me siento como si hubiera estrechado mil manos y olvidado un millón de nombres. Roman se aparta un momento para hablar con un hombre que no conozco y me deja con un grupo de esposas de mafiosos.

—...Lily, estás guapísima —me dice una mujer morena. Lleva un vestido plateado con lentejuelas y una barriga prominente como la mía.

Otra mujer interviene—: ¿Y de dónde has sacado ese collar? —Gwen creo que se llama.

La pequeñita a la izquierda de Gwen. Lisa, si no recuerdo mal, va ataviada con un vestido amarillo canario y parece a punto de soltar a su bebé cualquier día de estos. —Tienes que decirnos quién te peina.

—¿Han encontrado ya un médico que les guste? Vamos por el cuarto. No puedo...

Desconecto el sonido de las gallinas durante un rato buscando a Roman entre la multitud. Al principio no lo encuentro.

Entonces, ahí está. Escondido entre las sombras, con el ceño fruncido. Me pregunto qué estará pasando.

—¿Y tú, Lily? —Dice Gwen de repente. Todas las miradas se vuelven hacia mí.

—Lo siento —digo sonrojada—, ¿y yo qué?

—¿Todavía te gusta ir de compras?

—Oh, yo, uh...

—Yo ya no lo soporto. Ahora me traen todo a casa. Estoy harta de esas vendedoras que me miran por encima del hombro como si fuera una esposa trofeo cazafortunas.

—Uf, sé exactamente a qué te refieres —coincide Lisa—. Pero nunca te lo dirían a la cara.

—¿Arriesgar una comisión del tamaño de la que ingresan hombres como nuestros maridos? —Gwen se burla—. Ni en un millón de años —se ríe y bebe un trago de su agua con gas—. Dios, echo de menos el champán.

Noto que Lisa parece repentinamente furiosa viendo algo por encima de mi hombro.

—¿Va todo bien? —Le pregunto.

Con los dientes apretados, señala con una uña manicurada a una mujer al otro lado de la gala y sisea—: Mi marido sale con esa zorra —todas nos giramos para mirarla—. ¿Acabas de verla ponerle la mano en el culo?

La mujer en cuestión lleva el pelo rojo fuego y un vestido tan ceñido que una respiración profunda podría desencadenar un fallo de vestuario.

—Tranquila, cariño, no pasa nada —dice la mujer de plateado, Isabelle, así se llama, mientras abraza a Lisa. Las dos me miran y sonríen—. Bienvenida al club.

—Cuando no estamos embarazadas, nos compadecemos con almuerzos de martini los martes. Lo llamamos club de lectura —dice Gwen—. Aunque, por mi vida, no recuerdo la última vez que alguna de nosotras trajo un libro.

—Ahora mismo todo son ensaladas y proteínas, pero, en cuanto salgan estos bebés, cambiaremos al tequila y a unos nachos tan llenos de queso que necesitaremos palas para comer —Lisa se ríe. Luego alza la barbilla—. Y entonces, quizá pueda decirle a Boris que debería hacer que su pelirroja le dé sus tangas para ponérselas y azotarlo con la correa de su bolso Gucci, así yo no tengo que hacerlo más —se lleva las manos a las mejillas melodramáticamente, como si acabara de soltar un secreto sin querer—. ¡Ups!

Las mujeres cacarean como hienas. Es mucha información para una nueva amiga como yo. El marido en cuestión, Boris, pesa fácilmente ciento veinte kilos más que su mujer, incluso con el peso del embarazo. Aparto la mirada antes de que mi mente empiece a evocar imágenes

indeseadas de él en tanga.

—Una regla sobre el club de lectura —susurra Gwen—. No hablamos de ello con nuestros maridos.

—Bien —digo torpemente—. Entendido. Como el *Club de la Pelea*.

Afortunadamente, Roman regresa de su reunión clandestina en ese momento y me lleva. —¿Haciendo nuevas amigas? —Pregunta mientras vamos a la mesa del comedor donde está a punto de servirse la comida.

—Algo así.

En mi cabeza, sin embargo, lo miro a él y los miro a ellos y me pregunto qué se siente al ser tan miserable. Odiar a tu marido.

Una vez lo hice. Las cosas cambiaron. La idea de que vuelvan a ser como antes me revuelve el estómago.

No dejaré que eso ocurra.



ME SIENTO JUNTO a Roman durante la cena. De golpe no tengo tanta hambre, así que me limito a picotear y a sonreír cada vez que alguien parece hablar en mi dirección.

—¿Todo bien? —Me murmura Roman durante una pausa en la conversación.

—Estoy bien. Voy a ir al baño.

Me levanto, salgo al silencioso pasillo y voy al baño. Me estoy lavando las manos cuando se abre la puerta de un retrete y sale la pelirroja que se acuesta con el marido de Lisa.

Se sienta en el lavamanos junto al mío. —No creo que nos hayan presentado —suelta de repente.

Me giro hacia ella, suspiro e intento no poner los ojos en blanco. Su escote es realmente bajo.

—Soy Jen —añade.

—Lily.

—Sé lo que todos piensan de mí, por cierto. Lo que tus *amigas* piensan de mí.

—¿Te sorprende? Le estás tocando el culo delante de ella —no tengo que especificar los pronombres para que ella sepa de quién y de qué estoy hablando.

—¿A quién diablos le importa? No están enamorados. Nunca lo estuvieron. Pero yo lo amo. Lo he hecho desde que éramos niños.

—Entonces ¿por qué no eres tú la que está casada con él?

—Porque ella llegó en una nube de juventud y belleza y le hizo girar la cabeza — resopla herida —. De todos modos, no quiero que pienses que soy una roba maridos.

—¿No es así?

—Un marido —aclara, como si fuera un número aceptable—. Un hombre. Solo quiero que sepas que no soy tan mala como probablemente te están diciendo.

—Cierto. Eres tan mala como realmente eres.

—Hmph. Puedo ver por qué estás con Roman. Un idiota como él necesita una zorra como tú —entonces, se da la vuelta y sale a zancadas antes de que pueda replicar.

Cuando vuelvo a la mesa, no le cuento a nadie lo que pasó. En lugar de eso, me siento al lado de mi marido y sonrío como si lo adorara. Es fácil porque es verdad.

Roman se levanta y alza su copa. Todos los demás lo siguen. —Quiero agradecerles a todos por unirse a nosotros esta noche para ayudar a mi bella esposa y a mí a celebrar nuestro matrimonio y los bebés que tendremos pronto. He oído que los bebés requieren un poco de trabajo, así que esta podría ser nuestra última oportunidad de reunirnos todos durante un tiempo.

Una risita recorre la mesa.

—Hace un año, realmente hace seis meses, las cosas eran muy distintas en nuestra ciudad. Pero estamos aquí en los albores de una nueva era. Una era pacífica. Una era provechosa. Así que un brindis: por la felicidad de todos nosotros.

A nuestro alrededor, la gente que adora a mi marido brinda y vitorea. Pero Roman solo tiene ojos para mí. Me mira fijamente al chocar su copa de champán con la mía, y sé una cosa con certeza: me adora como ellos lo adoran a él.

Mi marido jefe de mafia. Deja que Jen intente alejarlo de mí.

No tiene ni una puta oportunidad.



DESPUÉS DE CENAR, los hombres se reúnen en un salón para tomar coñac y fumar puros. Yo charlo con las esposas, que se quedan hasta que empiezan a hacer señas a sus chóferes para irse a casa.

Kaz me encuentra durante un descanso entre despedidas. Se tumba en un sofá del patio y suspira dramáticamente. —Qué noche tan agradable, ¿eh?

—Parecía que te lo estabas pasando bien —lo pillé un par de veces con la mano metida en la falda de su cita, una morena con aspecto de modelo y unas curvas en las que un cirujano plástico trabajó mucho.

Se encoge de hombros. —Es un coño barato.

Me estremezco ante las palabras que elige. No es solo la forma en que lo dice, sino la mirada que lo acompaña. —Bonita forma de hablar de tu cita.

—Ella sabe lo que es —vuelve sus ojos oscuros hacia mí y añade—: ¿Tú sabes lo que eres, Lily?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Oh, no te hagas la tímida. Sabes muy bien lo que significa.

—No, no lo sé. Y no creo que me guste la forma en que me hablas. Creo que a Roman tampoco le gustaría.

Agita una mano desdeñosa. —Lo que el cabrón gruñón no sepa no le hará daño. Él sabe lo que es. Él sabe lo que eres tú, también.

—Parece que tienes algo que te gustaría desahogar, Kaz. ¿Por qué no lo dices?

Le brillan los ojos. —Vaya, gracias por la invitación —inclinándose hacia delante, dice—: Soy once meses mayor que Roman. ¿Lo sabías?

—¿Y?

—Y —balbucea como si yo fuera estúpida—, esta debería ser *mi* casa. Este debería ser *mi* imperio. Tú deberías ser *mi* esposa. Y *eso* —concluye señalando mi vientre hinchado—, debería ser mi semilla dentro tuyo.

Oh, mierda, eso es asqueroso. Quiero vomitar en su asqueroso regazo.

Pero mantengo la compostura.

—Ahora vuelvo —sonrío, me levanto y me voy tan rápido como puedo.

Veo a Roman a través de la puerta abierta del salón. Está envuelto en el humo de un puro y desprende un hermoso aroma.

Me tiemblan las manos. Sinceramente, no puedo creer lo que acaba de pasar. Que alguien, y mucho menos el propio hermano de Roman, se atreva a hablarme así. Quiero enterrarme en el abrazo de Roman y dejar que me acaricie para que se me pase el miedo.

Pero antes de que pueda hacerlo, una mano sale serpenteando del cuarto de baño justo cuando paso por delante y me atrae hacia el interior.

Entro a trompicones. Me sorprende levantar la cabeza y ver a Nataliya haciéndome una mueca. Me sorprende aún más que cierre la puerta con seguro.

—Nataliya —tartamudeo—. ¿Qué estás...?

—Escuché lo que te dijo Kaz —baja la voz—. Ten cuidado con él.

Esto es lo último que esperaba, por decir lo menos. —¿Por qué?

—Kaz siempre fue... Bueno, digamos que puede ser agresivo cuando quiere algo.

—¿Qué quiere exactamente?

—Quiere todo lo que Roman tiene.

No dice nada más. Abre la puerta y sale.

No puedo volver ahí fuera con mi corazón martilleando contra el esternón con una fuerza

dolorosa. Roman echará un vistazo, insistirá en que le cuente e iniciará una guerra impía en cuanto se entere.

Hemos tenido mucha guerra estos últimos meses.

No quiero que mi bebé nazca en un baño de sangre familiar.

Así que reviso mi plan de correr hacia él buscando consuelo. Será mejor calmarme primero, controlar mis emociones.

Me miro al espejo. —Puedes con esto —le digo a mi reflejo—. Tú puedes. Tú puedes. Tú puedes.

Lo que no puedo hacer es esconderme en el baño el resto de la noche, por muy tentador que suene.

Antes de terminar de recomponerme, mi teléfono empieza a vibrar en mi bolso.

Lo saco y veo quién me llama.

Leo.

Respiro hondo. —Hola, Leo —fuerzo la felicidad en mi voz—. Qué agradable sorpresa.

—La única sorpresa es que por fin respondes a mi puto llamado. Me has estado evitando.

—No. Estoy fuera de la ciudad.

—¿En serio? Hay varios coches en tu entrada.

Bueno, joder. Atrapada en una mentira. Y solo puede significar una cosa: nos vigila.

Eso no me gusta. Ni un poco.

Trago saliva para contener mi aprensión, pero él continúa—: Solo quiero reunirme con mi hermanita. ¿Hay algún problema con eso?

—Solo creo que será mejor si... Tendré que ver cuando Roman esté libre.

Le hice una promesa. Solo Dios sabe lo que podría pasar si falto a mi palabra. —Deja al aburrido en casa, Lils. No me importa verlo a él. Solo a ti.

—No creo que le guste eso.

—Realmente te lavó el cerebro, ¿no es así, niña estúpida? —Gruñe Leo. Ahí está. El Leo que recuerdo de toda una vida de abuso.

—Yo... —no tengo oportunidad de contestar antes de que cuelgue el teléfono.

Todavía no procesé eso cuando treinta segundos después un mensaje llega a mi bandeja de entrada. Estoy media tentada de borrarlo sin leer lo que Leo haya escrito, pero lo abro a pesar de mis reservas.

Lamento ser un idiota. Por supuesto que lo entiendo. Pero aún así me gustaría que nos reuniéramos cuando puedas.

Exhalo temblorosamente y respondo—: ***Te llamaré, pero es tu última oportunidad. Una vez más y he terminado contigo.***

Una más.

Una oportunidad más para mantener el último puente que me queda hacia mi antigua vida.

Si lo arruina... quemaré ese puente hasta los cimientos.

ROMAN

La noche está a punto de terminar. Se han tratado asuntos, se han bebido copas, se ha recordado a los hombres de esta ciudad quién manda.

Yo.

Estoy a punto de dar por terminada la reunión cuando Joe Manetti se levanta y alza su copa. — Esta reunión ha sido muy productiva.

Suspiro. Es un grandilocuente hijo de puta, siempre proclamando y brindando por una mierda que a nadie le importa un carajo. Todo es espectáculo y todo el mundo lo sabe. Controlo sus negocios, sus ingresos y, si quisiera, podría dictarle las noches que tiene permiso para follarle a su mujer. Pero ni siquiera merece mi irritación, así que me recuesto y lo dejo que siga parlotteando.

—Por Roman Sorokin. Y por la prosperidad para todos nosotros, junto con la estabilidad y la paz.

Sergio Danese se inclina hacia mí y bromea—: Paz o un par de hermanos que lleguen justo a tiempo para salvar el día, ¿no?

Respiro lenta y largamente antes de volverme hacia él. Y, cuando lo hago, me aseguro de que pueda ver el fuego infernal en mis ojos.

—¿Qué coño me acabas de decir, Danese?

Lo digo más alto de lo que pretendía. Mi padre y dos de los antiguos jefes sentados cerca me miran.

Pero Danese es un imbécil. No reconoce lo cerca que está de la muerte.

—Hace un año —le dice a Manetti—. Roman Sorokin te habría pateado el culo primero y nunca habría hecho preguntas. Tienes suerte de que el matrimonio le haya ablandado.

Estoy a dos segundos de desenfundar la Glock que llevo en la cadera y acabar con cada una de estas patéticas sanguijuelas.

Estos bastardos cuestionan mi habilidad, mi determinación, mi liderazgo. He matado por mucho menos.

De nuevo, sin embargo, me obligo a respirar. Una vez que lo hago, me doy cuenta de que no merecen mi ira ni mi violencia. No se merecen nada de mí.

Así que, en vez de eso, digo—: No me molesto en luchar contra hombres inferiores.

—¡No estés tan triste, Roman! —Cacarea Danese—. Nos pasa a todos cuando nos casamos. Todos perdemos algo de huevos.

—No he perdido una mierda —me levanto y voy a abrir la puerta—. Hemos terminado aquí. Pueden dirigirse a la salida.

Vibro de rabia cuando los jefes salen a trompicones del salón. Nadie se atreve a decir una palabra.

Mi padre se acerca a mí cuando se fueron.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —Pregunta en voz baja.

Suspiro. No hay explicación que pueda dar. Perdí los nervios estúpidamente, innecesariamente. ¿Por qué? ¿Porque un idiota hizo una broma estúpida?

Desde fuera, mi vida es impecable. Hermosa esposa. Bebés en camino. Más dinero del que puedo gastar. Una red impenetrable de negocios y poder.

Pero, en este momento, lo cambiaría todo por paz. Por tranquilidad dentro de mi cabeza. Por una forma de prescindir de la ira.

—Nada —le digo bruscamente a mi padre— Ni una puta cosa.

Lo dejo atrás y subo al dormitorio. Lily está tumbada con un libro de paternidad sobre el pecho y los ojos cerrados. Tan jodidamente tranquila y hermosa.

Solo quiero tumbarme a su lado y abrazarla, fingir que somos personas normales y que el mundo no está haciendo cola en la puerta para arrebatarlos todo lo que tenemos.

Como si no fuera a tener que enfrentarme a realidades de las que no quiero ser parte.

Como si siempre estuviera de acuerdo con las decisiones que tengo que tomar por nuestra familia.

—Hola —murmura sin abrir los ojos.

—¿Te desperté?

—Sí. Pero está bien. Me gusta cuando me despiertas —ella entreabre un ojo—. A veces tienes mejores métodos que otros.

Dios, es tan joven y pura. Ha sido quemada por la vida en formas de las que he tratado de protegerla y en formas en las que he tomado parte.

De alguna manera, mantiene su inocencia a lo largo de todo esto.

—¿Te divertiste esta noche?

—Estuvo... bien —me mira—. ¿Cómo fue tu reunión?

—Estuvo bien.

—¿Lograste algo?

—Lo suficiente.

Se aclara la garganta y mira hacia abajo, pero no antes de que la oscuridad cubra sus ojos

Frunzo el ceño. —Lily, ¿estás bien?

—Sí. Por supuesto —pero reconozco su voz de *estoy mintiendo, por favor, haz que te diga la verdad*.

—Lily.

Suspira y se pasa una mano por la cara. —Tu madre me acorraló en el baño. Fue bastante dulce, en realidad, de una manera extraña a lo Nataliya. Pero... —otro suspiro, luego silencio.

—¿Qué ha dicho ahora?

—Ella... me advirtió.

—¿Sobre qué?

Lily arruga la nariz como si le doliera. —Sobre... Kaz. Dice que debería tener cuidado porque él siempre quiere lo que tú tienes y... tú me tienes a mí. Dice que puede ser... agresivo.

Mi cuerpo se tensa. Me esforcé por darle a mi hermano el beneficio de la duda. Pero nos acercamos a un punto en el que ya no es posible. Mi madre debe haber visto algo para desencadenar esta conversación. De qué se trata, no puedo estar seguro.

Pero voy a averiguarlo.

Y entonces, acabaré con este problema de una vez por todas.

ROMAN

Misha y yo miramos por la ventanilla del coche la actividad frente nosotros.

Mis hombres están reuniendo a los rezagados de Verratti esta noche, y cargándolos en furgonetas para transportarlos al último lugar que verán en su vida.

Se hablaba de una rebelión entre lo que queda de sus tropas. Después de esta noche, no se hablará más.

Aunque tenga que cortar todas las lenguas italianas del lugar.

Sigo dándole vueltas a mi otro problema. El que tiene que ver con Lily. Miro a Misha. —¿Has notado algo raro en Kaz últimamente?

Frunce el ceño. —Iba a preguntarte si sabías algo. Está... molesto.

—¿Conmigo?

—Siempre contigo.

—Son celos. Lisa y llanamente.

—Probablemente. Siempre ha estado un poco verde de envidia cuando se trata de ti, *sobrat*.

—¿Ha mencionado algo sobre Lily?

Misha asiente, pero no habla. Sabe que estamos pisando terreno peligroso. —He puesto a Damon a vigilarlo.

—¿Y no pensaste en informarme?

—Estoy informándote ahora.

—Solo porque te pregunté —gruño. Aprieto el pomo de la puerta hasta que se me ponen blancos los nudillos.

—Esto no es cosa mía, Roman. Esto es entre tú y Kaz.

—Responde a una simple pregunta, Misha: ¿es peligroso? ¿Para mi mujer? ¿Para mi puta familia?

Sé la respuesta, pero quiero oírsela decir a él.

Misha suspira. —Como dije, tengo a Damon vigilándolo. Además, Igor está con ella todo el tiempo que tú no estás. Kaz no es lo bastante listo como para hacer nada que requiera un detonador, y no es lo bastante tonto como para pelearse contigo o con Igor. Estoy haciendo todo lo que puedo para mantener a tu familia a salvo, Roman. Todo.

—Haz más.

Suspira. Entonces sus ojos se fijan en algo en la distancia. —Mira —señala por la ventana—. Están listos.

Sigo su dedo y veo a mis hombres arrojando a los últimos matones amordazados y amarrados de Verratti a la parte trasera de los camiones que esperan. Cierran las puertas de golpe, Faddei da la señal y las furgonetas se ponen en marcha.

Otra cuadrilla de hombres prepara el almacén para nuestra llegada. Los seguimos. Cuando llegamos, los hombres de Faddei descargan rápidamente en el almacén a los soldados Verratti, gimientes y ensangrentados.

El hormigón ha sido excavado en el centro para formar una fosa profunda. Mientras observo, los hombres de la Bratva arrastran a los italianos y los ponen de rodillas en el borde de la sima.

Hago un recuento rápido. Treinta almas. Sus vidas en mis manos.

Salgo del todoterreno y me ajusto los gemelos. Llevo un traje de Armani, corbata de Hermes y mocasines de cuero italiano de mil dólares.

Quiero que estos hijos de puta sepan que el ángel de la muerte se ve bien.

Mis hombres apuntan con AR-15 a los pobres bastardos. A su favor, todos y cada uno de los italianos mantienen la cabeza alta, aunque tengan las manos atadas a la espalda.

Me dirijo a uno de los hombres. Tiene más o menos mi edad, un año más, quizá, pelo oscuro, pantalones de traje y corbata.

—¿Sabes quién soy?

—Roman Sorokin —lo dice sin una pizca de acento.

—Entonces sabes que voy a matarte.

Asiente y me mira. Sin miedo. —Sí.

Avanzo por la fila. —¿Cómo te llamas?

Alza la vista. —Antonio Fodero.

—¿Tú también sabes quién soy?

Asiente.

—¿Quieres vivir?

—Sí —pero sus ojos dicen que morirá orgulloso y sin miedo.

Alzo la voz para que todos los hombres puedan oírme. —Si es así, esta noche me jurarán lealtad. Y permitirán que mis hombres los marquen con esta corona —Misha sostiene un trozo de hierro al rojo vivo con el emblema Sorokin—. Para que todos los hombres, mujeres y niños de esta ciudad sepan una cosa: ahora me pertenecen.

Misha camina por la fila. Dos soldados Bratva abren las camisas de cada hombre por turnos. Ninguno de ellos grita mientras Misha les clava la marca en la camisa. El olor a carne quemada llena el aire.

Huele a puta victoria.



VUELVO a casa radiante de buen humor. Una a una, las cosas fueron encajando en la ciudad. Mi imperio se cuadruplicó. Mi familia está a punto de duplicarse.

La vida es como debe ser.

Lily está en el estudio leyendo un libro cuando entro. —Vístete —le digo—. Vamos a salir a celebrarlo.

—¿Celebrar qué?

—Todo —le digo con una sonrisa burlona—. Cada puta cosa.

Media hora más tarde, nos acomodamos en el mejor asiento de la casa en Alinea, un restaurante de alta cocina del Near West Side. Lily no habló mucho desde que salimos de casa, e incluso durante los primeros platos no ofrece más que respuestas de una o dos palabras a mis preguntas.

—¿Qué has hecho hoy?

—Nada.

—¿Nada?

—Sí, nada.

—Suena agotador.

No se ríe.

—Lily.

Tampoco levanta la vista. —Lily.

Finalmente, levanta los ojos para encontrarse con los míos. —¿Sí?

—Háblame.

—¿Sobre qué?

Entorno los ojos hacia ella, hasta que cede con un suspiro. —¿Sabes en qué pensé hoy? —dice en voz baja—. Pensaba que quizá algún día podamos coger a los niños y mudarnos a algún sitio.

Los cuatro solos.

Frunzo el ceño. —Estamos celebrando todas las cosas que tenemos aquí, Lily. En Chicago.

—Lo sé. No me refiero a mañana. Quiero decir... —se muerde el labio inferior—. Más adelante. ¿Nunca piensas en dejarlo todo?

Dejarlo todo. Qué concepto.

Como si la Bratva fuera algo de lo que uno puede alejarse. Como si no estuviera entrelazada en la sangre que corre por mis venas. Como si los hombres que han luchado y muerto en mi nombre no fueran más que víctimas de la guerra y los negocios.

Pero ¿y si realmente fuera tan fácil? ¿Y si me subo a un avión con mi familia y nunca miro atrás? ¿Es eso posible?

Antes de que pueda formular una respuesta coherente, mi teléfono vibra en el bolsillo. Lo había silenciado cuando nos sentamos, así que, que suene ahora significa que uno de mis contactos de emergencia llamó varias veces.

Eso no es bueno.

Lo saco y miro. Misha. —Tengo que atender.

Miro a mi mujer una vez al salir del restaurante. Parece tan frágil y hermosa. Su vientre se redondea con mis hijos.

¿No merecen un refugio seguro en este mundo violento?

Puedo dárselo, si quiero.

Solo me costará todo.

LILY

Roman sale para atender su llamada, dejándome sola con esa súplica sin respuesta flotando en el aire.

Déjalo todo. Llévate solo lo que amas.

No sé si es capaz de hacerlo. Diablos, no sé si es justo pedirlo. Pero tengo que hacerlo.

Porque las palabras de Kaz todavía resuenan en mi oído. *Se suponía que sería mío*, con su dedo pinchando mi barriga de embarazada.

En este mundo, el mundo de Roman, el mundo en el que nací, nadie tiene derecho a la seguridad. Solo se obtiene lo que se toma y solo se tiene lo que se puede conservar. Cada hombre, mujer y niño que vive en él es como una rata escarbando en la alcantarilla.

No quiero esa vida para mí.

Y, lo que es más importante, no quiero esa vida para mis hijos.

—¡Lily! —Se oye una voz detrás de mí. Me giro y veo a Genevieve, una de las mujeres que conocí en la gala de la otra noche, apoyada contra la pared con una mano sobre su propia barriga.

—¡Oh, hola, Gen! —Me apresuro a decir, borrando mi única lágrima e intentando que mi voz suene normal—. ¿Qué haces aquí?

—Paolo me trajo para cenar —explica. Señala con un pulgar detrás de ella hacia una mesa a la vuelta de la esquina—. Es mi última aventura antes de que nazcan los niños. Obviamente, he ido al baño como media docena de veces desde que nos sentamos hace veinte minutos. No puedo esperar a que estos pequeños sean autosuficientes.

—Puede que te queden algunos años hasta que eso ocurra.

Se ríe con simpatía. —Dímelo a mí. Poco a poco, ¿no?

—Poco a poco.

Genevieve mira a su alrededor. —¿Comes sola? ¿O está ese hombre tuyo merodeando por aquí?

—Salió para atender una llamada.

—Negocios como siempre —suspira—. Paolo es igual.

Se me ocurre algo y, antes de decidir si es buena idea decirlo en voz alta, me encuentro diciéndolo. —¿Alguna vez te has preguntado...

—¿Qué cosa, cariño?

Suspiro. Pero ya estoy a mitad de camino. Más vale escupir el resto. —¿Alguna vez te preguntas de qué hablan en todas esas llamadas, en todas esas reuniones? ¿Alguna vez has querido que sea total y completamente honesto contigo?

Para mi sorpresa, Genevieve se ríe.

Se ríe de nuevo. —Oh, cariño. Es mejor que no nos cuenten esas cosas. No saber es más fácil. Créeme.

—¿Pero no te molestan los secretos? Las trasnochadas y las cosas que se supone que no debemos preguntar.

Sangre en la camisa.

Suciedad en los zapatos.

Un coche que huele a formol y a muerte.

—Dios, no. Quiero poder dormir por la noche —tiene mucha alma detrás de esos ojos más azules que el mar.

—¿Así que nunca te lo preguntas?

Ella niega con la cabeza. —Quiero a Paolo y quiero que siga siendo así. Saber lo que hace o deja de hacer cuando yo no estoy no me ayudará a dormir mejor ni a quererlo más. Se trata del hombre que es. Pero...

—Pero ¿qué? —Presiono con impaciencia.

Su rostro se suaviza y se mira el vientre. —Puede que antes me lo preguntara. De hecho, cuando estaba embarazada del primero, pensé que moriría por no saberlo. Así que... lo seguí. No estaba ni a diez manzanas de casa cuando me metí en un lío con los hombres de Floriano Verratti. Paolo casi muere salvándome —exhala despacio—. Lo empujaron de la azotea de un edificio.

—Oh, Dios —vi a mi marido herido de bala y sangrando. Conozco ese dolor.

—Es una vida dura, amar a un hombre peligroso. Un consejo: no busques respuestas si no quieres saberlas. Puede hacerte daño.

Asiento. Entiendo lo que dice, aunque no me haga del todo feliz. Es como si estuviera oscilando entre dos estados de ánimo diferentes desde el momento en que acepté por primera vez en la isla que tal vez sentía algo por Roman.

Por un lado, sé lo que es. Lo que hace. Y sé que eso no se puede cambiar, porque está tallado en piedra y su alma está dedicada a la Bratva desde el día en que nació.

Pero, por otro lado, no puedo evitar albergar la esperanza, una esperanza estúpida, quizá, o ingenua como mínimo, de que esté dispuesto a cambiar por mí.

Así que, cuando le pregunto si alguna vez se plantearía dejarlo todo atrás, no es una pregunta sobre la Bratva. La verdad es que no.

Es una pregunta sobre *nosotros*.

¿Me ama? ¿*Puede* amarme?

Gen sonrío y aplaude. —¿Ya eligieron nombres? Solo quiero decir que Genevieve es un nombre estupendo para una niña. Pueden acortarlo o dejarlo largo. Solo lo digo.

Parlotea un minuto, pero la ignoro hasta que vuelve Roman.

—Los dejo a solas —dice Gen—. ¡Disfruten de la cena! —Se aleja por la esquina.

Miro a Roman. Por un instante, juro que veo un destello de preocupación en sus ojos. Pero desaparece antes de que pueda estar segura.

—¿Todo bien? —Le pregunto. Esperando más allá de la esperanza que me lo diga de una vez. Que me incluya. Que me respete.

—Bien —responde Roman secamente—. Todo está bien.

Lo único que quiero es decirle lo que pienso.

Podría ser, querido. Todo podría ser.

Si simplemente huyéramos y nunca miráramos atrás.

ROMAN

Una parte de mi cerebro dice que Misha no habría llamado si no estuviera preocupado.

La otra responde que no parecía preocupado cuando me llamó para decirme que Kaz estaba deseando ir por los Yakuza restantes, como habíamos hecho con los hombres de Verratti.

Al parecer, Kaz estuvo vigilándolos por su cuenta durante los dos últimos días.

Vigilando sus idas y venidas, sus últimos y débiles intentos de proteger la pequeña porción de territorio Yakuza que les queda.

Me pregunto si está tratando de ganarse mi favor de nuevo para reparar el daño hecho en los últimos meses. Quizá demasiado tarde, pero es mi hermano.

¿No se merece una última oportunidad?

Misha terminó la llamada prometiéndome que él mismo investigaría la situación, y que solo seguirían adelante si parecía viable.

—Vuelve a tu cena, hermano —me tranquilizó—. Disfruta de tu mujer. Yo me encargo.

Miro a Lily, las palabras de Misha resuenan en mi oído. No parece estar de humor para disfrutar. Líneas de preocupación entreabren su boca y sus ojos perdieron su brillo.

—¿Pasa algo?

—Bien —se burla amargamente—. Todo está bien.

Los camareros vienen con el siguiente plato antes de que pueda profundizar. Ella sonríe mientras le explican el plato y les da las gracias amablemente.

Pero es falso como el infierno. Todo desde que volví de hablar con Misha es una actuación.

Sin embargo, no es de las que se guardan las cosas por mucho tiempo. Tarde o temprano, va a explotar...

—No quiero que nuestro hijo crezca y se haga cargo de todo esto, Roman —suelta de golpe.

—¿Todo qué?

Agita los brazos sobre su cabeza. —¡Esto! Todo. Los negocios, la ciudad, la Bratva. No quiero

que abandone a su mujer para atender llamadas secretas. No quiero que entre por la puerta de atrás para que sus hijos no le vean cubierto de sangre. No quiero eso para ellos, Roman. Y tampoco lo quiero para mí. No es justo.

—Creciste en esto, Lily. Sabes lo que es. Sabes quién soy. Y sabes lo que mi hijo debe ser. Ha sido así durante generaciones.

—¡Putas generaciones! —grita. Me coge la mano con las dos suyas. Sus ojos brillan desesperados—. Deja que Kaz lo tenga, Roman. Deja que *su* mujer se preocupe de que sus hijos mueran antes de tiempo. Deja que sufra como yo cada vez que sales por la puerta.

—Lily.

Ella levanta la mano. —No. Lo digo en serio. ¿Sabes lo que me hace cuando te vas de casa? No me extraña que tu madre actúe como lo hace. Se pasó toda su vida adulta muerta de miedo de perder a uno de sus hijos o a tu padre.

—Esta es la vida en la que te casaste.

—Creo que *casarme* es una descripción generosa, ¿no crees? —Menea la cabeza y exhala con pesar—. Lo siento. Eso fue una mierda.

Toda la verdad no haría mucho por hacerla sentir mejor, pero no puedo soportar sus lágrimas. Me levanto y me agacho frente a ella para cogerle las manos y besar sus nudillos.

—Lily, siempre haré todo lo que esté en mi mano por nuestra familia. Tú eres mi vida. Mi mundo. Y me lo tomo muy en serio —cierto, cierto y cierto. Sin embargo, aquí viene mi mentira—. Si tenemos que dejar todo esto atrás para estar a salvo, lo haremos.

—¿Lo harías?

—Haré cualquier cosa por ti, *moya zhen*.

Retira la mano y me acaricia la mejilla. —Te amo.

—Bien. Ahora, ¿quieres postre?

—No. Vamos a casa.

Cuando vuelvo a mirarla, el cansancio salta a la vista en sus ojos entrecerrados. Esta conversación lleva arrastrándola solo Dios sabe cuánto tiempo. ¿Días? ¿Semanas? ¿meses? ¿Desde el principio?

No puedo arreglar esto como ella quiere. No es así como funciona nuestro mundo.

Pero puedo llevarla a casa y demostrarle lo mucho que la amo. —Vale. Vámonos.

Camina a mi lado hasta el coche y se detiene para volverse hacia mí cuando le abro la puerta. Su dedo se desliza bajo la corbata de seda que llevo.

—Me encanta nuestra vida, Roman —hace una pausa y se pasa una mano por el vientre—. Quiero que estén seguros en ella. No quiero...

—Siempre mantendré a salvo a nuestra familia.

—¿Y qué hay de ti? ¿Quién te va a mantener a salvo?

—Lo haré yo mismo.

—Quiero a alguien que te mantenga a salvo *de* ti mismo, Roman.

Antes de que pueda descifrar lo que quiere decir con eso, mi teléfono vuelve a zumbiar. —¿Qué?

—Contesto enfadado—. Seguro que esto puede esperar hasta...

—Tienes que venir, Roman. Es un jodido baño de sangre. Estamos en un puto problema —entonces, la línea se corta.

Mierda. Me giro hacia Lily. —Quédate aquí —ordeno—. Igor llegará en siete minutos.

—¿A dónde vas?

—Tengo que... encargarme de algo.

Sin embargo, Lily no es tonta. Y nuestra conversación de hace unos minutos demuestra que se está cansando de mis excusas. Nos está forzando a una encrucijada.

Mi familia sigue un camino.

Mi Bratva sigue por el otro.

Solo puedo elegir uno.

—Lily, sé que estás molesta, pero no sé en qué me estoy metiendo esta noche.

—¿Se supone que eso me hace sentir mejor?

—No. Es solo la verdad.

Antes de que pueda decirle lo mucho que necesito que confíe en que volveré a casa con ella, me aprieta la mano. —No puedo soportar la idea de perderte.

—No me perderás.

—Roman, te vi desangrándote.

Sonrío. —Pero sigo aquí.

—Eres igual de exasperante, también.

—Pero sigo aquí.

No puedo ceder, por mucho que quiera darle todo lo que desea. Esta es nuestra vida y quizá algún día no lo sea, pero ahora lo es y no puedo hacer nada para cambiarlo.

Entonces, sin nada más que decir, me meto en el coche y salgo.

Misha mencionó en la primera llamada que Kaz había identificado un lugar cerca del extremo norte de los muelles donde se escondían los últimos Yakuza rebeldes con un alijo de armas. Me dirijo hacia allí tan rápido como puedo. El sonido de disparos apagados a unos cientos de metros de distancia me hace arder la sangre.

Cuando llego, me bajo y voy al maletero. Detrás del falso panel, guardo un alijo de los míos. Meto dos .45 en mis fundas y me cuelgo un AR al hombro.

Entonces, salgo corriendo hacia el peligro.

En el otro extremo de un almacén anodino sobre el agua, encuentro a Misha inmovilizado detrás de un contenedor. Las balas rebotan en el metal.

—¿Qué coño ha pasado? —Gruño—. ¿No dijiste que esto era seguro?

—¿Cómo coño íbamos a saber que estos cabrones iban a luchar hasta la puta muerte? —cambia el cargador de su AK-47 militar y habla con una voz más aguda que lo normal.

Los cadáveres de mis hombres yacen en el suelo delante y detrás de los coches que trajeron para cubrirse. Me revuelve el puto estómago.

Mis hombres murieron por una incursión que ni siquiera necesitábamos.

Tengo que poner fin a esta mierda. No puedo volar el edificio. No sin llamar una atención que no necesito ahora.

En vez de eso, me paro, camino alrededor del contenedor y disparo. Disparo. Disparo. Si se mueve y no es uno de los míos, cae.

Siguiéndome, Misha sube para flanquearme por la izquierda. Más hombres de Bratva se unen a nosotros mientras atravesamos las defensas Yakuza.

Hasta que, finalmente, las balas dejan de venir en nuestra dirección. Bajo mi arma y miro a Misha. —Encuentra a cualquiera que quede. Acaba con esto.

Asiente y se lleva a un puñado de hombres dentro mientras yo busco a Kaz. Si no está muerto, podría matarlo yo mismo.

No tarda mucho. Uno o dos minutos después de que Misha entre en el almacén para terminar la limpieza, Kaz aparece cojeando por la esquina con el pantalón manchado de sangre.

—¿Qué coño, Kaz? —Le siseo en la cara—. ¡Mira esto!

—No me hables así, mierda. He estado fuera haciendo *tu* trabajo mientras tú estabas en casa follando a tu mujercita —me empuja—. Los hombres de Ito son nuestros ahora.

—¿Qué hombres? ¿Qué putos hombres y a qué maldito costo? Los que están ahí muertos son los *nuestros* —le meto las dos manos en la camisa y le doy un tirón—. ¡Mira!

En cambio, el insolente hijo de puta me mira fijamente. —Todo lo que veo es victoria —murmura.

—¡Buenos hombres murieron por tu puto ego! ¿Eres jodidamente feliz, Kaz?

A medida que las palabras salen de mis labios, se vuelve obvio para mí que eso es todo lo que es. Toda esta redada es sobre *él*.

Kaz quiere sentir que es él quien manda. Siempre se trató de eso.

—Vete a la mierda —me escupe. Se aparta de mí. Entonces, moviéndose más rápido de lo que hubiera creído posible dada la cantidad de sangre que empapa sus pantalones, desenvaina un cuchillo y me lo clava en la garganta.

Retrocedo en el último momento. La punta del cuchillo se clava en la piel justo por encima de mi clavícula y la desgarrar. Pero es mejor que rebanarme la tráquea.

Dejo que mi impulso me lleve hasta una rodilla. Mientras descendo, desenfundo una pistola, le apunto y aprieto el gatillo.

CLIC.

Me quedé sin balas.

—Te enviaré al infierno donde perteneces, cabrón engreído —gime Kaz. Su pecho sube y baja con respiraciones furiosas—. Entonces, tomaré lo que siempre ha sido para mí.

—Madura. No tienes las pelotas ni el cerebro para vivir mi vida o hacer este trabajo.

—Si hiciera falta cerebro, no lo estarías haciendo tú.

Antes de que pueda encontrar una nueva arma y terminar lo que hay que terminar, Misha aparece entre nosotros, dispuesto a morir si uno de los dos dispara.

—Baja el cuchillo, Kaz.

—¿Lo has elegido, maldición? ¿Después de toda la mierda que nos ha hecho pasar?

—No estoy eligiendo nada. Estoy parando esto. Eso es todo.

Kaz no dice nada más. No tiene por qué. Todo está en sus ojos: el odio. El conocimiento de que esta lucha acabará ocurriendo.

Un día no muy lejano, uno de nosotros morirá. Y el otro será el responsable. Es la única manera.

—Esto no ha terminado, Roman.

Pero, mientras dice eso, deja caer el cuchillo de su mano y se aleja.

Una vez que Kaz desaparece en la noche, Misha suelta un suspiro y se vuelve hacia mí. —Estoy deseando ver la foto familiar de Navidad de este año —suspira.

Dejo caer la pistola inútil y sacudo la cabeza. —Vamos a limpiar este desastre.

Asiente y saca el móvil para pedir refuerzos. No podemos dejar el solar y el almacén llenos de cadáveres y necesitaremos el amparo de la noche para manejarlo.

Será una noche larga.

LILY

Igor llega unos minutos después de que Roman me dejara de pie en la acera con el fantasma de su beso en los labios. Ese miedo familiar me araña el vientre.

Me pregunto si ese beso será el último.

—¿Señora? —Igor mantiene abierta la puerta del todoterreno blindado. Grisha salta del asiento delantero y se coloca en medio de la carretera con la pistola amortillada. Los ojos de ambos hombres recorren la calle vacía. No aparece ninguna amenaza, pero eso no les impedirá mirar. Nada lo hará.

—Ya voy —suspiro. Cojo la mano de Igor para subir al asiento trasero.

Se pone al volante, Grisha vuelve a subirse en el asiento del copiloto y nos adentramos en la noche.

La ciudad pasa silbando por la ventana. Chicago. Mi hogar. Durante mucho tiempo no lo sentí así. Era solo un lugar que odiaba, un lugar que me hacía daño, un lugar que planeaba abandonar en cuanto pudiera.

Últimamente, sin embargo, empecé a amarlo por lo que es. Por lo que me ha dado.

En cierto modo, eso es peor. Porque perder algo que odias es liberador. Perder algo que amas es una muerte en sí misma.

Bajo un poco la ventanilla para respirar el aire. No es que huela especialmente bien, al fin y al cabo es una ciudad, así que el olor del lugar es neutro en el mejor de los casos. Pero es familiar. Sano, de una manera extraña.

Tengo un vívido recuerdo de cómo olía la noche de la partida de póquer. *Eau du Chicago*, lo llamaba. El perfume de las calles.

Todos llegamos muy lejos desde entonces.

—¿Igor?

—¿Sí, Lily?

—¿Podemos parar un momento?

He visto algo al otro lado de mi ventana: un parque a una docena de manzanas de mi antigua casa, donde solía jugar cuando era pequeña. A veces me llevaban papá o mamá, a veces Leo, cuando conseguía que dejara de ser un idiota el tiempo suficiente. Quienquiera que fuera, lo engatusaba para que me empujara en el columpio.

—¡Más alto! —Gritaba cada vez—. ¡Quiero ir más alto!

Como que, si bombeaba mis piernas y empujaban lo suficiente, despegaría hacia el cielo y nunca tendría que volver.

—¿Aquí?

—Solo un minuto —prometo—. Mira, está vacío. Y hace una noche preciosa. Solo quiero estirar las piernas un segundo.

—Lily...

—Y me mareo en el coche —miento de repente—. No es bueno para los bebés.

Igor frunce el ceño, pero veo que gané. Entra en el aparcamiento del pequeño parque y apaga el motor. Alza la barbilla hacia el terreno. Grisha entiende la orden silenciosa y sale antes que nosotros para barrer la zona rápidamente.

Vuelve uno o dos minutos después. —Todo despejado, señor.

Igor vuelve a suspirar. —Muy bien.

Salgo del coche y empiezo a andar. Mentía sobre las náuseas, pero no mentía sobre las ganas de estirar las piernas. Tengo una sensación de nerviosismo y calambres cada vez que Roman se escapa por la noche. Como si se me erizara la piel y mis músculos estuvieran desgastados. Me siento bien vagando sin rumbo.

Paso junto a los columpios, estirando la mano para tocar las cadenas. Aquí no cambió nada. Los mismos columpios. La misma torre para trepar. El mismo balancín, las mismas astillas, el mismo sabor en el aire.

¿Y cuando una mano sale disparada de los setos para taparme la boca? Eso también se siente igual.

Porque todo esto ya ocurrió antes.

Igor y Grisha solo tardan un momento en oír mi grito ahogado y descienden sobre nosotros con las armas desenfundadas y los ojos llameantes. Pero, en ese momento, Leo consigue clavarme una pistola en la sien. Tiembla como si tuviera un ataque.

Grisha se acerca, con el arma en ristre. —Vamos, *mudak*. Si le haces daño, tengo que matarte. Lo sabes. Y no hay forma de que te escapes con ella.

—Púdrete, colega —escupe Leo—. Esta es mi hermana. Y tiene obligaciones conmigo. Con nuestra puta familia.

Me arrastra unos pasos más mientras yo forcejeo, pero me rodea el pecho con el brazo. El miedo y el dolor me están quitando la fuerza del cuerpo. —Leo, por favor.

—Voy a venderte, como debería haber hecho papá. Todos esos años de la princesa Lily finalmente van a dar sus frutos para mí y mamá. ¿Vales algo para el ruso? Bien. Él puede comprarte de nuevo.

—Leo, tú...

Aparta la pistola de mi frente para presionarla contra mi vientre. —¿Quieres que mueran, puta? ¿Quieres que tus bebés mueran?

Sacudo la cabeza. —¡No, no, por favor! Dios, Leo, por favor.

La voz de Igor atraviesa el caos. —Déjala ir y podrás vivir. Da un paso más y eres un hijo de puta muerto.

Todo lo que ocurre a continuación es muy rápido.

Reaccionando por instinto ciego, pateo un tacón detrás de mí y conecto con la ingle de Leo.

Ruge de dolor y arremete igual de ciego. La culata de su pistola me golpea de lleno en mi vientre de embarazada. Duro, despiadado, devastador.

Grito y me doblo.

Igor y Grisha descargan. Una bala tras otra hace pedazos a mi hermano mientras yo caigo al suelo, llorando y gritando.

La historia de mi hermano acaba de terminar, tan brutal y viciosamente como siempre estuvo destinado a hacerlo.

Espero en Dios que la historia de mis bebés todavía tenga la oportunidad de empezar.

LILY

Igor se precipita hacia mí. —Ven. Deja que te ayude —me coge en brazos y me ayuda a arrastrarme hasta el coche. Me duele todo el cuerpo, como si algo fuera muy mal. Intento por todos los medios que no cunda el pánico.

—Tengo que llamarlo, Lily.

Sacudo la cabeza. —¡No! No. Déjame asegurarme primero de que lo necesitamos. Si es así, puedes llamar. Pero, si estoy bien, ya tiene bastante de qué preocuparse. No puedo ser otra cosa en su lista.

Igor suspira. —No te lo pediré una tercera vez. Pero Lily...

—No. Así es como lo quiero, Igor. No seré una víctima.

Asiente con la cabeza. —Pensé que dirías eso. Eres tan fuerte como él, Lily Sorokin.

En otras circunstancias, podría sonreír ante el raro cumplido del estoico hombre. Pero ahora solo puedo hacer una mueca y concentrarme en mi respiración.

—Llévame al médico.

Nos dirigimos rápidamente al hospital más cercano. Grisha corre a buscar una silla de ruedas e Igor insiste en que me siente en ella para que puedan empujarme hasta el edificio. Cuando estamos dentro, coge del brazo al médico que pasa más cerca, lo arrastra hasta que se detiene y me señala.

—Ayúdala —gruñe—. Ahora.

El médico es lo suficientemente listo como para hacer lo que se le dice.

Los cuatro subimos a la quinta planta. —Revísala —ordena el médico a la enfermera que está detrás del mostrador—. Voy a preparar una sala de reconocimiento.

La enfermera asiente y se acerca a hacerme preguntas sobre lo ocurrido. Mientras tanto, Igor y Grisha merodean por los pasillos sin descanso.

Explico con voz dolorida y entrecortada que un desconocido me atracó y me golpeó en el abdomen. La enfermera hace una mueca de compasión.

—¿Él...?

—¿Sarah? —Llega la voz del médico. Su cabeza asoma desde una sala de reconocimiento a mitad de uno de los pasillos—. ¿Podría venir un momento, por favor? Trae a la paciente.

—Enseguida vamos, doctor.

Me mira. —¿Lista?

—Lista.

Me lleva por el pasillo. Igor y Grisha empiezan a seguirla, pero ella los detiene. —Esta parte es solo para la paciente. Por su intimidad. Por favor, esperen detrás de la puerta.

No les gusta, pero, para mi sorpresa, escuchan y se colocan a ambos lados de la puerta de la sala de reconocimiento.

La enfermera me empuja a la habitación. El médico, de pie, cierra la puerta tras nosotros y echa el pestillo. Lo miro.

Su rostro es una máscara de lágrimas. —Lo siento —gimotea—. Deberías haber huido.

Miro horrorizada a mi alrededor y veo a otras dos enfermeras atadas y ensangrentadas en el suelo. Antes de darme cuenta, una mano me tapa la boca por segunda vez en una hora y me levantan bruscamente de la silla.

Siento un dolor punzante en la base del cuello.

No recuerdo qué pasa después.



CUANDO RECUPERO EL CONOCIMIENTO, estoy amordazada, con las manos atadas a la espalda, montada en la parte trasera de una furgoneta, aunque solo Dios sabe cómo he llegado hasta aquí. Intento que no cunda el pánico mientras pienso en Igor y Grisha. ¿Estarán vivos? ¿Se los habrá llevado también quien me secuestró?

Siento la bilis subiendo por mi garganta. El miedo me oprime los pulmones y cada vez me cuesta más respirar. Miro a mi alrededor en busca de algo, cualquier cosa, que pueda servirme de apoyo.

Y, para mi sorpresa, lo encuentro.

Pero no de la forma que sospechaba.

El hombre al volante está de espaldas a mí. Lleva una máscara que le cubre la mitad inferior de la cara y gafas de sol. Lo único que puedo ver de él son sus orejas.

Esa es la única pieza que necesito ver, sin embargo. Conozco esas orejas. Son exactamente iguales a las de mi marido.

Porque el hombre que me secuestró es su hermano.

Puto Kaz. Debería haber escuchado a Nataliya. Debería haber prestado atención a todas las advertencias.

Gruño y retrocedo, golpeando con los pies atados contra la puerta trasera.

Kaz se voltea. —Bueno, me alegro de que hayas decidido despertarte para la fiesta.

Me duele la cabeza, aunque el dolor del lugar donde Leo me golpeó ha disminuido. Quizá salgamos todos de esta vivos e intactos.

Bueno, todos menos Kaz.

—¿Qué estás haciendo, Kaz? Roman te va a matar cuando se entere de esto.

—No te preocupes —dice—. Vamos a ver a tu marido. Y no me matará en absoluto. De hecho, me entregará el negocio.

—¿Vas a intentar asesinarlo?

—No le haré daño a menos que me obligue.

Me está mintiendo. Quiere matar a Roman. La muerte de Roman es la única forma de conseguir el apoyo de los hombres de Roman.

Este bastardo tiene una oscuridad en él.

Mira al frente. Ahora conducimos hacia el lago. —Sabes —reflexiona—, deberías haber sido mía. En un mundo justo, lo habrías sido. Pero no. Roman, mi hermano siempre perfecto, convenció a papá de que él debía ser el cabeza de familia. Que *él* era el futuro de la Bratva. Todavía puedo tenerte, sabes. Si lo mato.

—Buena suerte, maldito —murmuro. Aunque debería haberme callado, porque, en cuanto pronuncio las palabras, pega un fuerte izquierdazo.

No estoy preparada para el movimiento brusco, así que choco con la puerta.

Mi cabeza golpea con fuerza la ventanilla.

Su risa aguda me atraviesa. —Lo siento, cariño. Intentaré tener más cuidado.

Uno de los bebés da una patada y luego se une el otro, así que mi barriga es un saco de boxeo invertido. Pero saber que están bien hace que respirar sea un poco más fácil.

Un minuto después, Kaz detiene el coche de un tirón. Salto hacia delante, pero me detengo antes de chocar con el respaldo de su asiento.

En lugar de venir por detrás para sacarme de la furgoneta como yo esperaba, se gira en su asiento y mete la mano en el maletero para soltarme la cuerda de los tobillos.

No me atrevo a darle una patada cuando está lo bastante cerca como para defenderse de cualquier forma que pueda herir a mis bebés. Pero Dios, cómo quiero hacerlo.

Me deja las manos atadas. Lo que significa que no puedo detenerlo cuando me alisa el pelo hacia atrás casi con ternura y sonrío. —Entraremos aquí por las buenas —luego baja la voz y añade—:

Si intentas algo estúpido, te destripo.

El “jódete” que quiero escupirle a la cara no me sale. Probablemente porque su mirada me dice que lo que dice va en serio.

Así que me limito a asentir.

Se baja de un salto, abre el maletero y me pone en pie. Me agarra por el codo mientras entramos en un almacén. —Entra.

Esto está oscuro y durante unas decenas de pasos no veo nada. En ese lapso, imagino a Roman viniendo a salvarme. Roman *siempre* viene. Esta vez no será diferente.

Y luego huiremos y fundaremos nuestra familia en algún lugar lejos de todo este derramamiento de sangre y rabia. Algún lugar donde podamos ser felices y estar seguros juntos.

Ese pensamiento me mantiene cuerda.

Hasta que salimos a la luz y veo lo que Kaz ha hecho.

El espacio central abierto del almacén es de tierra sin pavimentar, aunque parece que alguien tiene intención de verter hormigón en breve. En medio de la tierra, se ha cavado un agujero y se ha colocado una escalera en su interior.

Nos lleva hasta el borde. Lo suficientemente cerca para que pueda mirar hacia abajo. Parece de unos dos metros de profundidad.

Me trago el miedo, aunque, en lugar de eso, quiero escupírselo a Kaz a la cara. Sabe acre y asqueroso.

—Por favor, Kaz...

—Cállate —deja de caminar—. Di whisky.

Hace una foto y pulsa el teléfono varias veces. —Muy bien. Por la escalera.

Sacudo la cabeza. No voy a meterme en ese agujero para que atraiga a Roman y nos entierre vivos. O disparar a Roman y tirarlo ahí antes de dispararme a mí también.

De. Ninguna. Maldita. Manera.

Pero saca una pistola. El metal se desliza contra el metal mientras dispara. —Baja la escalera o te disparo a ti, perra.

—Mis manos... —digo.

—¿Eh?

—No puedo subir la escalera si tengo las manos atadas.

Frunce el ceño y reconoce que tengo razón. Saca una navaja y empieza a serrar mis ataduras. Antes de hacer el corte final, se detiene un momento y me presiona el vientre con la punta de la hoja.

—Intenta algo estúpido y cumpliré mi promesa. ¿Entendido?

—Entendido —grazno—. No haré nada.

Satisfecho, me libera y da una estocada hacia atrás. —Ahora, métete en el agujero y espera allí.

No es que tenga otra opción. Roman llegará pronto, y pase lo que pase, pasará. Tal vez pueda encontrar una manera de volver a salir antes de que Kaz tenga la oportunidad de matarme.

Ese plan suena bien en la superficie. Pero, cuando estoy en el agujero, toda esperanza abandona mi cuerpo. Sigo pensando que las paredes van a derrumbarse. Que voy a morir.

En cuanto estoy abajo, Kaz se asoma. Vuelve a asentir y levanta la escalera para dejarla fuera de mi alcance. —Puedes gritar todo lo que quieras —me dice—. No hay nadie en kilómetros a la redonda.

No. De ninguna manera. Moriré en silencio y sola antes de darle la satisfacción.

En ese momento, en el que encuentro mi valor y supero el miedo, decido: No criaré a mis hijos con este estilo de vida. Roman lo dejará todo conmigo y haremos nuestras vidas en otro lugar o lo haré sin él.

La idea de irme sola rompe un pedazo de mi corazón. Pero tendrá que dejarme ir. Me quiere y entenderá por qué lo hago. Después de hoy, lo entenderá alto y claro.

Me guardo mi epifanía para mí. No tiene sentido desperdiciarla con Kaz.

Parece haber desaparecido en cualquier parte. Los sonidos de su respiración y sus pasos se esfumaron. Me obligo a permanecer callada y quieta mientras cuento hasta cien.

Como sigo sin oírlo, pongo en marcha mi plan de huida. Con el tacón de mi zapato, empiezo a tallar pequeños puntos de apoyo. Tal vez pueda construir una escalera improvisada y salir de aquí.

La tierra a esta profundidad está fría y muy compacta, así que llevará un tiempo. Pero es el único plan que tengo para salvarme. Y, por Dios, no moriré en un puto agujero en un almacén de Chicago.

Tampoco mis bebés.

Durante media hora, me afano en la oscuridad del pozo. Entonces, de la nada, la luz del techo vuelve a encenderse. Es dura para mis ojos, al igual que el sonido chirriante de algo metálico arrastrado por el suelo.

Kaz empuja la escalera de vuelta al agujero. —Ahora fuera. Hora de la siguiente etapa de los acontecimientos.

Dudo. No sé si creerle, si confiar en él.

Pero entonces, sacude la escalera con rabia y dice—: ¿Te gusta vivir en el puto pozo? Sal ahora mismo, zorra tonta.

Aprieto los dientes y subo. Cuando llego arriba, me tiende una mano que ignoro. —No necesito tu puta ayuda.

Me agarra de la camisa y me acerca. —Cuando seas mi mujer, te enseñaré a mantener la puta

boca cerrada.

Luego, me empuja y me pone de rodillas.

Una cosa es cierta: la muerte se acerca para uno de nosotros. El tiempo dirá cuál es.

ROMAN

Estamos terminando de limpiar cuando recibo un mensaje. El mensaje es sencillo.

Una dirección.

Y una fotografía.

El número del que procede, en cambio... lo cambia todo.

¿Qué coño ha hecho Kaz?

—¡Misha! ¡Ahora! —Corro hacia el todoterreno. Misha me sigue y se sube, justo cuando piso el acelerador.

—¿Qué demonios está pasando? —Pregunta mientras dejamos atrás los restos del tiroteo—. Kaz tiene a Lily.

—¿Kaz qué? —Mueve la cabeza con incredulidad.

—¿Lo sabías, joder? —Si Kaz es el sospechoso, ni siquiera puedo confiar en Misha hasta que le oiga negarlo.

—¡No! Diablos, no, Roman. Está perdiendo la cabeza.

Asiento y sigo conduciendo, entrando y saliendo del tráfico. —La tiene en la vieja planta Penn.

La dirección que envió pertenece a una empresa de soldadura que mi padre compró hace décadas como tapadera. Trasladamos el negocio fuera de allí hace unos años, así que ha estado casi vacía.

Hasta que Misha decidió que quería devolverla a la vida. No le di mucha importancia cuando me lo pidió. Si quería un pequeño proyecto, podía hacer lo que quisiera. No me importaba.

—¿Por qué Penn, Misha?

—Yo te haría la misma pregunta. No tengo ni puta idea. —Misha se encoge de hombros y se acaricia la barbilla, sumido en sus pensamientos.

Entonces, la respuesta me golpea como un tren desbocado.

—Verterán el suelo mañana. Ahora mismo es todo tierra. La enterrará bajo el puto cemento.

—De acuerdo —no tengo un plan, al menos no uno que me deje con hermanos leales cuando

todo esto termine. Pero no puedo arriesgar a Lily—. Saca mi pistola de debajo de tu asiento.

No hay pistola. Pero pedirle que se incline me da la oportunidad de sacar una pistola de debajo de mi asiento y noquearlo.

Se duerme fácilmente. Un golpe en la nuca y buenas noches para mi hermano. Lo levanto con una mano y dejo que apoye la cabeza en la ventana.

Si es inocente, se lo compensaré.

Si es culpable, me ocuparé de él como sea necesario.

Pero tengo que llegar a Lily antes de poder hacer cualquiera de esas cosas. Pongo el coche en marcha y acelero el resto del camino hasta Penn.



CUANDO ARRANCO, todo está tranquilo. Demasiado tranquilo. Pero saber que es una trampa y poder dejar que mi mujer sufra mientras averiguo cómo sortearla son dos cosas contrapuestas.

Así que aquí vamos.

Abro la puerta del fondo y entro. Tengo una pistola en la espalda, otra en la cadera y otra en una funda de tobillo.

No tengo ninguna esperanza de convencerlo sin tener que matarlo. Uno de nosotros no saldrá de aquí hoy.

Sigo caminando de todos modos.

El espacio está muy abierto. No hay nada que me sorprenda. Veo dos figuras en el centro del espacio, iluminadas por una bombilla fluorescente desnuda.

En cuanto me oye, Kaz arrastra a Lily delante de él.

Ella me mira esperanzada mientras él le apunta con la pistola al vientre. —No te preocupes, Lily. Mataré a este cabrón. Entonces, serás mía. Como debe ser.

Una neblina roja tiñe todo lo que tengo a la vista. —Déjala ir, Kaz. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Vete a la mierda, Roman. Ella tiene *todo* que ver con esto.

—Ella es propiedad, imbécil. Como todo lo demás —Lily se queda con la boca abierta. Pagaré por decirlo más tarde, pero la necesito fuera del camino—. Lucha conmigo por ella. Por todo.

Se ríe.

—Hablo en serio, Kaz. Si ganas, me iré. O puedes matarme.

Levanta la pistola para apuntarme. —Puedo matarte ahora mismo.

Levanto las manos y me acerco. —Como un cobarde. Así es como siempre has sido. Es por eso

que yo estoy a cargo y no tú. Eres una puta decepción. Para nuestro padre. Para mí. Para todos los que has conocido.

Sus ojos brillan con décadas de rabia.

—No puedes volver ahora, Kaz. Has hecho daño a mi mujer. E incluso si de alguna manera sales de aquí hoy y me dejas atrás, el mundo entero sabe que esos niños son míos.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. —Esos chicos tampoco saldrán de aquí hoy. —Y, antes de que pueda parpadear, retira la pierna para patear a Lily en el estómago.

Ella grita. Yo rujo.

Entonces, suena un disparo detrás de mí.

Espero sentir el dolor de una muerte despiadada. Que Kaz haya contratado a otra persona para mantenerse en las sombras y dispararme por la espalda cuando llegue el momento. Es exactamente el tipo de cobardía que él haría, el tipo de cosa que hizo toda su vida.

Pero el dolor nunca llega.

Kaz no es tan listo.

Y luego, un momento después, tampoco está tan vivo.

Kaz se tambalea conmocionado y cae de espaldas junto a Lily. La suciedad se eleva hacia las vigas.

Me apresuro hacia ella, luego miro hacia arriba y veo a Misha sosteniendo una pistola humeante. —¿Estás bien? —Le pregunto. La examino en busca de heridas, pero no veo nada evidente.

—Sí —su voz y sus manos tiemblan con igual intensidad, pero está viva. Mira a Kaz—. ¿Está muerto?

Miro a Misha y luego a Kaz. Sus ojos, azules como los míos, miran al techo, hacia un futuro que nunca llegará a vivir. Un pequeño agujero en la frente deja escapar un hilo de sangre.

A pesar de todo lo que hizo, sigo sintiendo el dolor de su pérdida.

No dura mucho. Tuvo lo que se merecía. Mejor para todos que esté jodidamente muerto.

Misha nos ayuda a levantarnos. —¿Estás bien? —Pregunta.

—Sí —asiento y lo agarro por el hombro—. Lo siento por...

Me interrumpe. —No. Hiciste lo que un jefe debe hacer: no confiar en nadie. Por eso llevas la corona, Roman. Por eso te soy leal a ti y a nadie más.

Lily me hace a un lado para abrazarlo. —Has salvado a mis bebés —dice efusivamente—. A mi familia. Te lo debo todo.

La rodeo con un brazo y tiro de ella, porque necesito sentirla viva y respirando. Necesito abrazarla. —Te lo *debemos* todo.

Todos nos volvemos para mirar a Kaz, que yace muerto en el suelo. —Le contaré a mi padre lo

que pasó —digo con tristeza.

La idea de decirle a un padre que su hijo ha muerto nunca me había preocupado. Es parte de esta vida. Lo he hecho innumerables veces.

Pero ahora, mirando el vientre embarazado de mi mujer, siento empatía por ese dolor más que nunca. Si me quedo aquí, puede que algún día alguien venga y me diga que mi hijo o hija se ha ido para siempre.

Así que, en ese mismo momento, tomo una decisión: cuando amanezca, haré que las cosas sean diferentes para ella.

Para nosotros.

Para nuestra familia.

ROMAN

DOS MESES DESPUÉS

A la hora de la verdad, la única forma de alejarme de esta vida es coger a Lily e irme. Salir de Chicago y dejar que Misha dirija el negocio.

Cuando pienso en lo que está a punto de pasar, pienso en Kaz. Estoy haciendo lo que él más quería en el mundo.

Renunciar.

O haciéndome a un lado, más bien. Dejar que Misha se haga cargo de la Bratva. Él está más que listo.

—¿Seguro que esto es lo que quieres? —Tiene los ojos muy abiertos, pero ya se le pasará. Solo estoy a una llamada y a once horas de vuelo si me necesita.

—Sí —asiento—. Te mereces tener la gloria y el trabajo y todos los adornos que van con él.

En la vida de un jefe hay cosas buenas y cosas malas. Para mí, lo bueno ya no es suficiente para arriesgar a mi familia.

Además, conseguí todos los adornos que me interesan. De hecho, está de pie junto a las escaleras del jet con la mano sobre el vientre hinchado.

—En fin, tengo que irme —le digo a Misha.

—Sí —me abraza. Aguanto un segundo porque no se sabe cuánto tiempo pasará antes de que lo vuelva a ver.

—Viviré en tu casa hasta que se venda.

—Lo sé. Ya lo hemos hablado.

—También conduciré tus coches. Al menos hasta que descubra cuál me gusta más.

Me río. —Está bien.

—Solo digo, ¿seguro que quieres renunciar a todo esto?

Vuelvo a mirar a Lily y la vida que me espera y asiento. —Positivo. Mi futuro está ahí, *sobrat*.

—De acuerdo entonces. Envíame una postal.

—No voy a volver en el tiempo, Misha. Tienen teléfonos e internet en Roma.

—Sí, pero cuando estabas en la universidad, cuando yo era más joven, me enviaste un par de postales. Pensé que se veían bien. Así que, ya sabes... por los viejos tiempos.

Sonríó. —Entendido.

Detrás de nosotros, Igor está ayudando a Lily a subir las escaleras. Los escucho refunfuñar sobre cómo siempre tardo una eternidad. Se mueve cojeando desde que Kaz casi los mata a él y a Grisha en el hospital, pero insiste en sobrellevarlo.

No me sorprende. Aún no inventaron el arma que pueda acabar con el viejo bastardo para siempre.

Ahora sí que es hora de irse. Pero dejar a mi hermano y mi hogar no es tan fácil como pensé que sería. —Cuida de mi ciudad, hermano.

—Sabes que lo haré.

Entonces, me dirijo al avión. Para poder empezar mi nueva vida, con la novia que me arruinó para bien.

EPÍLOGO I: LILY

TRES MESES DESPUÉS

Hace tres horas, cuando le dije a Roman que los bebés iban a nacer, no tenía ni puta idea del dolor, la agonía y los jadeos que estaba a punto de sufrir.

Tampoco tenía ni idea del amor y la emoción. Tener hijos y darlos a luz no es para los débiles de corazón. Una cosa es decirlo y otra hacerlo.

El parto natural es encantador en teoría.

En la práctica, duele hasta el culo.

Roman está de pie junto a mi cama, con su brazo alrededor de mi pierna, su mano libre rodeando la mía y recibiendo el castigo de mi dolor.

Bueno, algo de eso.

—Lo estás haciendo muy bien, *moya zhená*.

Solo quiero darle un puñetazo. Pero primero tengo que dar a luz a otro bebé.

Nuestra hija ya ha hecho su aparición y se ha tumbado un momento sobre mi pecho antes de que volvieran a empezar las contracciones.

Ahora la están pesando y midiendo y sus gritos son casi tan fuertes como los míos. Roman tiene un ojo puesto en las enfermeras que la sujetan y el otro en mí.

Desde que llegamos a Roma, no hay muchas cosas que lo desconcentren.

Cocina, limpia, canta, baila. Ha sido animador, entrenador de parto, marido, amigo, amante.

Desde que llegamos a Roma, él ha sido todo mi mundo.

Mi cara se tensa cuando otra contracción se hace notar. Roman también lo ve. —Muy bien, Lily. ¿Estás lista?

¡No, no estoy jodidamente lista! Quiero llorar. Estoy cansada y me duele el cuerpo, y no quiero que mi bebé venga al mundo viéndome así.

Me río de mi propio pensamiento. Qué tal mi nivel de frivolidad. No quita el dolor, pero lo hace un poco más soportable.

Roman me sonríe. — De qué te r es?

Tengo unos diez segundos antes de que el dolor me paralice de nuevo. —Oh, solo pensando en la primera impresión que estoy dando a nuestros bebés.

—Son los niños más afortunados del mundo —susurra. Se inclina para besarme la frente cuando empieza otra contracción—. Eres lo suficientemente fuerte para hacer esto.

—Fuerte —susurro la palabra e intento concentrarme en ella mientras pujo. Duele... Dios, cómo duele.

Pero entonces, por fin, mi pequeño irrumpe en el mundo con un llanto.

Su cara se tuerce en una mueca que conozco muy, muy bien, porque es la mueca de su padre. Es el hijo de su padre. El médico entrega a nuestro hijo a Roman, que mira a Ayden como si nunca hubiera visto algo tan puro.

Yo también conozco esa mirada.

Así me mira a mí.

Oh, Dios. Dos de ellos. Mi corazón se hincha.

He leído todos los libros, he visto todos los videos. Pero nada podría haberme preparado para el torrente de emociones, la turbulencia del amor que me atraviesa y me hace llorar sin parar.

Me entregan a la niña y Roman acuna al niño en el hueco de su brazo. Pero me doy cuenta de algo: los dos bebés están extra namente inquietos. Giran la cabeza en todas direcciones y agarran el aire con las manos, como si buscaran algo.

Hasta que Roman intuye qué puede ser ese algo y deja a Ayden junto a Allyah. Sus pequeñas manos se unen.

Mi corazón no puede aguantar mucho más. Estoy tan enamorada. De mi marido. De mis bebés. De nuestras vidas.

Esto no fue una casualidad inspirada por una loca partida de póquer. Esta es mi vida, y no puedo imaginar nada mejor.

Pero, de nuevo, estoy casada con Roman Sorokin, un hombre que no imagina el mundo que quiere.

Simplemente sale y lo construye.

Epílogo Ampliado

GRACIAS POR LEER NOVIA ARRUINADA,  pero no te detengas ahora! Haz clic en el siguiente enlace para descargar el exclusivo Epílogo Ampliado!

[DESCARGA EL EPÍLOGO AMPLIADO DE Novia arruinada](#)